

# *Islas flotantes*

Nicolás Ordóñez Carrillo

A Magdalena, Serapia, Enrique y Francisco, mis abuelos.

*¡Cuánto más fácil resulta querer al que se despide! Pues la llama destinada a quien se aleja arde con mayor pureza, alimentada por el fugaz pañuelo que hace señas desde el barco o la ventanilla del tren. El alejamiento penetra como un tinte en aquel que desaparece, impregnándole de un suave ardor.*

Walter Benjamin

**V**i los campos divididos en imperfectos rectángulos, con vacas diminutas estampadas sobre la hierba, tractores escupiendo finas hebras de humo blanco, y como ríos artificiales, las carreteras zanjaban ese gran lienzo al igual que el azul de Prusia contorneara las figuras de algunas de las telas de Gauguin.

Guadalupe y Monserrate, los dos cerros bogotanos, iban y venían por arte de las maniobras del piloto, danzaban entre las escasas tramas de nubes de ese día luminoso, tal cual mi memoria dilatada o contraída se hacía caprichosa o servicial. Contrario a lo que siempre había dado por hecho, parecían ser más difíciles las llegadas que las partidas, los reencuentros que las separaciones, porque trozos enteros de vida debían permanecer en un secreto olvido, aún hablando sobre ellos, explicando pormenores de datos, fechas o distancias.

Ya debía acomodarme en la silla y abrochar el cinturón de seguridad, desde donde una pátina de colores y volúmenes desfiló del otro lado de las láminas de vidrio de la ventanilla como plastilina líquida, hasta que la mujer a mi lado decidió cerrarla del todo, no sin antes mirarme, quizá buscando una autorización a la cual realmente no le prestaba mayor importancia. Y fue durante esa obligada ceguera, cuando la luz se disminuyó abruptamente, que soporté el primer panzazo del arribo. Sentí una serie de vacíos con los golpes, vacíos de viajes inconclusos, de miradas irresolutas, y advertí cómo partes de mi cuerpo se desprendían del mecanismo y abogaban por su propia salud, que en verdad era una sola para todas: encontrar entre las soledades de la multitud que aguardaba tras el ventanal de inmigración, aquellos ojos verdes y acuosos, los de mi madre.

Saqué mis cosas del maletero y dispuse todo sobre mi tronco, puerilmente imaginando que las piezas de equipaje eran cananas para metralla ajustadas a mi entumecido cuerpo.

El túnel hacia las salas de recogida de equipaje, y ante todo ese primer pasadizo que comunicó al avión con el terminal, escupió los primeros olores secos y sabaneros, y fue ese conducto inicial por donde se colaron como lombrices en el humus los recuentos de mi vida pasada, o quizá las averías de todo aquello, y sin preámbulos, se presentó ante mí la certeza indemostrable de que la capilla de El Dorado, el aeropuerto bogotano, no había envejecido siquiera un día. Se mantendría tan igual, tan estática como los olores sabaneros, como si nadie hubiera vuelto a comulgar allí.

Aún parado en medio de esa agradable tarde, con diminutos rayos de sol colados por entre las ranuras del ángulo entre el techo y los muros -perspectiva que me hizo pensar que la ciudad me había preparado una bienvenida- los silbidos de las señoras que barrían el piso me provocaron una suerte de vahído: serpenteaban los sonidos emanados de sus labios entre cántigas de mi infancia y tonadas de moda que más tarde reconocería.

Continué mi trayecto hacia las cintas eléctricas que moverían los equipajes remesados, y una vez allí, pude haber buscado a mi madre entre las hordas, pero no lo hice. La sola sospecha de encontrarla del otro lado del vidrio me hizo girar bruscamente hacia las cintas eléctricas, dándole tiempo al encuentro, quizá porque no estaba seguro de poder empalmar su vida con la mía de un tajo, o con una caricia. Después de ese primer panzazo sobre la pista de aterrizaje, la memoria de mi vida inmediatamente pasada debía cristalizarse en una gran burbuja, necesariamente obligada a permanecer cautelosa justo en el límite entre la cavilación y el habla. Y sólo imaginándola del otro lado del vidrio, algo me decía, en contraposición a ese nuevo estado de cosas, que el adiós que me diera tiempo atrás, el día de mi partida, correspondía a un último impulso maravillosamente encadenado a miles y miles de otros tantos, haciendo de ello un tren infranqueable de comunión. Pero entonces mi tren era esa gran burbuja, la mano que me dice adiós tal vez por siempre, y mi realidad aún ocurría en el futuro, pasadas las diez y media de la noche de aquel otro lugar.

Permanecí estático, sabiendo que la recogida de las maletas tardaría al menos un cuarto de hora, tiempo suficiente para pensar en algo más, dándole la espalda a mi madre, quien debía seguir mezclada entre las soledades de los que aguardaban. Pero la agonía de sus ojos, esa verdad que el mundo me entregó en ese lapso de tiempo, surcó entre mis hombros, muy profundo en mi espalda, hasta entregarme una descarga de razón: sentí el pleno convencimiento de que ella vigilaba cada uno de mis pasos, todos y cada uno de los movimientos de su crío, aún en la distancia, antes de aterrizar, antes de partir y antes de todo cuanto hubiera ocurrido en el manso cabotaje que siempre había determinado mi conducta.

Debido a sus formas triangulares, las piezas de caucho que articulaban las cintas eléctricas me hicieron recordar las tajadas de pastel que mi madre siempre horneaba para mí cuando acababa un año de colegio. Siempre estaban aguardando los pasteles de limón y de manzana bajo los mantelitos de croché bordados por mis tías abuelas, a la espera de mi voracidad de niño sedentario e incontinente, víctima y sayón de una gordura autoinducida, siempre en la búsqueda de emular las lubricidades gastronómicas de mi padre. Llegaría mi equipaje sobre una de esas tajadas móviles, a manera de paliativo, siempre presto a serenar mi gula.

Un cuarto de hora después encontré a mi madre llena de alegría y tristeza, y no sacó las manos de los bolsillos de su chaqueta hasta el último momento, porque guardaba para sí un postrero trozo de serenidad. La luz de la tarde hizo las veces de bálsamo para sus abundantes mechones plateados, y su asimétrica dentadura descolló aún bajo la sombra que producían sus pómulos.

Tras un largo abrazo me hizo dar varias vueltas buscando que estuviera “completo y

entero” antes de empezar a caminar para buscar el carro, y con un simple “¿qué tal el vuelo?” plantó la contundencia física de mi llegada, con lo cual las últimas huellas de sudor se evaporaron de mi espalda en un ascenso pausado hacia las sequedades del aire bogotano. “Estuvo bien”, le dije, y con tan sólo eso comenzamos a andar sin ninguno de los dos saber muy bien hacia dónde.

En medio de esa extrañeza compartida, un vendedor ambulante se arrimó a ofrecernos viejas y nuevas curiosidades: vi todos los artículos cual si fueran pequeñas obras de arte extraídas de un mundo sin presunciones estéticas, donde hasta las más diminutas imágenes religiosas lucían siluetas y delineados barrocos, y curiosamente, cosa en la que nunca me había detenido, examiné maravillado los ligeros rojos que cinchaban el plástico de los Pielroja sin filtro. Quise tener todo el guacal de mercancía pero sólo compré un Mustang Rojo suelto y una cajetilla de fósforos, y mi madre un enorme paquete de platanitos deshidratados que de inmediato le regaló a una niña que llegó a pedirnos plata. Abrí la cajetilla cuidadosamente, vigilando no hacerlo por el lado equivocado, para así evitar que el contenido cayera al piso formando una suerte de montañita de heno apilado, cuando el vendedor estiró del guacal un encendedor amarrado de una cabuya, y sin preguntar me acercó una llamarada que casi quemó el abdomen del cigarrillo.

Una vez en el carro, mi madre sacó de la guantera una foto donde aparecía mi abuela Serapia, su madre. “Es la última foto que le hice”, dijo, y antes de entregármela la desempolvó con el puño de su saco y le echó un último vistazo como cerciorándose de que aún permaneciera fijada en la emulsión. Serapia estaba envuelta en una ruana blanca, sentada en una de las bancas de piedra de la finca. Cruzaba los pies para calentarse mientras procedía a descoserse de sus labios una risotada, que segundos después habría de cubrirle todo su cosmos. Y así, por mero reflejo, trataría de peinar en el último instante, antes que mi madre disparara, su pelo blanco y azaroso, ligeramente sacudido por las corrientes de aire, y por esto, a la postre, su mano quedaría en todo lo alto del encuadre, dando un saludo, dando una despedida, y sellaría para mí una última imagen que parecía ser el despunte de su póstuma epifanía. “La tenía guardada para este día”, sentenció mi madre, y sin más encendió el motor del carro.

Guardé la foto en mi billetera y abrí la ventana para botar la inacabada colilla, cuando la perspectiva total de la fachada del aeropuerto me hizo pensar en las incursiones de mi amigo Félix en el terreno de los adioses. Solía lamentarse constantemente de las veces en que debía llevarla a ella al aeropuerto, cuando ésta decidía que ya era necesario alejarse de Bogotá, a su “querida”, término que habíamos acordado gracias al otorgar de los silencios de Félix. La llevaba sin consultar razones, creyendo saberlas, casi siempre preguntándose después de dejarla qué habría fallado en su accionar, ante lo cual no encontraba nada, porque acaso desde su médula Félix no concebía siquiera en supuesto otra manera de haber actuado frente a ella. Luctuoso entonces pensaría que su necesidad sólo consistía en alejarse de todo, incluido él. Pero qué realmente nuevo podría encontrar ella en esos sitios donde ya había vivido -nos preguntábamos después de unos días Félix y yo- sitios donde seguramente tendría lo mismo que en Bogotá, personas para exprimir la felicidad de las visitas breves, “y alguien como yo”, añadiría Félix en medio de cierto alivio, suponiendo no ser el objeto de dependencia de nadie, falsedad que lo enorgullecía, aún en medio de un malestar muy bien

tapado entre sus ropajes de ermitaño urbano, como se señalaba a sí mismo pasado un tiempo, sintiéndose curado por el dolor, único médico al que hacemos caso. Si algo quedaba en claro después de hablar varias cervezas, era que Félix había sido designado por una suerte de poder supremo para ser el portador de una vida segada, donde la mayor fracción de tiempo designada a su bienestar no podía sobrepasar el cuarto de hora.

Una mañana entró a mi casa y se sentó en el borde de mi cama mientras yo dormía, hasta que mi madre entró decidida a despertarme con un terminante abrir de cortinas. Lo primero que vi, a medida que el encandilamiento se desvanecía, fue un ramo de flores en manos de alguien que aún no podía reconocer. Mi madre relataba una noticia que acababa de escuchar sobre unos escaladores perdidos en la Sierra Nevada de Santa Marta, mientras aparecía lentamente el lánguido cuerpo de Félix, agarrado del ramo de flores. “Ahora estaba hablando en el noticiero la hermana de uno de los escaladores...”, decía mi madre, mientras yo indagaba sobre el estado de Félix, quien estaba al tanto del suceso y le seguía la conversación a mi madre por decencia, aunque era claro que lo que quería tocar era su propio tema, su propio suceso. Cuando mi madre salió del cuarto y me encontré arrinconado por el inocultable desconsuelo de mi amigo, supuse que era mejor dilatar las conclusiones de su incursión aeroportuaria, supe de inmediato de qué se trataba, al menos hasta cuando estuviéramos sentados frente a una o dos botellas. Le insinué que fuera a la cocina y se sirviera lo que quisiera para darme tiempo y poder pensar en algo digno de ser dicho. “Ya desayuné”, respondió, por lo que me acomodé mejor en la cama y empecé a restregarme los ojos, cuando irrumpió con un lamento muy propio de su estilo: “¿Qué tal esto?”, dijo, mostrándome el ramo de flores, cual si fuera la prueba fehaciente de algo. “¿Qué flores son?”, pregunté, sabiendo que era estúpido tratar de desviar el tema con una frase tan cobarde, lo que me salió bien, debido a que él ya estaba en ese punto en que nada puede sacarnos del marasmo, en que la desgracia toma cierto matiz cómico, y nos hace ver la profundidad de la tristeza semejante a un episodio más en el repertorio de un payaso revejido al que su público abuchea sin piedad. Me pidió que me bañara para poder salir a hablar un poco, cosa que hice, no sin que antes volviera a arremeter. “Son gladiolos”, dijo con media falsa sonrisa clavada en la boca, “gladiolos para mi entierro”, añadió, y después de un momento, cuando ya estaba pensando en recetarle galones de las gotas homeopáticas de mi madre para bajarle el tono a su silencio, volvió a hablarme: “Hasta mejor sería estar perdido en un nevado de esos: al menos sentiría algo bien real, un dolor físico”.

Cerré la ventana del carro sin que mi madre me lo pidiera, sabía que detestaba el ruido de la calle, por lo que encontré enseguida su expresión de alivio, un premio suyo a mi delicadeza, que consistía en aplastarse la nariz con el envés de la mano. La vi cómoda, no queriendo pensar en algo diferente de lo que hacía, haber ido sola al aeropuerto, a ella, para quien nunca habría pruebas imposibles, y así estar conmigo en ese minuto, juntos pero solos, cada cual a orillas de ese mar divisorio, flotando en pensamientos tan distintos, donde el subir de una ventana -torpe manera de hacerle saber que la amaba- era acaso el único referente de comunión. Y es que hasta ese momento, a pesar de habernos abrazado largamente, y de habérsenos encharcado los ojos por la muerte de Serapia, no habían salido de mí las palabras precisas, esas que traté de armar durante todo el viaje, aún sabiendo que era necio el solo hecho de pretender lograrlo.

Y al igual que con mi madre, ya en la marcha, cuando apenas empezaban a asomarse los distintos escenarios de la ciudad, vendrían a mi mente las representaciones sistemáticas de cada sitio, tal cual las había construido en el avión, y así enfrentarse a las del mundo real, mezcla palpable entre lo físico y lo mental, entre realidad e invención, transparencia en las primeras veladuras de un óleo, o acaso el resultante de dos diapositivas atascadas frente a la luz de un proyector. Lo que veía no era el calco de lo que me había figurado horas y días atrás ante la confusa expectativa del viaje. Conocía a Bogotá, y aunque hubiera concebido inmóvil todo aquello desde la distancia, al enfrentarme a los cambios, desconocidos avisos publicitarios, y en el fondo sólo tiempo transcurrido, vi por un instante que en esencia nada había cambiado.

Los santuarios de Guadalupe y Monserrate irrumpían en el horizonte, rígidos entonces, a diferencia de lo que había visto desde el avión, mientras avanzábamos por la Avenida El Dorado. Las violetas de la primera rotonda parecieron originar un juego tridimensional en la marcha, guardando para sí datos y fechas, episodios enteros de un mundo que me había dejado congelado en el tiempo, como a una figura de hielo incapaz de disiparse con los rayos del sol.

Volví a mirar la foto de mi abuela, y no pude contener las ganas de preguntarle a mi madre cómo había sido: quién la había encontrado el día en que murió, cómo había pasado y por qué. Y hallé en mi madre todo el tiempo transcurrido, cual si fuera un costal pesadísimo a punto de rasgarse. Nuevamente estaba frente a su precisión metálica, escuchando su discurso lógico aunque cargado de tristeza, en ese límite perfecto que nos hace entrever la vida desde la impotencia y que nos hace querer ser viejos y sabios tan sólo para no caer en la tentación de formular preguntas sin respuesta. Mientras la escuchaba, pensaba en Serapia, en tantos momentos de su vida, en las madrugadas con rocío que me sorprendían siempre que dormía en su casa antes de ir al colegio, lugar que a veces prefería a mi propia casa porque en esa ruta de bus iba uno de mis amigos de la niñez, a quien siempre sorprendía mi inesperada aparición en ese paradero. Era mi pequeña trasgresión nacida en la casa de Serapia, desde donde ella también fraguara cada tanto llevarme al laboratorio médico para obligarme a hacer exámenes coprológicos, siempre convencida, al menor lamento mío, de que tendría un nido de lombrices en mi estómago y que pronto me ahogarían al subir al cuello. Pensaba en ella, en toda su casa, en los días en los cuales no quería otra cosa que no fuera estar en la mansarda de mi tío, esculcando entre sus juguetes de adulto, telescopios, cámaras fotográficas, pipas y tarros de tabaco en picadura, relojes de bolsillo, en vez de entregarme a las supuestas delicias del fútbol, o a las para mí aterradoras aunque escasas actividades grupales del barrio en que vivía. Mientras mi madre avanzaba con su relato, también vino a mi mente el día en que mi abuela dijera con cierta seriedad que Félix parecía una réplica de José Asunción Silva: “Ese muchacho es oscuro como el poeta y tiene la tragedia en el rictus”. A pesar de haber conocido a los antepasados de Félix y de haberse fascinado con sus cachetes desmedidamente rojos y sus pantalones cortos de paño en un clima tan caluroso, Serapia sentía por él una especie de aversión piadosa, como quien siente repudio por la enfermedad de otro pero al mismo tiempo compasión. “Es una lámina como su abuelo y también tiene el sino de la inteligencia”, decía de vez en cuando al verlo, y casi siempre prefería mantenerse alejada de él, como si le evocara pasados muy suyos hundidos en un foso.



“Fue la muerte que siempre quiso”, dijo mi madre, después de contarme los eventos sin omitir detalle, y aunque no fue larga la narración, sentí que el mundo dejaba grietas insalvables entre los dos. Algo de culpa sentía por no haber estado con ella en ese tiempo, pero no era eso lo que nos aislaba: esa tranquila voz que había empleado para narrar desde un afuera la muerte de su madre, me hacía intuir su lejano dolor de hija, a la vez que yo mismo sentía miedo por ella, por su futura vejez, una vez se hicieron palpables a mi entender los gestos, las maneras, todo cuanto ahora le pertenecía, aunque otrora reposara sólo en hombros de Serapia.

Un silencio nos arrulló por algunos segundos, mientras cada uno prendió un cigarrillo de los que mi madre sacó de su bolso. Entonces sentí alegría de estar sujeto a las maniobras que acometía desde el volante. Antes la hubiera censurado por frenar tan cerca del carro de enfrente, pero entonces disfrutaba de sus maneras un tanto violentas de conducir. Cuando volví a mirarla parecía ser otro día normal de su nueva vida de agricultora: en el asiento trasero del carro llevaba pequeñas bandejas blancas con las hojas de acedera que estaba cosechando, por las que pregunté, cuestión que permitió dar un giro a la conversación, dándome tiempo para pensar en lo que haría al llegar a la casa, eso que me atormentara justo antes de embarcarme, en el taxi rumbo al aeropuerto de aquel otro lugar, cuestión que no había cambiado en nada tras el aterrizaje, pues seguía limpio de respuestas, sin planes, sin futuro, apenas con ese humor lejano que nos obliga a seguir dándole caladas al aire que pasa por delante. “Voy a hacerme millonaria”, aseguró, y aún cuando hablara en broma, pude sentir que en verdad lo ambicionaba, tenía un propósito, algo en lo que pensar, a diferencia de mí, quien creía seguir atado a las leyes de un destino preestablecido.

Le di un par de aspiradas más al cigarrillo y vanamente traté de fabricar desde mi lengua anillos con el humo. Ya casi eran diez años fumando y aún no podía hacer el único truco bello que el tabaco permite. Entonces subíamos por el puente que cruzaba la Avenida 68, por lo que fue imposible mantener la mirada al frente. Hacia el sur vi mi sombra desfilando para llegar a mi antiguo trabajo en el periódico. Pensé en preguntarle a mi madre si alguno de mis viejos colegas había visitado la casa, pero me abstuve de hacerlo. Vi mi sombra desde lo alto del puente: era una mancha de aceite en el asfalto que ningún carro pisaba. Ahí estaba yo: mi sombra ensuciaba la vía y los conductores formaban un atasco para evitarme. Intenté formularle alguna otra pregunta sobre el periódico, pero justo antes de abrir la boca sentí que no debía tratar de recuperar lo que la distancia me había conferido. Y así, ya sin opciones y reducido nuevamente al blancor mental que había logrado en los pasillos de El Dorado, vino a mí la gran burbuja, mi inmediata memoria, esa que me había propuesto suspender durante mi estadía, y arrojó a mi mente la última imagen que grabé antes de embarcar: era Lourdes, a quien conociera poco tiempo antes del viaje, se despedía de mí del otro lado del vidrio, esa imaginaria frontera que nos hace creer estar mucho más lejos de lo que en realidad estamos. En ese instante mi madre prendió el equipo de sonido y sentí su fuerza protectora en forma de voz de locutor de radio, tratando de alejar mis pensamientos de donde quiera que se estuvieran aproximando, sin saber positivamente por qué, pero conociendo palmo a palmo, como las madres lo hacen, hasta el último reducto del éter que me guiaba a la debilidad. Aún así, seguí viendo a Lourdes, dueña y señora de su bella imperfección, quien tan sólo hacía aros de humo sin pensarlo, sin proponérselo, y agitaba su mano alegremente para decirme adiós.

“Cinco de la tarde en Bogotá”, dijo el locutor de radio, pero mi reloj aún marcaba las once de la noche de aquel otro lugar. Cinco de la tarde en mi legendaria Bogotá, nueva ciudad entonces, y me sorprendía el humilde embrión del atardecer cuando me estiraba y veía a través del espejo retrovisor. Antes de bajar el puente pude darle un último vistazo a la ciudad desde esa mediana altura. Parecía una verdadera urbe, y el espejo me daba la razón: el hollín viraba los colores del cielo, los hacía anaranjados, purpúreos, y el barro salpicado y seco que plagaba el vidrio trasero del carro hacía que el paisaje fuera rugoso y no le permitía mayores brillos al incipiente crepúsculo. Escupí una última bocanada antes de apagar el cigarrillo, con lo cual confirmé que nunca aprendería a hacer los dichosos anillos que hacía Lourdes.

“Se esperan heladas en toda la sabana de Bogotá para la madrugada”, dijo el locutor, razón por la cual mi madre sacó un teléfono de su bolso y empezó a hacer llamadas a la finca. Me ofrecí a conducir para que pudiera hablar, por lo que se orilló y bajó del carro, dándome las gracias con un minúsculo movimiento de cejas. Me pasé al otro puesto y acomodé el asiento a mi medida. Ella aprovechó para ir a una tienda a comprar agua, mientras yo quedé completamente solo ante la majestuosidad de mi antiguo escudero: casi podía recordar todas las veces que habíamos salido juntos a batallar, a darnos golpecitos en la espalda después de los fracasos o las victorias, después de haberme dejado guiar por él. Cambié la emisora de radio y reconocí el silbido de la señora que barría en el aeropuerto. Era un vallenato. Estaba en Colombia.

Cuando mi madre volvió de la tienda me dijo que cambiara de puesto porque era peligroso que manejara con el soroche del viaje. Entonces el principio de esa pequeña cruzada llegaba a su fin sin siquiera haber hundido el acelerador. No opuse resistencia y volví a ser copiloto. “¿Qué pasó con las noticias?”, preguntó después de dar un seco portazo que hizo temblar el vidrio, “¿qué más dijeron?” Entonces vinieron a mi mente todas nuestras antiguas discusiones en un instante: el recuento de esa, mi desidia que había cultivado por años, de esa larga indiferencia, todo el rosario de culpas, de olvidos, de encargos nunca realizados. Cambió la emisora sin decirme nada, como queriendo excusar mi falta sin palabras, pero salieron de sus pulmones los mismos momentos que yo acababa de enumerar, con tan sólo un hondo suspiro. “No he cambiado”, le dije con toda la fingida solemnidad del caso. “No ha cambiado nada”. Ante lo cual respondió con una palmadita en mi muslo, queriendo decir que no era para tanto, y después de un rato se volteó y me acarició la frente y el pelo para hacerme saber que aún entendía mis bromas sin gracia. “Mañana vamos a la finca con tu padre a ver si todavía queda algo del cultivo”, dijo sin mirarme, haciéndome saber que mi destino le pertenecía mientras estuviera en su casa.

Pero el mañana: qué idea compleja pensar en el mañana. Asentí con la cabeza a su afirmación, aún sabiendo que no haría diferencia alguna, y sólo pude pensar que en esa nueva ciudad, vieja compañera de andanzas, el mañana estaría encarnado en un descreído peón al que le avergonzaría guerrear a mi lado. El mañana: rancio contrincante.

**H**abía vuelto, tal vez para quedarme, y encontraba que mis manos sudaban sólo con la presencia de ese pensamiento involuntario. Cambiaba de emisora, como queriendo cambiar de vida, y encontraba venas hendidas en la entonación de los juglares vallenatos: le cantaban al amor desatendido, al desprecio, cantaban por los celos, por mujeres adúlteras fugadas en brazos de amantes rústicos y silentes. Cambiaba nuevamente de emisora y encontraba la normalidad de esas venas hendidas, pero entonces retumbaba el murmullo de voces que le narraban a sus hijos baladas de inmolaciones cotidianas: la guerra.

Había vuelto, tal vez definitivamente. Cuatro años y algunos meses habían transcurrido desde que me embarcara, un poco buscando el comienzo de mi vida, un poco por probar que existen mundos donde podemos fabricarnos a nuestro antojo. Cuatro años y unos meses después bajaba del avión terciado de cananas, a punto para un duelo inexistente. Aún no encontraba el inicio de mi vida, pero al menos ya sabía que no había tal cosa.

Mi madre avanzaba mecánicamente por la ciudad y yo quería sentarme en sus piernas para contarle todo lo sucedido, pero resultaba más fuerte el silencio que el habla.

## **PRESENCIA**

Nos deslizábamos calladamente por conductos, asfaltos, y la velocidad era perfecta, velocidad de crucero en esas aguas apacibles que enmarcaban los años de mi vida, mi nacimiento, mi niñez, la Edad Media que fue mi adolescencia, eso negro, y la juventud con sus destellos fugaces.

Finalizada la universidad tuve un trabajo. Entonces creía que se me daba el inicio de una vida llena de realidad y prestaciones sociales. Salía a almorzar con los colegas, discutía sobre el futuro de la empresa, y hacía todo eso que parece hacer de un hombre un verdadero trabajador y un ser humano. Pero al poco tiempo fui despedido. Entonces el inicio era el fin. Duró tres meses, tiempo más que suficiente para hacer planes sobre mi futuro.

De niño quise ser banderillero. Cada vez que llegábamos a la casa después de una corrida de toros lucía mis más estrechas sudaderas, a manera de traje de luces, y me deslizaba en puntitas de ballet por el corredor de la casa, evitando la cornada y haciendo de los baños, indulgentes burladeros. Pero pronto entendí que para eso debía ser temerario, hecho que me hizo renunciar a la idea, tal vez porque siempre he sobreprotegido mi vida.

Un sorbo más del agua de mi madre nos hizo saber que mi noble estómago clamaba por algo de comida, cuando éste se contrajo y emitió un fuerte borborigmo, seguido de numerosas réplicas. Entonces di un giro y vi el arrume de bandejitas en la silla trasera. ¿“Acederas es que se llaman?””, le pregunté, a lo cual mi madre asintió y, sin perder la oportunidad de hacerme partícipe de su hallazgo, me dijo que cogiera una. Examiné la

pegatina que ella misma había diseñado, la presentación general del producto, muy en el fondo queriendo que no fuera una hortaliza sino un buen trozo de jamón o, en su defecto, de queso. “Esto debe vender”, le dije, haciendo uso de una vieja pronunciación, que aún guardábamos uno para el otro, en son de burla inofensiva, simulando el tono jactancioso de algún novato estudiante de marketing o de un viejo dependiente de anticuario. “Lucen suculentas, apetitosas. Y el logotipo es bellísimo”. Y en efecto, aún le hacía gracia la inflexión. Se le iluminaron los ojos después de repetir: “bellísimo, bellísimo”.

Una vez rasgado el plástico, saqué una hoja y la introduje en mi boca. “Son ácidas, -le dije después de dar el primer mordisco- muy ácidas”. Pero no importaba, tenía hambre y mi estómago no cesaba de protestar. Saqué unas más y me las fui comiendo mientras sentía cómo todos los pelos de mi cuerpo se crispaban y mis ojos se cerraban involuntariamente, primero uno y después el otro, haciéndome ver distorsionadas las ventanas y los tripulantes de los carros que andaban junto a nosotros. Y así, ocupado en devorar esa excéntrica golosina, vi asomarse en la marcha el Cementerio Central, que no era el mismo que había dejado años atrás. Una vez estuvimos frente a la fachada, mi madre frenó obedeciendo la luz roja del semáforo, y yo me detuve en las reformas a la vez que masticaba, sin notar qué era lo que echaba en falta. Para mi madre no era nuevo, por lo que no hizo ninguna observación. Estuvimos quietos ahí por unos segundos sin que yo pudiera dilucidar lo inédito del lugar, pero justo cuando el semáforo nos dio luz verde y ya nos estábamos alejando, la veladura se hizo de lado y vi que había un enorme aviso grabado en lo alto de las puertas de hierro, que decía: “NO MATARÁS Y MENOS A LAS NIÑAS Y LOS NIÑOS”.

Después supe que todo el cementerio había sido reformado: las tumbas menos favorecidas, esas que apenas tenían lápidas improvisadas a base de bolsas de basura santiguadas y nombradas con pintura blanca y que, aún así, a pesar de la pobreza del parroquiano, tenían mecanismos musicales, grabaciones que se accionaban con el calor de los viandantes o de los animales del cementerio, prestos a tocar una ranchera o un bolero cada vez que alguien se acercaba, habían sido reubicadas directamente en la calle, en la Avenida El Dorado. Supe que esos sarcófagos improvisados, junto a sus restos sin suerte, después de estar por meses en la calle, habían ido a parar a distintas partes de la ciudad, no propiamente a otros cementerios. Y aún así, no me causó mayor sorpresa la noticia del destierro de las fosas, porque años atrás, siendo estudiante, yo mismo, cuando había servido de personaje para una puesta en escena donde se exhibían algunos de los sonoros casos junto a personas de la calle que se sorprendían al oír las lóbregas tonadas, recuerdo haber hecho agradables bromas parodiando las melodías de las criptas. Había cambiado, aún cuando siguiera siendo el Cementerio Central donde todavía estuviera el cuerpo del poeta Silva, a quien mi abuela comparara con Félix. Tal vez eso nos faltó hacer en nuestra época: ir a visitar a su sosia, haber fundido dos tiempos entre sus aires gemelos, su semejanza: nuestro tiempo, el de Félix, y el del poeta Silva, los dos unidos a la fuerza, imantados gracias a esa extraña vehemencia, causa de la languidez y el desaliento.

Ya había acabado de comer las hortalizas cuando mi madre preguntó si quería dar una vuelta por el centro de la ciudad antes de seguir hacia la casa, argumentando que aún era de día y que sería bueno ver el exhumado riachuelo que corría nuevamente por en medio de la ciudad colonial. Pero eso, la ciudad vieja, La Candelaria y sus inmediaciones, que mi madre

seguramente veía con ojos de optimismo o de orgullo, para mí no era más que el recuerdo de lo que había dejado antes como desnudo cemento, como simple y duro asfalto, en el recuento de esos años étlicos, de caminatas sin sentido, de carnes verdes en las esquinas junto a mazorcas venenosas y manchas de orín de perro. “Me parece bien, madre”, le dije, sin hacer la pausa decisiva que quizá hubiera corregido mi pensamiento, antes de encontrar cuántas más penosas piezas habría en ese centro, en ese encierro que mi mente habría de guardar intacto, en esas callecitas adormiladas que mi embriaguez de adolescente inquieto cobijaran, tal cual fuera el Viento de los Dioses para los pilotos japoneses en la Segunda Guerra Mundial, un suicidio sin enmienda, anhelado, un hueco maestro: el recuerdo de un deceso más que ambicionado.

“Me parece bien, madre”, dije, de la misma forma en que siempre lancé un “quiero” cuando escondía en mis sesos un “detesto”, un “vamos” cuando tibiamente sentía un “quedémonos”, o un “sí” cuando lo más profundo de mi ser bramaba por un “no”. “Me parece bien, madre, empújame hacia el Viento de los Dioses”, debí haber dicho entonces, pero no lo hice. Íbamos muy rápido. Ella muy concentrada y yo rezagado. Pasábamos carros a lado y lado, por lo que se iban fugando vidas de extraños, pequeños desahogos, pesares, la niña que mira por el vidrio trasero del carro y le hace muecas a cualquiera que se deje interceptar por su pequeña paz de siete años. Se fugaban los instantes inmediatamente acaecían, porque mi madre quería llegar rápido a ese riachuelo, pasar por ahí y señalármelo, quizá bajar del carro, y se fugaban los siete años de esa niña entre las entrañas de la serpiente que mi madre quería dibujar en la calzada.

Casi cruzábamos la Carrera Séptima, cuando vino Rosa a mi mente, la única mujer que he sentido siempre como una auténtica amiga. Se alcanzaba a ver el fluir de los carros a lo lejos, ese singular aire de familia que invariablemente ha emanado para mí esa calle, cuando se puso ante mis ojos el recuerdo del día en que nos encontramos para dar un paseo en bicicleta por toda ella, la Séptima, ida y vuelta, sin la custodia de los padres de ninguno de los dos. Debíamos tener doce años y era la primera vez que pasábamos por ahí sin adultos, con toda la libertad, con toda la ambición de abarcar el mundo, sólo con Rosa y sus conjeturas, sus pequeños convencimientos sobre los actos o razonamientos de otras personas del colegio, me hacían sentir que había algo allí afuera, en el mundo, en nuestra insignificante esfera. Era muy alta de niña, recuerdo, su madre debía soltarle todas las semanas un centímetro a sus dobladillos, porque crecía como la leche en el fuego.

Veía la Séptima acercarse inevitablemente, esa calle que mi padre me explicara una vez, porque las calles, al igual que los acontecimientos o los teoremas algebraicos también pueden ser reveladas, y al tiempo que la veía pensé en la historia de mi vida, en qué diría cuando me preguntaran por ésta, por mi calle, por mi vida, y lo único que vino otra vez a mi mente fue Rosa, pero entonces Rosa la fotógrafa: esa historia, la mía, estaba documentada a través de los cientos de fotos que nunca dejó de hacerme desde que nos conocimos, porque siempre era yo el único conejillo que se prestaba para rellenar el fondo y la forma de sus caprichos. Y fue ella, precisamente, la única persona que viajó a visitarme a aquel otro lugar. Era la única persona que podía concebir la gran burbuja de ese ayer mío. La única, y dada la naturaleza de nuestra amistad, de mi disponibilidad, un fragmento de esa gran burbuja quedó impreso en el papel, después de revelar y fijar, después de editar, cortar y secar en pinzas.

Rosa y la Séptima: por ahí pasábamos para llegar al riachuelo.

Esta clase de milagros, haber recorrido en un segundo trozos enteros de mi pasado, me hacía sentir próximo a la noción del retorno. Qué fácil resultaba entonces echar para atrás en el tiempo, reanudar dudas o reconstruir abrazos, sin que nada de ello se mostrara especialmente obstruido por éste. Pasábamos calles y calles sin importancia aparente, y algo de cada una iba quedándose en mi retina, como cuando contemplamos un desfile multitudinario y creemos reconocer a alguien en una de las caravanas, y después resulta que no es más que la mezcla de todos los rostros lo que nos llena de un recuerdo, de una materialización. Así, el paso de las calles iba fusionando mis recuerdos, uno con otro, entregándome la mezcla a partir de los detalles.

“Tu padre ya debe estar esperándonos en la casa, -dijo mi madre, quizá justificando su exceso de velocidad- no pudo venir porque tenía uno de sus almuerzos maratónicos”. Traté de visualizarlo, pero era demasiado pronto. No quería pensar en él, prefería verlo de golpe. Alguna vez alguien me dijo que lo único realmente doloroso de ausentarse por mucho tiempo de la casa paterna consistía en recibir de un solo envión el envejecimiento de los padres. Y sin nunca haberlo vivido, me pareció acertado el comentario en su momento. Si bien era cierto que a mi madre le había visto el pelo mucho más cano, no la sentía más vieja. La muerte de Serapia le había dado una pausa. Pero la transparencia en sus maneras de niña seguía aflorando insistentemente. Aún así, supuse, ese momento antes de verla, cuando estaba recogiendo las maletas y no quería voltearme, tenía que ver con ese mismo sentimiento que entonces surgía cuando me preguntaba por mi padre. Es un instante. Un abrir de puertas. Es modelar un nuevo padre después de cuatro años y unos meses. Y un instante después, la sombra del recuerdo anterior queda borrada por siempre. “¿Con quiénes era el almuerzo?”, le pregunté, interpretando de antemano que el término “maratónico” incluía al menos cuatro comensales. “Creo que con los banqueros, pero no estoy muy segura”, respondió, usando esos títulos genéricos que siempre les ha impuesto a los grupúsculos de amigos de mi padre. Al parecer de mi madre, estaba con “los banqueros”, por lo que pensé, debían estar virando el curso del país bajo el arrullo de unos vinos súbitamente transformados en whiskys, y café al final para darle paso a un intento de cordura que, por lo demás, no tendría nada que ver con un afán de fingir sobriedad, porque cada uno era su propio jefe.

Aún intentando huir de esa temprana imagen, no conseguí detenerme. Vi a mi padre intachablemente ataviado: zapatos de cuero sin cordones, blanda corbata con pequeños solecitos estampados, mancornas de malaquita en forma de huevos diminutos, vestido azul noche de paño impecablemente planchado y, debajo de una nueva montura de carey para sus cristales, bajo su inconfesa nariz de rabino, yacía su barba indemne, entonces totalmente nevada y augusta, peinada hacia los lados como una mariposa atravesada por alfileres, como la de cualquier profeta. Así lo vi, y no parecía más viejo.

Una vez en la Carrera Tercera, ya en el centro, le pedí a mi madre que orillara el carro para comprar más cigarrillos en una panadería cercana a mi antigua universidad. Hizo un par de maniobras y logró estacionarse en la cuadra siguiente. Aunque fue extraño, logré pedirle plata con algo de naturalidad. Le pregunté si quería algo, por lo que me encargó chicles de canela y otra botella de agua. Le recibí el billete, me zafé el cinturón de seguridad y le quité el

seguro a la puerta, todo esto emulando las incontables veces en que habíamos salido juntos a hacer diligencias y yo era quien debía bajar rápido del carro para entregar paquetes, dejar ropa en la lavandería o recoger cintas de video. Antes de abrir la puerta le pregunté si quería algo más, y fue entonces cuando supe que todo aquello, nuestro parentesco, era una realidad difícilmente quebrantable por el paso del tiempo. Ya no me oía. Se preparaba para los siguientes cinco minutos de espera como quien da inicio a un año sabático frente al mar, y comienza a acomodarse para un ascenso hacia las cúspides del más puro hedonismo, que en realidad provenía de un casete de Patsy Cline, que puso apenas detuvo la marcha, del cual sonaba una lenta versión de la canción Crazy. Bajé del carro con esa música y a medida que comencé a sentir el viento frío y cauteloso de la calle, advertí que la canción sonaba allí también. Tras unos pasos paré de andar y miré hacia atrás para asegurarme de que mi madre aún estuviera allí. Y sí, ahí seguía. Seguramente estaría dándole suaves pataditas a uno de los palos que sostenían su hamaca sabática para impulsarse.

Cuando crucé la calle vi a un grupo de estudiantes entrando a la panadería. Ahí estábamos hace algunos años, después de clase, buscando el menor indicio de muchachas en nuestro devenir, acariciando la idea de besarlas o al menos de tocarlas desde la lejanía. Nueve de la mañana junto a Félix y su primo: tres copitas de aguardiente, limón en rodajas para pasar el trago y cervezas para acallar la sed de la mañana. Entré a la tienda y acababan de sacar pan recién hecho del horno: todo el recinto olía a mantequilla. Pedí cinco cigarrillos, agua y chicles para mi madre, y una bolsa de pan. Cuando revisaba que el agua estuviera pura y libre, pensé en tomar algunas copitas de aguardiente con los estudiantes. Parecían tan inofensivos. Acaso acababan de hacerse promesas unos a otros para dejar crecer su pelo hasta el final de la carrera. “Cinco cervezas”, dijo uno. “Seis”, pensé. Entonces mi madre debía estar casi llegando al sueño, arrullada por la brisa marina, y de su mano estaría cayendo un poco de ceniza de cigarrillo, a la vez que un murmullo de otros mundos estaría acariciándole el oído. Salí de la tienda y vi cómo las luces intermitentes del carro me llamaban. Aunque no alcanzaba a ver nítidamente a mi madre, vi que sacaba un brazo por la ventana. Pensé que podría haber despertado de su año sabático. Tal vez para ella ya habría acabado de sonar la canción, pero en mi mente, en la inmensidad de la calle, sonaba aún más lento y fuerte, como con voz de hombre, un lastimero: “I’m crazy for feeling so lonely”. Crucé nuevamente la calle, y al abrir la puerta del carro mi madre sacó la cinta de la casetera, como queriendo ocultar, por mi propio bien, lo que había sucedido en esos minutos dentro del carro. Le entregué lo que había encargado y le extendí la bolsa de pan para hacérselo oler. “Qué delicia, -dijo, mientras acomodaba algunas cosas para poder reemprender el recorrido-, huelen a pura mantequilla”, y unos segundos después, mientras yo me ponía el cinturón y bajaba la ventana, dejó salir de sus labios un hilillo amarrado en palabras: “Me hiciste mucha falta”.

Agradecí con un beso. Sabía cuánto le había costado decirlas, no porque algo propiamente triste hubiera ocurrido entre ella y yo, sino porque constituían el cúmulo de los meses y años pasados: eran palabras aplazadas. Ausencia y presencia. Y yo, recién bajado del avión, aún no sabía si mi retorno era perentorio, o sí, todo aquello, fundamentalmente el adiós que me diera Lourdes horas atrás, sería el germen de un nuevo aplazamiento, un intervalo quizá, algo de qué aferrarme.

Saqué un pan de la bolsa cuando empezamos a andar, pensando que comer pondría

algo de orden a mis pensamientos. Vi más estudiantes que parecían estar infiltrados en la ciudad, queriendo hacer parte de ésta, buscando cafeterías, buses, buscando copitas de aguardiente.

Así, erráticos y extraviados, debíamos vernos Félix y yo esa mañana, años atrás, después de su última reincidencia en el terreno de los adioses. Posiblemente nos veíamos así, al tiempo que su querida sobrevolara el último trozo de cordillera, tal vez la Sierra Nevada de Santa Marta, donde debían estar agonizando los escaladores de mi madre, mientras nosotros esperábamos que Purita, la dueña de nuestra tienda, cortara las rodajas de limón. Después de hacerlo, estrellaría sobre la mesa la media botella de aguardiente que le habíamos pedido, haciéndonos partícipes de su desaprobación, arguyendo que todavía había personas desayunando. Purita sabía que las medias botellas irían reproduciéndose en la mesa, al igual que las rodajas de limón empezarán a mezclarse con las colillas de los ceniceros, hecho que le desagradaba en exceso. Esa mañana, yo destaparía la botella, mientras hacía un esfuerzo por explicarle a Purita lo que nos ocurría, y digo nos, porque yo estaba tan untado de la tristeza de Félix como nadie en el planeta, pero ésta se alejaría sin prestarme atención, mascullando improperios.

“¿Por qué me seguirá pasando esto?”, articuló Félix en voz muy baja después de beber el primer trago. Parecía querer alcanzar niveles de alcoholemia jamás visitados, y yo debía unírmele sin pensarlo siquiera. Eran esos primeros tragos, cuando aún no se está borracho, lo que no dejaba fluir nuestra ira. Veía su cara y sentía que debía hacerlo reír, pero nunca se me ha dado el humor, así que me abstuve de intentarlo, y de paso me felicité en silencio por haber pensado antes de hablar. Sólo quedaba el camino de la intoxicación. Le propuse un brindis en detrimento del género femenino, porque fue lo único que alcancé a perfilar desde mi estrecho repertorio de recursos para consolar al abandonado, pero éste no estuvo de acuerdo: a pesar de todo, y de sí mismo, la quería. Nunca se sabe qué decir en momentos así, pero callar tampoco es saludable, pensé, dándome ánimos para volver a intentar lo que más adelante supe, era irrealizable. Callar hace que todo se torne un poco más dramático de lo que en verdad es, pensé de nuevo. No había a quién imputar su dolor, nuestro dolor. No había un adversario. Su querida no había escapado para deslizarse en brazos de un tercero, tercero que en esos momentos yo añoraba para poder emprender la ira en contra suya. “¿Debería perseguirla?”, preguntó Félix, no a mí, sino al entorno, a Purita, a su Dios, creyendo muy poco en todo ello. “Debería querer quererla”, sentenció después de unos segundos, a lo cual, más que nunca, no supe qué responder. Otro cuarto de hora consumado, pensé. Habíamos perdido y ni siquiera estábamos borrachos.

Justo después del medio día, guerreros mancillados por la diluida sangre de un contrincante inexistente, aparecíamos sentados en la misma mesa, a dos o tres tragos de acabar la segunda media botella de aguardiente. Como en tantas otras situaciones, el líquido había acabado por amansar el sintomático desdén del buen Félix, y a mí me había dado bríos para servirle fielmente: buen Sancho de mí. Algún rastro quedaría por siempre atornillado a Félix, pero el adiós, su nuevo adiós, tranquilamente sobrevolaría nuestra ciudad, buscando ramas de árboles, nichos, donde anidar la espera. El drama se había apagado y no importaba el desprestigio que suponía seguir allí, sembrados, abonando de toxicidad nuestros boyantes métodos de resurrección. Bromeábamos a favor de una yerma existencia, accidentalmente



visitada por contrahechuras en forma de muchachas complacientes y sin importancia, cada vez que veíamos pasar a una mujer grata por la ventana que nos dedicaba una mirada de relámpago antes de besar a su tercero. Mancillados, deshonrados, aún sin un contrincante a quien guillotinar, dirigíamos las copitas a las bocas, y en el camino entre las faringes y los estómagos, un endeble atisbo de bienestar se hacía presente: vegetábamos cual ninfeáceos lotos o nenúfares a orillas del Ganges, motivos decorativos más o menos estilizados, pero en ese momento finamente dispuestos en la tienda de una Purita un tanto más alegre a nuestros ojos, cual rodajas de limón en montañas de ceniza, o como lunas de un planeta que barajan sus órbitas adrede para alcanzar nuevos parajes. Entonces estábamos borrachos.

“¿Quieren empanadas?”, preguntó Purita desde el mostrador, lanzándonos un retazo de sus campechanos instintos maternos. “Por supuesto”, respondimos. Queríamos muchas empanadas. Comimos, prendimos nuevos cigarrillos y terminamos la botella para cortar la grasa, siguiendo las enseñanzas de mi abuela paterna, a la vez que acordamos tácitamente ser buenos muchachos con Purita. Después de todo, esta era su más tierna manera de decirnos que ya había estado bien de tragos. “Vamos”, dije, y Félix estuvo de acuerdo, pero justo después de pagar, cuando salíamos, aparecieron tres muchachas que estudiaban con nosotros. Parecían contentas de vernos, aunque ya sabíamos que nada de ese encuentro podría traer cosas saludables. No era por ellas mismas, porque antes, en otras ocasiones, habían mostrado ser inofensivas e incluso generosas en muchos aspectos, sino por el entonces peligroso hecho de ser mujeres. Después de los saludos, una de ellas, al ver que ya nos íbamos y que no planeábamos proponerles nada, dijo que había un concierto en la tarde, y que antes iban a tomar algo en la tienda. Nos preguntó, aunque esto en verdad no era una pregunta porque ya conocía de antemano nuestra afirmación, que si las acompañábamos un rato. “Mucha información”, dijo Félix entre dientes, pero ellas no hicieron caso y nos empujaron hacia adentro. “Sentémonos... ahí”, apuntó con el dedo una de ellas a nuestra mesa de antes, como sabiendo que la única manera de persuadirnos por más tiempo, sería ubicándonos en el mismo escenario. Pensé que la verdadera intención de la propuesta partía de un conocimiento intuitivo, mediante el cual ellas sabían algo del suceso de Félix, porque la que decidió dónde sentarnos conocía a su querida.

Cuando llegué a la mesa, Félix procuraba interesarse por la conversación de dos de ellas. Ya conocía yo sus mañas retóricas para combatir su éxodo mental: monosílabos en puntos decisivos, preguntas reiterativas, y todo eso que transforma súbitamente al displicente en entendido. Lo hacía bien, no cabe duda. Hablaban sobre un profesor y una alumna que finalmente se habían ido a vivir juntos, después de meses de sigilos irrisoriamente logrados. Perfecto tema para otro momento. Sin tener mucho qué añadir, traté de entablar conversación con la tercera de ellas, precisamente la que había señalado la mesa donde estábamos, mientras Félix luchaba por mantener la charla para que no se percataran de sus síntomas. Reía con algunos de los comentarios y terminaba frases que ellas mismas no podían concluir. Parecía feliz con su pequeño olvido de diez minutos. Aún así, me miraba desde su isla como pidiendo ayuda, preguntándome en silencio qué hacíamos enfrascados ahí, cuando lo nuestro seguía vivo. Y entonces se abrió el fuego: no habíamos cruzado cinco frases la tercera muchacha y yo cuando me preguntó directamente por el viaje de la querida de Félix. Quise cerrarle la boca con una maniobra de yudo para encauzar su impulso, tumbarnos al suelo y después hacernos rodar hasta salir de la tienda, apretarle una máscara de gas del tamaño de su cabeza hasta

asfixiarla, hacerle el corte de corbata con mantequilla en su insolente pescuezo, callarla, enmudecerla, silenciarla, pero el daño ya estaba hecho: Félix había escuchado, y sus ojos empezaban a orbitar de un lado a otro, de diestra a siniestra, sus manos a buscar cigarrillos y copitas de aguardiente entre las cosas de la mesa, y allá, muy adentro, en su efímero tiempo de omisión, las municiones de los arcabuces alcanzaban su objetivo.

Días más tarde supe por otros medios que la tercera muchacha tenía especial interés por Félix. Particular gusto que nace de la apetencia irrealizada, después de digerir inagotables narraciones en que la supuesta amiga se vanagloria de tener muchas horas de vuelo junto a un hombre, en este caso Félix, sin afectar qué tanto interés real es el que siente por éste, si está deseosa de retenerlo, o si, lamentablemente, como con mi amigo, lo que desea es provocar a su seguidora, apresar al hombre y, finalmente, cuando todo está consumado, escapar a climas más benignos como un ave migratoria, quizá hacia otro país, bajo otros cielos, dónde poder desplegar nuevamente su red, tejer su tela de araña, esa nube muy ligera pero letal, y entonces alimentarse de nuevo para reafirmar su condición de cazadora sibilina. Sólo por eso, la tercera muchacha creía amarlo.

Un día largo fue ese que empezó para mí con los gladiolos, tan largo como el de mi llegada, años después. Seguíamos andando por la Carrera Tercera, mi madre al mando y yo de copiloto. De la bolsa de pan aún manaba algo de olor a mantequilla y la nueva botella de agua casi llegaba a la mitad. Mi estómago parecía estar en calma. Al ver las nuevas rutas para ciclistas pensé en mi padre nuevamente, en sus rutinas de marcha estacionada, en lo feliz que lo hacía utilizar esa vieja bicicleta estática heredada de mi abuela, seguramente comprada como punta de tecnología, calculo que hacia los años sesenta. A veces, cuando entraba al cuarto de mis padres para despedirme, lo encontraba sentado en su viejo caballito de acero, sudando abiertamente sobre su batín de dragones y serpientes que tiempo después me heredara, inmerso en la penumbra de las cortinas cerradas, mientras mi madre libraba una de tantas batallas en sueños, abrigada como una margarita entre su oval concha de plumas.

Nos acercábamos al riachuelo por entre ríos de carros, estudiantes y secretarias, éstas últimas montadas en tacones insufribles, falditas apretadas y camisas vaporosas con inauditas gorgueras anudadas siguiendo las flexibilidades que impone la desidia del estilo de oficina. Caminaban carros, estudiantes y secretarias, unos por encima de otros, a codazos, haciéndole el quite a la tarde, casi noche, abriéndose paso para llegar prontamente a sus destinos, a sus plazas de parqueo, a sus tiendas de aguardiente, a sus pizzerías con show incluido, donde algún jefe esperaba los favores exigidos como forma de pago anticipado por un ascenso convenido, pero pocas veces formalizado. Por entre esa multitud, que entonces creí conocer a la perfección, mi madre y yo rodábamos, mientras se hacía de noche puntualmente, virtud tropical casi olvidada. Estábamos en el centro, y a pesar de las horas que me había tomado llegar a Bogotá, nos alejábamos de la casa para saldar el capricho de mi madre.

## AUSENCIA

No la conocía suficientemente bien como para vislumbrar las posibles acciones que acometería después del día de mi viaje a Bogotá. Sabía algunas cosas: no era pelirroja.

Lourdes no era pelirroja. Tampoco era excesivamente arrojada ni aduladora. Bella imperfección lo incompleto de ese saber. No quería recrearla. Aún así, como con mi padre, se adelantaban los pensamientos al querer: la imaginaba viendo televisión o leyendo, harto desentendida de todo lo que pudiera estar ocurriendo a su lado, en casas vecinas o incluso en pensamientos contiguos, si es que estaba con alguien, reponiéndose fácilmente de su fárrago de quince días, tiempo que encerraba toda la eternidad de lo acontecido y evitado entre los dos. Sabía de ella lo que se puede saber de una mujer en quince días: casi todo sobre casi nada. “No es pelirroja”, repetía en pensamientos mientras contemplaba la posibilidad de hablarle a mi madre sobre ella, al tiempo que nos acercábamos cada vez más al riachuelo. Todavía recordaba su cara, su cuello, partes de todo su cuerpo, aún cuando sabía que eso, lo que entonces podía retener en mi mente, pasados dos o tres días empezaría a evaporarse forzosamente. Quince días no era tiempo suficiente: bella imperfección incompleta.

La primera vez que la vi fue un día en que yo volvía a la ciudad en uno de los últimos trenes del domingo, después de una larga y casi nocturna tarde de playa. La turba de bañistas rezagados y embadurnados de líquidos antisolares esperábamos el tren. A codazos mentales, buscábamos situarnos justo en el punto donde se abren las puertas, con lo cual lograr un puesto que mirara hacia delante, en dirección al destino, o al menos un puesto de espaldas para no tener que viajar de pie. En ese punto, incrustada justo en medio de la multitud, apareció Lourdes. Su pelo estaba ensortijado por el agua del mar, o al menos eso quise pensar desde mi vieja idolatría por todo lo lacio, y le brillaban pequeñas partículas, necesariamente en los hombros pero también a menor escala en la espalda y en las piernas. Cuando se abrieron las puertas del tren, situadas justo en frente de nosotros, ella entró presurosa y se sentó en una de las sillas bien ubicadas. La seguí, tal vez pensando que mi deber era protegerla del resto de la turba, y me senté al lado suyo. Tenía una de esas caras afiladas y medidas con escuadra, supongo que totalmente simétricas y por tanto acentuadamente bellas, según un artículo sobre la estética humana que leí algún día en la mansarda de mi tío en una National Geographic. Eran ese tipo de ángulos que no nos dejan rastros en el pensamiento, rastros mezquinos que nos hagan dudar si en treinta o cuarenta años, si soñamos vivir toda la vida junto a esa persona, eso que vemos tenso en la quijada resulte desmoronándose. No había rastros en ella. Parecía ser un caso excepcional de mujer inmune a la vejez. Una vez arrancó el tren, sacó de una bolsa plástica de playa un walkman considerablemente antiguo, desanudó los audífonos y se acomodó muy pegada a la ventana como tratando de escapar de tan aglomerado escenario, en principio mirando las inmediaciones del pueblo que acabábamos de dejar atrás, y después escrutando a los otros que habíamos logrado sentarnos en su mismo compartimiento.

Frente a nosotros yacían sentadas dos jovencitas repartidamente bellas, entre las dos habrían podido lograr una mujer hermosa. La más desenvuelta narraba un último episodio de su corta -a juzgar por la edad-, o quizá extensísima vida de hombres: “Si quisiera podría acabarle su relacioncita con Irina... En frío no, pero en caliente... No es por nada, ella parece bonita a primera vista, pero si la detallas pierde con los días... Es mayor que él, tiene 21 años... Pero mira, no estoy dispuesta a gastarle esfuerzos, mis lágrimas valen un montón... Si él supiera que he estado con casi todos sus amigos... Pobrecito, vive en la ignorancia”, decía como queriendo participar a todo el tren de su hazaña. Entre tanto, cosa en la que realmente ponía toda mi atención, nuestros muslos, el de Lourdes y el mío, se rozaron entrecortadamente

por cerca de una hora, mientras ella escuchaba una música que no pude distinguir, porque era una de esas atentas personas que se toman el trabajo de graduar el volumen de la música que escuchan a niveles no audibles para los pasajeros que los rodean, pero que en ese preciso momento quise compartir para no tener que oír a la joven que tenía en frente. Intermitentemente ella cerraba los ojos por largos momentos, simulando dormir pequeñas siestas de parada en parada. Su tierno muslo rozaba al mío siguiendo el mismo patrón que determinaba su abrir o cerrar de ojos, es decir, cuando simulaba despertar o se entregaba a la siguiente siesta que, muy en mis adentros, rogaba fuera una táctica para llamar mi atención. Aún así, lo único que podía ver eran sus piernas porque un miedo me inundaba cada vez que decidía hacer una arriesgada incursión para ver su cara, y así poder acordarme de ella la próxima vez que la viera.

Escasas incursiones logré aquel día, pero suficientes para acordarme de ella un par de meses más tarde, algunas horas después de que me la presentaran, gracias a un albur difícilmente explicable, gracias a un albur que entonces, junto a mi madre aferrada del volante, pensaba era más bien un vil diseño, hipócritamente urdido por una variedad de genio maligno cartesiano, con el único propósito de hacerme partícipe y jugador de la tragedia humana, traspapelado en un incipiente amor en la distancia.

Fue sencillo, tal cual como se conocen la mayoría de los mortales de bar: “Esta es mi amiga Lourdes”, es decir, por inercia, por estar obligados a decir algo cuando ignoramos qué más hacer con nuestros cuerpos. “Grata timidez”, eso fue lo primero que pensé de ella dos meses después de haberla tenido al lado, aún sin reconocerla. Podía ser el principio motor de toda la oscuridad del mundo concentrada en una mujer, o todo su contrario, podría no volver a verla o, tal vez, más adelante, no soportar hacerlo, pero eso, “grata timidez”, fue lo único que divisé. El bar no estaba muy lleno aunque tampoco vacío, no muy silencioso y más bien sucio, inserto en una simple noche de lunes. Me agradó Lourdes y no su amiga, a quien había conocido hacía algunas semanas en ese mismo bar, porque ésta última era el prototipo de tantos corazones en apariencia abiertos pero indudablemente portadores de ventanas y locales cerrados, que esperan huéspedes toda la vida, guardando vacías para ellos sus mejores habitaciones, al asecho y sin solicitudes, porque esperan visitantes con los que es imposible sentirse a gusto. Tal vez codiciaba mucho y no tendría nada, como yo. Me agradaba Lourdes por lo mismo que a ella, supuse desde mis mares de ignorancia, aún cuando días después supiera que no eran muy apegadas. Pedí cervezas para los tres, bastante extrañado de estar hablando con dos muchachas, digamos alegres, especialmente por esos días, la mayoría, en que debía ser el portador necesario de una abstinencia imputada por el acaso, por la infortuna, todos legados de Félix que yo sin duda había adoptado. Fue después del primer brindis cuando Lourdes me dijo que ya me había visto antes, saliendo de la escuela de pintura en la que me había matriculado meses atrás.

Cuando nos deslizaron los tres vasos, vi un letrero que decía: “Delusora en Vivo”, en letras grandes, pegado en la pared donde estaban las botellas, y debajo de eso, en letras pequeñas: “Los días 2, 3 y 4 de noviembre en la sala Oriana”. Le pregunté si también tomaba clases en la escuela, a lo que me respondió que no iba ella sino su hermana menor, a quien de vez en cuando debía recoger después de clase. “¿Te gusta?”, me preguntó, mientras su amiga daba un largo sorbo a su cerveza, probablemente tratando de explicarse cómo un

diálogo así de abstinente podía mantenerse vivo por tanto tiempo. En principio pensé que me preguntaba si me gustaba su hermana menor, razón por la cual llegaron a sorprenderme unos tenues brotes de sudor en la espalda, y como respuesta ante mi vacilación hizo un movimiento con el brazo simulando dar una pincelada en un lienzo. “No lo hago muy bien -le dije mientras pensaba que no eran muchas las cosas que hacía bien, incluida la interacción con humanos-, pintar es más como un remedio”. Eso último hizo que la amiga nos diera un golpecito en los respectivos hombros, para después marcharse a conseguir más huéspedes, pero uno propio, no para su amiga. “Mi hermana no quiere volver porque sólo van viejos”, comentó mientras yo trataba de encontrar en mi mapa mental a su hermana e inconscientemente también a ella. Tenía razón. Supuse que era muy niña y parecía natural que pensara así. Para mí era perfecto nadar entre aguas de ancianos impulsivos quienes, no obstante, buscaban exactamente lo mismo que yo: un remedio. “¿Cuántos años tiene tu hermana?”, pregunté, a lo cual respondió: “Once”. Entonces creí saber quién era. “Ya sé cuál es, no hay muchos niños..., pero es pelirroja”, le dije a la vez que la miraba y le señalé su lacio y a pedazos blanco pelo. “Esa es -respondió sonriendo-, ya conoces a mi hermana, ahora sólo falta yo”, frase final ante la cual quedé petrificado. Sin embargo una nueva sonrisa suya hizo que todo lo que había alcanzado a fantasear sobre ella, en esas milésimas de segundo se desdibujara en menos tiempo, porque su broma -ahora sabía que era una broma- seguía siendo parte de una tímida pero ahora ingrata cordialidad que me ubicaba infinitamente lejos de su ser. Pensé en la distancia que existe entre el gusto y la amabilidad, entre la broma y el flirteo, en los mundos perfectos que se crean en cinco minutos y se derrumban lentamente con los años. “¿Sabes qué quiere decir Delusora?”, me preguntó señalando el letrero que estaba junto a las botellas, y antes de que yo respondiera “no”, se respondió a su pregunta: “Engañadora”, dijo, razón por la cual soltó una nueva sonrisa, pero esta vez cargada de algo que no pude discernir. Extraño lunes, pensé. No recordaba nuestro encuentro en el tren, aunque sabía que la había visto en algún otro lugar. Tiempo después, cuando salíamos del bar, me cogió de gancho, y con ese gesto recordé.

“Este es el antiguo río San Francisco, ahora Eje Ambiental”, dijo mi madre en tono de guía turística, mientras buscaba un lugar donde estacionarse. Ya casi era de noche, por lo que brillaban los focos de la calle y los ojos de gato del suelo, señalando orgullosos la novedad de las lajas amarillas con las que había sido construida la obra. “¿Te gusta?”, me preguntó algo desconcertada por mi ausencia, a lo cual respondí rápidamente con un seco “sí”, pero pensando de nuevo si la pregunta se refería a la hermana menor de Lourdes. Bajamos del carro y nos dimos un abrazo de camino al territorio que quería mostrarme.

“E

l que hace lo que puede no está obligado a más”, leí en un papel escrito a mano que una mujer me entregó. Iba dejándolos a la fuerza en manos y bolsillos abiertos de personas detenidas en la calle. Mi madre y yo estábamos parados frente al antiguo y nuevo río San Francisco, viendo correr su hilo de agua en medio de ese centro contagioso, el de mi recuerdo. Le entregué el papel a mi madre para deshacerme de la basura, con el mismo gesto abúlico de quien pasa un encendedor en un bar o la sal en un almuerzo. Lo leyó y no dijo nada, se limitó a sacar unas monedas de su bolsillo, esperando que volviera a pasar la mujer.

Me devolvió el papel como indicándome que le diera otra interpretación, asumiendo de antemano que mi lectura pasada no había sido del todo afirmativa. No quise ahondar en su silente reproche, quizá porque sabía que no hacía con mi vida lo que podía, o tal vez sí, pensé enseguida, lo que se me antojó aún más grave, dado que sí experimentaba en mis adentros el impulso de la obligación, aún cuando desconocía de plano el sentido que éste debía tomar. Algo tenía que haber sacado en limpio de esos años, me figuré luego, no sin cierto temor; algo, mientras el hilo de agua se escurría de una laja a otra sin hacer ruido, así como el sedante que franquea las diferentes partes de un cuerpo, quizá como mi tiempo, haciéndome entender de repente que no llegaría siquiera a intuir qué conocimientos me había concedido el viaje, al menos hasta sentir mi retorno como un asunto consumado. Doblé y guardé el dictamen de la mujer en mi billetera junto a la foto de Serapia, pensando en lo útil que me sería en las noches siguientes como flechazo tutelar que cierra una disertación de borrachos amigos. Lo sacaré justo al final de la noche y lo ensartaré en la mesa plagada de copitas vacías, con mi estilete inexistente de hoja estrecha y aguda: “El que hace lo que puede no está obligado a más, muchachos, discúlpennme ahora, debo atender asuntos domésticos”, les diría, haciendo uso de una dulce y poco creíble rectitud, como de hombre casado. Era mi segundo premio bogotano, gracias a la callada porfía de mi madre, y entonces reposaría a buen recaudo junto a la foto de mi abuela, mi primer y pírrico trofeo.

De vuelta al carro caminamos algunas cuadras de la Avenida Jiménez con cierta libertad, lo que me hizo notar el particular olor de algunas de las personas que otrora sólo viera desde la ventana mientras andábamos. Por oleadas advertí el efluvio de los estudiantes, tal vez demasiado intenso para mí en ese momento, aún cuando yo mismo lo hubiese incorporado a mi vida años atrás, híbrido de malgastadas copitas de aguardiente navegando entre almuerzos abundantes en carbohidrato y poca carne. Me pregunté si mi madre también advertía cómo el anís se debatía por salir a flote entre tantísima sémola, pero entonces comprendí que no prestaba mucha atención a la gente que pasaba por delante de nosotros. En cambio, sentía en ella algo jamás reconocido: trataba de persuadirme de las bondades de esa Bogotá, la que ella seguro meditaba haber construido, remodelado para mi llegada, quizá para convencerme de que mi retorno fuese perentorio, cosa que le agradecí en silencio. Antes de desviarnos hacia el cerro le di un último vistazo al riachuelo, lo que me llevó a imaginar a un desconocido Félix después de los años, probablemente miembro de la junta de obras que lo había resucitado. “Es el río San Francisco, antes sepultado y ahora exhumado...”, pensé divertido, parodiando un discurso turístico, no el anterior de mi madre, sino la versión oficial

de aquella junta de obras, un tanto filosófica, digamos, por esos tiempos: “Heráclito alguna vez dijo...”, proseguí contento, dándole rienda suelta a lo que ya parecía prueba fehaciente de mi oligofrenia, hasta cuando mi madre, rescatándome con fórceps, tuvo a bien sacarme de esa presuntuosa y estúpida expansión, con tan sólo pedirme que aceleráramos el paso porque empezaba a lloviznar.

“Rosa estuvo en la casa la semana pasada, ¿ya te había contado?”, preguntó mi madre justo antes de empezar a ascender hacia la calle donde estaba estacionado el carro. “No, no sabía, madre, ¿qué contó?” “Mucho, Rosa siempre cuenta mucho: dijo que en estos días tendría montada una nueva exposición, esta vez individual, pero en la misma galería. Parece bien”. “¿Y les mostró las fotos que me hizo cuando estuvo allá?”, pregunté para tantear qué tan enterada estaba de todo aquello. “Llevó unas, sí”, respuesta cortante que me hizo poner nervioso, no porque hubiera habido visos delictivos en mi entonces nueva vida pasada, sino por el mismo encadenamiento desarticulado que cobijaba la comunicación entre ella y yo. No importaba qué tan bueno o malo, desde un precepto netamente moral, hubiese sido lo que yo había hecho fuera de Bogotá. Lo realmente incomodo era no poder recrear con exactitud, y por ende que no tuviera relevancia a los ojos de alguien que no lo había vivido, como mi madre, eso que entonces me figuraba como una vida fugada, quizá compensada en sus últimos quince días, pero en general disipada. Ninguna importancia tendría que mi madre me hubiera visto echado en una playa o sentado en el café de una placita de cualquier ciudad. Ninguna. Sin embargo algo resultaba vergonzoso.

Camino al carro me contó más cosas sobre Rosa. La había visto bien el día que los visitó, y además “chusca”, expresión que no había oído hacía mucho tiempo y que me causó bastante gracia, tanta o más como la que me ocasionara después, al añadir un par de sus sospechas de siempre: “¿Por qué será que no se consigue a alguien? ¿será muy complicada?”, dijo sin tapujos, cuestión suya para la que yo también tenía guardada una respuesta: “No sé, madre, pregúntale a ella”, le respondí, sabiendo de antemano que mi madre jamás le hubiera puesto el tema, aunque gozosa lo hubiera seguido de ser Rosa quien lo hiciera. Dejando de lado el que las dos siempre se habían entendido a la perfección, variable determinante a la hora de interpretar las evaluaciones que mi madre cimentara entorno a mis amistades y, por supuesto, entorno a sus destinos, manifesté cambiando de tema tener un buen presentimiento sobre Rosa, particularmente sobre su nueva serie de fotografías. No les mostró ese día copias de lo que expondría, pero algo, ese no sé qué de mi madre, aseguraba que sería el descollar de la carrera de una siempre dedicada Rosa, demasiado perfeccionista para su gusto, aunque sin duda talentosa, según apuntó también, como en tantas otras ocasiones. “¿Y cuánto tiempo estuvo de visita?”, interrumpí, a lo que respondió sin ganas que había estado media hora, o tal vez menos, no entendiendo si eso significaba algo, por lo que volvió sobre su discurso sin prestarle atención a mi pregunta: “tengo un buen palpito, eso es todo”. Le di la bendición entonces al presentimiento de mi madre, ya era justo que alguien querido se elevara, quizá para después lanzarnos cuerdas desde las alturas. Rosa lo haría conmigo, o al menos así quise pensar, mientras esperaba que mi madre desbloqueara rápidamente el seguro central de mi viejo escudero para no mojarme.

Nuevamente en la marcha, después de recorrer callejuelas para empezar a escabullirnos de las congestiones del centro, mi madre volvió a sintonizar las noticias, a la

espera de que dijeran algo más sobre las heladas, pensando que la llovizna cambiaría su suerte. “No hay de qué preocuparse –le dije-, pase lo que pase, serás millonaria”.

Ya en la dirección correcta, pasamos frente a las instalaciones de mi antigua universidad, donde otra vez vi mi sombra en forma de manchas de aceite: charquitos viscosos, entonces concientemente esquivados por empleados, profesores y alumnos. Mientras veía las edificaciones donde había recibido clases, la mayoría de las veces en estados poco aceptables de embriaguez, llegué a pensar que el capricho de mi madre en torno a visitar el riachuelo, no había sido más que un pretexto para obligarme a purgar de entrada, recién bajado del avión, todas las evocaciones provenientes de un pasado atestado de jornadas de destrucción, de las cuales ella, por supuesto, siempre tuvo pleno conocimiento femenino. Contrariado por esa suposición, rogué en silencio porque decidiera acelerar, aún cuando sostenía con ella una apacible conversación en torno a uno de mis profesores, a quien mi madre también conocía, pero de mucho antes, dado que éste le había ayudado alguna vez con la investigación para uno de sus documentales, eso que mi madre hiciera en su vida pasada, antes de decantarse por el mundo del agro. Rogaba porque acelerara según veía peligrosas tiendas de cerveza, mientras le comentaba que había escuchado el rumor de que aquel profesor finalmente se había dedicado a escribir su propia versión novelesca de un Ulises sabanero. “No sé cómo será eso”, respondí a mi madre cuando ésta me preguntó si alguna vez había leído algo suyo, cosa que sí había hecho. “Es un gran profesor, no cabe duda”, dije finalmente, cuando ya dejábamos atrás la Quinta de Bolívar, y más atrás la universidad.

Una vez en la Avenida Circunvalar, por poco tuve que implorarle de rodillas a mi madre que no siguiera por esa calle. “Vamos por la Séptima, madre”, le dije, como si de ello pendiera el grueso de mi felicidad, petición que no compartió del todo puesto que nos demoraríamos mucho más en llegar a la casa, pero que no pudo contrariar, dada mi posición de recién llegado, sumada al hecho de que ella ya había realizado su pequeño capricho con la visita al riachuelo. Hizo una cabriola para lograr bajar por la Avenida 26 y así tomar la Séptima, razón por la cual le extendí mis felicitaciones por su buen desempeño al volante y además le di un beso en la mejilla, hecho que ciertamente la divirtió: “Usted manda joven –dijo imitando la voz de un taxista-, si después le sale más cara la carrera es problema suyo”. “Usted límitese a manejar señorita –le respondí-, tengo motivos que no estoy dispuesto a discutir”. Mantuvimos por unas cuadras más nuestra pequeña escenificación, circunstancia que, curiosamente, hizo que ella dejara filtrar algunas preocupaciones reales que, supuse tenía hacía varios meses, concernientes al miedo que le ocasionaba estar en la calle, debido al recrudecimiento de la guerra en Colombia, y que entonces se extendía de nuevo a las ciudades capitales. Tuve miedo por su vida y también culpa por haberla dejado a su suerte durante esos cuatro años largos, aún cuando nada de eso, la guerra, me resultara nuevo en esencia. Empezaba a gestarse en mí un sentimiento de repulsión hacia mi propia persona, pero fue en ese preciso momento cuando, girando a la derecha, dejando la Avenida 26, apareció simple y llana, dos carriles, norte a sur y sur a norte, la calle que materializaba la gran mayoría de los momentos de mi vida: estábamos en la Séptima.

De la misma forma en que se explican las conductas humanas, sus faltas, sus logros, decepciones y aflicciones, el rigor de una cerveza después de la resaca o el torpe aleteo de una mamá pingüino a la que le es arrebatado su crío por un ave de presa; de la misma forma en



que se explican los confusos jirones despejados de los teoremas algebraicos; así, mucho tiempo atrás, mi padre develó ante mí el secreto de la calle a la que acababa de arribar junto a mi madre. Debíamos estar yendo a almorzar a la casa de Magola, su madre y abuela mía, cuando después de pedirle que me apadrinara un viaje fuera del país para estudiar cine, no tuvo más remedio que encauzar su ira de padre protector. Esta calle -diría, y así lo recordé entonces- es todo cuanto tenemos. En cada esquina, en cada semáforo, en cada árbol de sus separadores, está nuestra vida comprimida, nuestros recuerdos, nuestros anhelos, todo cuanto puede abrigar nuestro saber. Lo que ocurra fuera de sus límites es tan sólo la ilusión de vidas que no nos pertenecen, fragmentos inservibles que se pierden en el ingente sedimento de los días. Frente a esta calle ha desfilado nuestra vida y parte de la de mis padres, -dijo-, es la arena donde se ha batido a duelo permanente una cepa, una estirpe, es su humilde y a la vez soberbio coliseo, es los ojos que vigilan nuestros actos, nuestro desfiladero. Nada de lo que ocurra lejos, fuera de sus límites, tendrá asidero en ésta, porque es nuestro pequeño emblema de pertenencia, la marca, flagrante hierro en nuestras cutículas, porque sus andenes, sus pavimentos, todo cuanto la plasma, es lo que nos define a nosotros mismos, a ti, a mí, a tu madre, a la mía.

Nos dirigíamos al acostumbrado almuerzo de domingo en la casa de mis abuelos paternos, donde presumiblemente habría confecciones culinarias propias de los Santanderes, tierras natales de ellos, platillos difíciles de aceptar a los ojos de un niño casi adolescente, casi medieval, como el que yo era por ese entonces, pero que a la postre resultaron mucho más que apetecibles. Hacia eso íbamos mientras la voz de mi padre ahogaba mi pensamiento de un combustible exageradamente inyectado en una máquina. Un intento. Dos intentos. No prendía mi motor. Estaba inundado. A medida que pasábamos por lugares tan familiares como la panadería donde siempre parábamos justo antes de llegar a la casa para comprar las provisiones del desayuno, la óptica en la que algunas veces me hicieron los exámenes de rigor, o la agencia de viajes a la que yo desesperadamente quería ir por esos días, él señalaba y me preguntaba qué recuerdo me traía cada sitio. Sondeaba en mi núcleo, en mi entraña, al tanto de la mayoría de mis episodios, tal como mi madre, buscando allí eso que tarda tanto en llegar, o al menos tanto en hacerse visible: ser parte de algo.

Años después, rumbo a la casa junto a mi madre, al ver cómo brillaban los faroles de la Séptima, unos a media luz y otros en exceso, desigualmente tiznados, admití entender para mis adentros buena parte de lo que otrora él me explicara. Las vitrinas, los inmensos buses atestados de personas, cada cebra peatonal desdibujada a pedazos por el paso de los carros, me hacían volver sobre temas que creía erróneamente haber zanjado. Intentábamos mi madre y yo prolongar por unas frases más nuestros papeles de taxista y pasajero, cuando, al mirar por la ventana, casi pude verme, como en tantísimas ocasiones pasadas, montado en uno de esos buses atiborrados que me conducían de vuelta a la casa después de la universidad, arquetípico momento aquel en que ciertamente deseaba como mínimo no haber nacido, como respuesta al insoportable hedor humano y al desmedido volumen que el conductor le plantara a los que yo dictaminara entonces como irritantes vallenatos; momentos, olores y música que en esa tarde noche de mi regreso, a través de la ventana, percibía con cierta nostalgia, incluso con añoranza, porque no eran más que los buses de mi tierra, y sus parlantes no emitían nada diferente a los entonces para mí irritantes pero a la postre sublimes vallenatos de esa abatida Colombia a la cual yo sin duda, como mi padre me advirtiera, pertenecía de principio a fin,

hasta los topes y hasta las banderas.

Aunque la Séptima siempre fue de doble vía, ese día y a esa hora toda ella iba hacia el norte, todos íbamos en la misma dirección, tal vez hacia mi casa para celebrar mi llegada, todos tardos, empujándonos unos a otros, inmersos entre los contagiosos destellos rojos de los frenos de los carros, siempre con la esperanza puesta en el lejano y huidizo verde del semáforo. “Se nos va a ir la vida acá”, dijo mi madre en tono de protesta, buscando en mí una razón que justificara el desatino de haber renunciado a las supuestas rapidezces de la Avenida Circunvalar. Había sido un error, tal y como ella lo medía, desde la perspectiva de quien vive a diario la pérdida de tiempo a causa de los trancones bogotanos, pérdida de tiempo que en ese preciso instante a mí se me antojaba encantadora. Nuevamente, cosa que sólo se disfruta cuando se es copiloto en un pare y arranque, podía detenerme en rostros pasmados, intermitentemente iluminados por el mar de luces rojas, conseguía inmiscuirme y ciertamente componer alegres discusiones entre dos compañeros de trabajo que apenas empiezan a conocerse y ya planean ir a emborracharse, o tal vez otros menos radiantes y ya cansados de verse obligados a llevar a la casa a alguien con quien alguna vez intentaron relacionarse en el plano de lo físico y de ello sólo resultó un pacto de reciprocidad automovilística. Niños jugando en la parte de atrás del carro mientras su madre trata de calmarlos con altas dosis de Bach o de Dyango, jóvenes conductores dando largas explicaciones a sus ancianas madres sobre las ventajas del amancebamiento, “cohabitación”, en sus palabras, amiguitas de universidad que planean reuniones de estudio de viernes en la noche junto al joven que por fin decidió hablarles después de casi tres meses de empezado el curso, el ejecutivo solitario embebido en su programa de radio que se mofa del gobierno y su gabinete escogido a dedo, todas las vidas, todos los silencios y los gritos, maullidos espeluznantes, voces de todos los invitados de mi pequeña fiesta de día laborable.

A mi derecha, más allá de un camino peatonal, estaba ese viejo huevo plateado en el que tiempo ha ejecutara uno de mis arrojados avances limpios en el terreno de lo femenino. Se llamaba Cristina. “Remodelación Planetario Distrital”, decía en una valla, junto a dibujitos de palas y cascos de obra. A través del follaje del Parque de la Independencia, alcanzaba a ver los remiendos de cemento en las cáscaras del huevo, uno que otro obrero rezagado empacando su maletín y peinando hacia atrás su pelo cárdeno y graso recién bañado, curiosos de la zona indagando qué le harían al planetario, y más arriba, en el límite entre el cielo y la ciudad, la reciente aparición de un cuarto de luna amarillenta.

Casi quince años después de haber visitado el planetario en una excursión del colegio, volví a entrar cuando aún no estaban siquiera planeadas las remodelaciones, vejez prematura que le sentaba casi bien. Fue idea suya, de Cristina. Después de haber estado saliendo juntos todos los días por algo más de dos semanas, después de habernos encontrado en lo carnal y de haber avanzado dos o tres grados en una escala de diez en todo lo que respecta al deseo primario o de reconocimiento, después de eso, me dijo que nos encontráramos a la entrada del huevo para la función de las cuatro. Esa segunda vez lo sentí radicalmente más pequeño, como es lógico, e incluso asfixiante, limitación que sin embargo aprecié favorable por el hecho de estar con ella, o en último término con una mujer, dado que la sala parecía ser un apacible útero abandonado de espectadores diferentes a nosotros, donde se escuchaba hasta la más tenue y cuidada respiración del proyccionista, con lo cual un desfile de caricias surgía

entre los dos, caricias también cuidadas, como la respiración de aquel hombre, y que por eso resultaban hasta cierto punto limpias, no porque nuestras manos y dedos se rehusaran a empujar sondeos o inspecciones, sino más bien porque todo aquello debía ser lento e insonoro, sin adornos, el bronco resbalar de una cremallera o el pausado desabotonar de una camisa, señales estas que quedaban por efecto de los roces y que iban guiando a nuevas mediciones, todo bajo la custodia de ese viejo domo, mientras el azul celeste del amanecer se proyectaba en la bóveda, dando inicio a la presentación que entonces, desde el carro de mi madre, creía reproducir en mi memoria, a la vez que veía alejarse atrás el planetario debido a un adelanto largo, en un inusitado avance del tránsito. Limpio avance bajo un techo insospechado, limpia incursión es esa que se acomete sobre un terreno desconocido y que no se prolonga en días sino que se suspende en minutos, preferiblemente en el marco de una bóveda celeste estrecha y asfixiante.

“Bogotá está a 4°37'.81” norte, 74°4'.83” occidente”, decía en otra valla que nos encontramos en la marcha. Nada significativo para mi madre. Nada significativo para mí. Aún así, esas eran nuestras coordenadas, avanzáramos o no avanzáramos, se moviera el tránsito con su juego de lucecitas rojas y verdes o no. Tan estáticos como las caricias de aquel día lejano con Cristina, tan estáticos como el rozamiento de muslos de aquel día cercano en el tren con Lourdes.

Salimos del bar cogidos de gancho, Lourdes dueña de mi brazo, mientras su amiga terminaba de despedirse de tres jóvenes que supuse acababa de conocer en el bar, huéspedes suyos, a quienes creía haber ingresado esa noche a su clínica de ventanas y locales cerrados. No habían transcurrido mucho más de dos meses desde lo sucedido en el tren, y esa noche, al tenerla a mi lado, sintiendo además la presión que ejercía sobre mi blando bíceps, apenas viéndola de soslayo como en el tren, aún cuando tuviera la opción de encararla, pude sentir los cautos movimientos de su cuerpo, esa manera en que se nos acerca y aleja alguien cuando ya está al lado nuestro, puntos extremos que nos hacen dudar de lo que es seguro para el resto de la humanidad y que para nosotros es tan sólo un indicio, ni bueno ni malo, tan sólo un indicio. Estábamos frente a la entrada del bar y la música se escuchaba como si estuviera naciendo de un lugar muy apartado. Aún cuando ya sentía cierto fastidio por su amiga, veíamos atentamente cómo dictaba su teléfono a los jóvenes, el teléfono de su local, tal y como si estuviera dando el número de su documento de identidad a un policía o la dirección al encargado de una tienda para un pedido a domicilio. “Apúntatelo ahí –decía, mientras ayudaba innecesariamente a uno de ellos, casi obligándolo a remangarse la camisa, con miras a escribir sobre su antebrazo-, no es tan difícil, también podrían memorizarlo entre los tres”. Fastidio. Eso era lo que sentía por Clara, así se llamaba, recordé unos segundos después gracias a Lourdes, quien la llamó por su nombre para que viniera hacia nosotros, acaso para sacarla de su sufrimiento, pensé. Entretanto, mientras Clara seguía intentando lo que yo ya había dado por perdido para ella, noté que la única gran diferencia de Lourdes era su pelo, antes ondulado por las sales del mar y esa noche liso en exceso, desmayado. Así como su cuerpo se unía al mío por momentos y enseguida se alejaba, sentí que su pensar hacía lo mismo con el mío, y que ese coger de gancho no era más que un gesto de cordialidad a manera de recompensa por una charla, si no sorprendente, al menos agradable y atenta. Y es en esos intervalos cuanto más lejanos nos sentimos de lograr lo que antes nos hemos propuesto, cuando los otros nautas, esos que no están dictando las coordenadas de navegación

como nosotros sí hacemos, saben que no hay posibilidades de naufragio. Son esas pequeñas fracciones de tiempo las que, por su naturaleza manifiesta o evidente, una cogida de gancho a la salida de un bar, o la mar franca y navegable con cielo azul y viento a borbotón, nos hacen sentir increíblemente lejanos del colofón, de la frase final, de Tierra. La sentía tan cerca, sus apretones desiguales tan afables, conocía tan poco de ella, ni siquiera su apellido, pero algo, ese no sé qué de mi madre que nos informa de lo innombrable, me hacía estar inmóvil para que no fuera a sentir indolencia de mi parte, para que no fuera a abrir su mano, y así dejarme solo, más solo que nunca, náufrago en un mar sin límenes.

Alguien nuevo en la vida siempre viene asociado a un nuevo lenguaje posible, a una nueva disposición de entramado que debemos alzar palmo a palmo, desde sus bases hasta lo más complejo. Aún así, en contadas ocasiones resulta que conocemos a una persona y, sin saber cómo ni por qué, ese armazón se asoma en un punto, digamos alto o sofisticado, en el que no hay cabida para materiales de construcción de primer orden porque ya existen las placas de nivel y los pilares de amarre. Actitudes tan simples como la graduación que Lourdes le destinara ese día en el tren al volumen del aparato que utilizaba para escuchar música, o el haber mencionado espontáneamente que me había visto antes en la escuela de pintura, salvando de antemano cualquier posibilidad de que por eso yo debiera sentirme asediado por una improbable admiradora, o con ínfulas de provocar en ella más de lo que en realidad provocaba; esas actitudes, antes ya me habían irradiado de un somero recuento de lo que contenía lo más diáfano y lo más turbio de su inmanencia. El polvo que se amasa con agua y que por ello adquiere al fraguarse una consistencia pétrea, la argamasa, las vigas de amarre, la base de nuestro entramado, casi podía entenderlo como exclusivamente mío, como si acabara de conocer esa parte de la idolatría que alguna vez creímos vislumbrar en la distancia o en otras personas, y que adrede nos es negada, para después, cuando finalmente nos es revelada, poder apreciarla en todo su esplendor. Conocía la argamasa de nuestro diálogo y de nuestro mutismo, y por eso mismo sentía miedo de perderla. Ya en ese punto, cuando lo esencial estaba al descubierto, cualquier movimiento equivocado la empujaría a soltarse de mi brazo. Por eso estuve quieto y callado, casi sin respirar, esperando que ella solucionara la demora de Clara.

Después de una larguísima explicación sobre sus detalles personales, o al menos eso era lo que yo pensaba ella revelaba a los jóvenes, ésta se acercó a nosotros escoltada por dos de sus tres huéspedes. Buen saldo, pensé, dos de tres. Con pocas frases nos dio a entender que lo mejor que conseguiríamos hacer a esa hora sería ir a su casa a tomarnos unos últimos tragos. Ante su ofrecimiento, Lourdes me miró como pidiéndome que la acompañara, un poco por mí, un poco por no quedar comprometida en esa bisagra de parejas. Después de una breve presentación, empezamos a caminar, Lourdes y yo adelante, encabezando el discreto paseílo, y a medida que avanzábamos fui enterándome de que los dos jóvenes no eran del todo desconocidos para Clara. Al parecer, en días pasados ésta ya había tenido algún devaneo con uno de ellos, y por eso el otro de los jóvenes lanzaba gráciles azagayas envenenadas con pormenores del anterior encuentro para hacerlos sonrojar, efecto que conseguía plasmar sin esforzarse demasiado.

Un cuarto de hora más tarde, medición que inicié concientemente en el momento en que empezamos a caminar hacia la casa de Clara, no pude más que pensar en Félix. Mi reloj

no mentía: quizá sería ese mi más largo y corto, mi más puro y difuso cuarto de hora, el padre de todos cuantos pudieran existir en el constreñido reino de los cuartos de hora. Haber hablado por primera vez con una muchacha, e inmediatamente haber empezado a tomar decisiones en conjunto sin siquiera utilizar palabras, sin duda resultaba aterradoramente perfecto.

Frente a la puerta del edificio de Clara, Lourdes me soltó y comenzó a buscar algo en su bolso. Entonces vi el vacío de las marcas de sus dedos en mi abrigo; qué tristes se veían esos hoyuelos. Todo tiene su final, pensé, instalándome por un segundo en la posición de aquel quien ve cómo se derrumba un reino que no le pertenece y se jacta de ello. Todo cuanto hubiera podido ocurrir llegaba a término sin previo aviso, pensé luego, volviendo a mi posición mendicante. Las leyes del mundo se encargaban de darme mi recompensa. Mientras ella movía y sacaba cosas de su bolso, llegué a pensar que tenía que darme por bien servido, después de todo, había sido una noche para enmarcar y colgar en el muro de los acontecimientos soñados: había hablado con una mujer hermosa y ésta había dejado parte de sí en la charla. Sin embargo me dolía ese final. Mi brazo colgaba en abandono y mi posición era desconocida, en ese mar sin límites. Entendí por primera vez que Félix no era diferente del resto de los mortales, que yo no era diferente de él, o de su pequeña tragedia, y él no sería el único quien gozaría solitariamente de los fustazos de las leyes del mundo.

Clara abrió la puerta y nos hizo una seña con la cabeza para que entráramos, a la vez que cerraba los ojos como arrepintiéndose por un segundo de lo que había propuesto. No había luz en el recibidor, razón por la cual pensé que ese acceso, esa iniciación, sería algo así como la entrada al ruedo de un gran torero de otro tiempo al que hace muchísimas tardes, después del último tercio, que es el de la muerte, no le es concedida la ambicionada bandera blanca, ni mucho menos la verde. Estaba a punto de cruzar ese último tramo de oscuridad que conduce a irrumpir en la plaza, en la casa de Clara, que era lo mismo, para seguramente acabar ennegrecido por el sol, cuando Lourdes me volvió a tomar del brazo, pero esta vez no para quedarse agarrada de mí, sino para que no entrara al edificio detrás de los otros sin antes haber escogido una de sus dos manos cerradas. “¿Cuál quieres?”, me dijo, mostrándome sus dos puños. Escogí la derecha, pero no había nada cuando la abrió. “Entonces la otra”, dije sin pensarlo, cosa que pareció enternecerla. Abrió su mano izquierda y me entrego un dulce. “Cómetelo rápido que no tengo para el resto”, dijo, y así hice, mientras Lourdes abría otro dulce que había reservado para ella. Le di las gracias, miré mi reloj, donde apareció la cara de Félix, nuevamente sola en su podio de soledades, picándome el ojo, y de inmediato empezamos a subir las escaleras del edificio. Entonces yo encarnaba la divina trinidad de Belmonte, Manolete y Luis Miguel, todos en uno, avanzando con mis trastos hacia el centro de un coso jamás visitado.

Le pregunté a mi madre si ese año irían a los toros, cuando, alejándonos del planetario, apareció al fondo de la calle que subía hacia el cerro, la Plaza de la Santa María. Pasaron por mi mente tantas tardes, tantas botas, olores de tabaco, chicharrón, pasó en un momento casi toda la dinastía de puestos reservados, ese querer bajar cada vez más hacia el ruedo y no lograrlo porque no mueren sus dueños. La primera vez que fui a una corrida de toros debía tener menos de ocho años. No recordaría nunca el día de mi bautizo en la lid, pero muchos más vinieron a mi mente a borbotones, mientras mi madre me explicaba por qué algunos

miembros de la familia habían decidido abstenerse ese año de asistir a la plaza. “Nosotros vamos...”, dijo, pero ya sabía yo que parte de ese mundo se extinguía, que las tardes de luces y desplantes, de quites, serpentinas, capotazos y manoletinas, acariciaban la idea de un final. “Yo quiero ir”, le dije, a lo cual respondió con una sonrisa que no tenía nada que ver con los toros, ni mucho menos con el vaivén que ejercía el viento sobre el lunar blanco que tenía por mechón ese viejo lobo de plaza, Antoñete, cuando quebraba la cintura para dibujar su completa media verónica, nada que ver con eso, sino más bien con un alivio muy suyo –el que hace lo que *quiere* no está obligado a más- que residía en pensar que me tendría nuevamente en casa.

**N**oche bogotana para lo que seguía de mi entrada. Atrás quedaban huellas de ensueños, una vida sin comienzo, el final de una biografía no desempacada, y hacia el frente sólo podía ver los giros de un futuro indefectiblemente teñido por los rastros de un pasado opulento en normalidad. Ya sabía yo que las calles no eran las calles, que la gente, con sus conductas y sus rarezas, no era la gente, que mi memoria siempre albergaría experiencia en diferido, y que los cerros de esa vieja amiga, Bogotá, antes vistos desde el aire contoneándose como palmeras en la playa a punto de expulsar sus frutos, entonces parecían necios pulgares que olvidan la presencia de los otros dedos, porque asimétricos e inquisitivos ostentaban vanidosos la presencia de unas luces santificadas en sus respectivas crestas.

Mi madre seguía al mando, y atrás de la Santa María, rodeándola, permanecían enhiestas sobre sus pilares las Torres del Parque. En el piso diez y siete de la primera que se veía desde el norte, la torre C, quedaba el apartamento de Rosa, mirador inagotable en nuestras tardes de sofá, escenario necesario de inscripción para temas musicales de desengaños amorosos pocas veces visitados, y su terraza, amplio bastión de corrientes de aire para combatir la alergia producto de los pelos de Flaca, su gata. Al constatar una vez más el abrazo que le daban las Torres a la plaza, supuse que el arco que formaba todo el cuadro era algo así como la recreación arquitectónica de tantas bienvenidas y despedidas en esa casa, de tantos vacíos de silencios cuando llegaban más visitas y yo empezaba por formular preguntas triviales sobre tal o cual historia de uno de los visitantes, sobre sus trabajos, o sobre sus siempre ciclotímicas maneras de relacionarse con aquellos o aquellas a quienes deseaban seducir, para después acabar callando. Siempre enmudecíamos cuando sus otros visitantes y yo descubríamos que lo único que podría hacernos gastar palabras eran las rodajas de limón, finamente dispuestas junto a las copitas, junto al líquido, líquido que nos hacía salir a la terraza, hacia la plaza, hacia la ciudad, con cierta pereza mía, pero también con la ambición de Rosa, quien era tal vez la única que no bebía. Ella veía la ciudad como queriendo abarcarla toda, mientras yo trataba de hacerla sentir cuán resbaladizo resultaba para mí alcanzar lo indeseado. A pesar de las explicaciones de mi padre, siempre quise salir de allí, empujarme hacia otras amplitudes, desconociendo entonces que el pequeño lamento siempre se llevaría por dentro. Rosa era en ese tiempo, y supuse que seguiría igual por lo poco que mi madre me había informado, y por lo que yo mismo había visto de ella cuando había ido a visitarme, una de esas personas con quien es posible verse sólo algunas veces al mes, siempre con cita previa, pero quien tiene tan claras sus intenciones para cada encuentro que puede darse el lujo de perder el tiempo, así éste sea enfermizamente tasado. Aún sabiendo que en pocas horas tendría un compromiso importante o una sesión fotográfica, podía hacer mezclas ocurrentes cuando escogía canciones, e incluso lograba no hacer del silencio entre dos amigos un obstáculo, cosa en la que se parecía mucho a mi madre, a quien, por lo demás, siempre había considerado como otra amiga, pero a quien entonces en el carro, a tan sólo un par de cuadras de la casa de Rosa, entreveía cada vez más como a una madre, debido a esos reclamos enmudecidos, a esas alegrías cuando algo le hacía sentir que estaríamos cerca el uno del otro, finalmente.

“Este año vamos juntos a la plaza”, aseveró mi madre poniéndole fin a nuestro silencio sin obstáculos, mientras trataba de graduar la velocidad del limpiaparabrisas. La llovizna se había transformado en una lluvia mediocre, demasiado fuerte para la velocidad que tenía antes, pero leve como para hacer andar la escobilla sin intermitencias. Aunque esa tenue alteración climática no quería decir nada de Bogotá -ocurre lo mismo en cualquier parte del planeta- sí me hizo pensar en la inclemencia de los cambios que ocurrían allí. Tan sólo era escoger ropa abrigada en la mañana para que la tarde resultara asfixiante, o dejar en el armario la coraza para que cayera un aguacero. Y aún más: podía hacer calor en la mañana, frío en parte de la tarde y después calor, para culminar el día con una noche de helada, como la que supuestamente vendría esa madrugada. “¿Te acuerdas de los carteles?”, pregunté por no dejar que se fuera el tema, pero sabiendo que mi madre poco recordaría de todo aquello. “Sí, sí... creo que viene Joselito”, respuesta que me dejó algo más que asombrado, no por el torero mismo en ese momento, quien pensé, hacía mucho tiempo no toreaba en la Santa María, sino por la inusitada actualidad taurómaca de mi madre, a quien sí le gustaba la fiesta, pero quien siempre se enteraba de los carteles justo antes de bajarnos del carro para entrar a la plaza. “¿Y hoy quienes son?”, preguntaba haciendo uso de su más sabática indiferencia, a lo cual mi padre también siempre respondía con un turbado “a usted no la vuelvo a traer a esto”. Entonces recordé la vez que mi padre y yo vimos a Joselito en el restaurante de un hotel de Medellín. Nos pareció tan gris todo su pequeño semblante, las cicatrices de su cara tan poco conmovedoras. Desayunábamos sin afanes esa mañana, cuando uno de los meseros nos informó que el diestro José Miguel Arroyo nos acompañaba en el restaurante. Estaba solo y trajeado de calle con jeans, sin medias y con unos zapatos algo raídos, tomando una limonada y algo que hubiera podido ser un té o un agua aromática. Nosotros en cambio comíamos huevos con cruasán, frutas, café con leche, cintas de tocino, bebidas frutales, comíamos y comíamos y nos levantábamos por turnos para atrapar más solaces de hojaldre, mientras ese matador de zapatos viejos y traje de calle se mecía algo indeciso en una silla de mimbre que poca comodidad le ofrecía. El mismo mesero, a quien supuse bastante agrado le habíamos causado, acaso por el buen provecho que le dábamos a la comida que probablemente un pariente suyo había preparado, también nos resumió en dos frases cómo el diestro había sido huérfano de padre y madre, sin amores, sin amigos, y cómo se le veía, cuando visitaba el hotel para la feria, solo y agrio, muy torero, eso sí, pero incluso ordinario en su trato con el personal del hotel y con los periodistas o aficionados que pretendían entablarle charla. “Muy torero”, repetíamos mi padre y yo, “muy torero”.

La Plaza y las Torres quedaban atrás, y ese plano, ese trazado que entonces comenzaba a recomponer, se hacía cada vez más preciso en mi mente, como cuando después de un tiempo de habitar un nuevo hogar empezamos a poder encontrar el baño, las mesas, la disposición de los muebles, sin necesidad de encender la luz cuando llegamos tarde y sin ganas de sentir que todo ese territorio es demasiado grande para nosotros, por lo que pasamos de largo pretendiendo acortar las distancias entre la puerta y la cama. Ese trazado se hacía cada vez más preciso en mi mente, como cuando nos es inaguantable ver en lo que ha quedado convertido nuestro lugar después de una reunión con fumadores y bebedores y no queremos encontrar los rastros, los cadáveres de las colillas, por lo que nos abstenemos de prender las luces a la vuelta, después de haber obligado a nuestros licenciosos invitados a salir a otro sitio. Así, con el trazado grabado en la mente, me sentía a medida que nos alejábamos



del centro de Bogotá, como si todo aquello siguiente fuera un corredor apagado, del cual no se quiere saber más porque todo se tiene impreso en la inmensidad de un lugar sin señales, sin luz, en la inmensidad que existe entre la puerta y la cama, entre el aeropuerto y la casa paterna. Por primera vez desde que pisara suelos natales esa tarde, sentía que todo cuanto pudiera ver sería tan sólo la reiteración de las callejuelas de mi memoria, que no tardaría en recuperar los años pasados, las distancias entre tal licorera y tal otro comedero nocturno. Sabía lo que vendría, cómo aparecería, y licenciosamente pretendía esquivar los muros que se presentaban. Mi madre y yo seguíamos por la Séptima, tal y como yo lo había pedido, un tanto por hacerme el difícil, un tanto por apurar los recuerdos, esos torpes, que entonces creí, narraban mi verdad.

Aún así, envuelto en esa marcha de paradas y frenazos que creía conocer de cabo a rabo, algo me hizo pensar que las callejuelas de mi memoria no me ofrecían todas sus señalizaciones pasadas. Los muros aparecerían: Serapia había muerto en mi ausencia, y entonces, sumergido en la tibia presencia que me ofrecía la Séptima, creía advertir transformaciones de la ciudad que, por mucho que hubiera querido compartir a su lado, sólo podían cristalizarse después de su muerte, y por su muerte. Bogotá me ofrecía un nuevo idioma que ella evidentemente ya no entendería, idioma a través del cual sin embargo yo le enviaba ininteligibles saludos. Eso había cambiado. Por eso, y sólo por eso, tendría que prender la luz al cruzar la puerta para alcanzar la cama.

“Supongo que dejaste muchas enamoradas del otro lado del mar”, afirmó mi madre, apretando el gatillo de su Winchester recortada de doble cañón para cacería de patos, e inmediatamente después, cuando yo aún volaba por los aires antes de caer abatido al suelo, dispersó con una tenida exhalación el humillo que salía de una de las bocas del arma con porte de gran madre que todo lo sabe y que no está dispuesta a seguir adelante con la farsa que plantea un hijo demasiado fácil de descifrar. “Pobrecitas”, dijo después, con lo cual volvió a sembrar mi cuerpo de perdigones, pero esta vez sin importarle el humillo, mirándome fijamente a los ojos, mientras los míos pedían ayuda entre la multitud de carros de la calle. Abrí la ventana y saqué la mano esperando recolectar una buena porción de lluvia para lavarme la cara y pensar en una respuesta, pero entonces había parado de llover y el limpiaparabrisas rechinaba sobre el vidrio. “Nada de nada”, respondí, mientras pensaba en la bella helada que cobijaría todas y cada una de sus hortalizas hasta llevarlas a la ignición de la muerte por el hielo. “¿En cuatro años y medio, nada?”, preguntó molesta, volviendo a cargar con una sola mano la Winchester y alistándose para rematar un cuerpo que ya de por sí yacía inerme. “Nada, madre. Nada de nada”, reiteré tajantemente, mientras me daba tiempo para explicarle qué tan esquivos y a la vez permanentes podían resultar quince días en la vida de un diletante, como tanto le divertía a mi padre llamarme. Pero no. Pensé que era demasiado triste todo aquello como para narrárselo a mi madre. Y fue en ese instante cuando volvió sobre el cadáver con un suave, comprensivo y aterrador “quiero nietos”. Entonces recordé estar tendido en el suelo años atrás, oyendo las burlas de Rosa, con quien segundos antes combatiera por el título de un absurdo campeonato de pelota de tenis que no vale la pena explicar, a raíz del cual hice un gravísimo movimiento de espalda que me produjo un espasmo muscular interescapular, como después dictaminara el médico. Quedé agarrotado, tendido en el suelo, pensando en una larga vida vegetativa, mientras Rosa me miraba riendo, como pidiendo que acabara con la broma. Entonces en el carro crujía mi espalda como aquella

lejana vez, y apenas lograba abrir y cerrar los ojos, mientras el eco de ese “quiero nietos” denunciado por mi madre, a sabiendas de que le ocultaba algo, por poco que fuera, casi con rabia en su cara, reverberaba a manera de antesala para una frase aún más larga y desoladora: “No tienes que hacer nada. Tu te consigues una novia dispuesta a procrear y yo me encargo del muchacho”. Un colador: eso era mi cuerpo a esas alturas, razón por la cual decidí buscar otra emisora, así fuera de noticias. Eso era preferible.

Quizá dijo algunas frases más concernientes a su proyecto de ser abuela, frases que se fueron apagando con el lento paso de pensamientos relacionados con lo mismo, supongo, pero que contemplaban otros escenarios de su objeto: Lourdes. Prendí un cigarrillo y le ofrecí uno a mi madre cuando ella volteó su cabeza hacia mí tras escuchar y oler el incendio de uno de mis fósforos nuevos. Prefirió no fumar porque tendría que abrir la ventana. “Serás abuela, madre. No sé cuándo, pero lo serás”, le dije, después de dar las primeras bocanadas, hecho que en principio me produjo una leve indisposición, un mareo, pero que más adelante se convirtió en la prueba mínima de un estado de confianza. Sentí estar al mando de la situación, aún cuando no lograba entender por qué me resultaba tan difícil hablarle a mi madre sobre Lourdes, seguramente persona insustancial y distante para ella.

Después de seis pisos de escaleras entramos a la casa de Clara. Lourdes y yo con nuestros dulces en la boca, y ellos, Clara y sus amigos, con el sabor de la última cerveza. Era un lugar pequeño, no tanto como para tener que mantener una trabajosa conversación grupal, pero sí lo suficientemente estrecho como para cuidar que los demás no escucharan lo que Lourdes y yo hablábamos, no porque fuera algo comprometedor, cosa que a ellos probablemente no les importaría, sino porque aún permanecía débil ese animalito recién venido al mundo, nuestro incipiente tejido. Nos sentamos en un sofá negro de patas de ruedas metálicas desde donde podíamos ver a Clara y a sus dos amigos preparar bebidas en la cocina. Aunque padecían el afán de los tragos interrumpidos, y eso se evidenciaba en la torpeza con que estrellaban vasos con cubiertos y mesas, emitían risas provenientes de tanteos y algo como juegos de cintura, golpecitos con cubetas de hielo. Clara nos preguntó si queríamos pasante, mientras uno de ellos se encargaba de llenar todos los vasos a conciencia de algo que a esa distancia podía ser ginebra o vodka. “Sí”, respondió Lourdes sin siquiera preguntarme, al ver las intenciones del que empujaba alcohol en los vasos. Le agradecí que hubiera decidido por los dos, mientras meditaba cómo había podido permitir que se deshiciera el gancho de nuestros brazos, única unión, cuando me soltó frente a la entrada del edificio. Estando ahí sentados, volví a palpar su pierna con la mía, también entrecortadamente, casi como en el tren de vuelta de la playa, aunque entonces, y a mi pesar, fueran las rodillas las que se chocaran, con la inconveniencia de que éstas, partes tan trajinadas del cuerpo como los codos, no suelen tener la sensibilidad requerida que hubiera necesitado en ese momento para sentir su clima. Aún así, significaba algo ese nuevo ir y venir de choques, a diferencia del ocurrido en el tren, donde definiera yo el rozamiento, después de una divagación de casi una hora de trayecto, como un puro efecto de la inercia de su cuerpo gobernado por las imperfecciones de la carrilera.

Me hablaba sobre su abuelo materno, quien había sido cocinero del ejército en una guerra que ella misma no pudo ubicar en el tiempo. Aún así, lo importante de la conversación no eran propiamente las insignias de su abuelo. Mientras los amigos de Clara terminaban de

salpicar los tragos con finas gotas amargas para camuflar la ordinaria desmesura alcohólica, me contó algunas cosas más sobre él: nacido en un pequeño pueblo, prácticamente había recorrido medio mundo, y además de cocinero y militar, tuvo una pizzería, dos bares, una carnicería, fue traficante de armas, hombre del cronómetro de un equipo de automovilismo ya de viejo, y murió después de que Lourdes cumpliera los quince años. Aunque no movía mucho su cuerpo mientras hablaba, de sus ojos saltaba una tersura que me informaba de lo mucho que lo había querido y de cuánto reservaba momentos como ese para dejar salir deseos de reencuentro con la raíz de su ascendencia. Mientras hablaba de él, yo mismo pensaba en mis abuelos, todos ellos muertos entonces, pero vivos para cuando yo naciera. Vino a mi mente Paco, mi abuelo paterno, quien emprendiera su vida como asistente de fundición de campanas, para después transportarlas de pueblo en pueblo buscando vendérselas a los curas de los campanarios que surgían en el camino. Pensé en él y en mi otro abuelo, Enrique, quien fuera alto funcionario del gobierno en su tiempo desde una bien cultivada abogacía, y después desfalleciera como fabricante de ropa interior, consecuencia directa de los robos de sus empleados. Al escuchar a Lourdes, pensé cuán peligrosas resultaban a veces esas conversaciones según el interlocutor. Recordé repelentes episodios en que ciertas personas tratan de fijar un punto a partir de íntimas genealogías, cuando lo único que queremos es hacer un detallado análisis sobre la muchacha que acaba de pasar frente a nosotros. Y digo peligrosas, porque también recordé haber caído yo mismo en ese error, construyendo grandes prédicas sobre, por ejemplo, la vez en que mi abuelo Paco decidiera comprar un convento para remodelarlo en casa de citas, cuando aquel quien estaba frente a mí lo único que quería escuchar eran historias de asaltos de faldas, o en su defecto, hablar sobre un amor extraviado que a mí muy poco me importara. Hablar de las historias de los abuelos, pensé, era un arma de doble filo, con la cual podía ganarse el cielo en un instante, o también perderlo por siempre. Pero entonces sería ella quien pusiera sobre la tabla a su abuelo, mientras fijaba sus ojos en mis manos como queriéndome decir otras cosas, como estimando la posibilidad de escribir un tratado épico sobre el despunte de nuestros rozamientos. Destinaba más atención de la que nunca soñé dedicarle a nadie, añadiendo comentarios al margen que, desde mi huido arranque cómico, algo lograban divertir a Lourdes, y cuando no lo consumaban, le formulaba preguntas, si no eficaces por lo menos congruentes, sujetando firmemente las reatas de nuestra charla para superar los barrancos que pudieran aparecer en el camino. Pero fue ahí, cuando creía que podría sostener los puentes por décadas, cuando llegaron los tragos, acompañados de una Clara mancillada y húmeda, quien decidió apartarme del sofá jalándome del brazo, según ella, para mostrarme el resto de su casa. Lourdes recibió su vaso cuando yo ya estaba caminando hacia un corredor que había más allá de una puerta que ni siquiera había visto, no sin dejar de lanzarle entrecortadas miradas de auxilio, y justo antes de que yo desapareciera, tal vez por el resto de la vida, se puso la mano en la boca y me lanzó un beso. “No se demoren”, dijo, cuando ya no podía verla, y enseguida Clara pulsó el interruptor de un caminito de lámparas de techo que luchaban por prenderse para iluminar tres puertas más.

Unas cuadras adelante apareció a mi derecha el Parque Nacional. Siempre me había convencido su iluminación nocturna porque hacía pensar que su fachada hacia la Séptima era una invitación como de punta de témpano en dirección a un raudal de parajes, bosques expresamente urdidos para enamorados de vestidos a punto de rasgar. Más allá de las fuentes, ese terreno se veía tan oscuro como el recibidor del edificio de Clara, sus bosques tan herméticos, aún cuando vinieran a mi mente episodios lejanísimos, y en cambio iluminados

por completo, de cuando mi madre accedía a llevarme los domingos para disparar escopetas de dardos, o para caminar sobre un mapa de Colombia del tamaño de una cancha de tenis, desteñado por el tiempo, sobre el que podían sentirse debajo de las suelas las subidas y bajadas de las cordilleras, los estrechos pasadizos de los ríos, sus valles y volcanes, e incluso el sólido y liso material con que plasmaran de un azul príncipe venido a menos, esos dos truncados océanos. Recordé cómo mi madre primero disparaba y después calibraba la mira sin que el dueño se diera cuenta, en parte por lo mucho que disfrutaba de su impecable puntería de cazadora de colibríes, pero también para hacerme las cosas más fáciles con el arma, la cual siempre estaba sutilmente desajustada por el dueño del puesto de feria para no verse obligado a conceder disparos adicionales de aire a quien acertara sobre el blanco.

Una vez en la esquina donde concluía el Parque, vi una escultura en hierro de unos cinco metros de altura que parecía honrar la memoria de todas aquellas mujeres que habían perdido sus costuras y botones al caminar por esa zona. “Se llama Margarita... y algo más que no recuerdo”, comentó mi madre al ver que me volteaba para seguir detallándola. Entonces vi a una mujer con ligeros bien atornillados y piernas francas y expeditas, imposible presa del amante de las rasgadas. Un monumento a las caídas en combate, pensé, conclusión que se desvaneció tan pronto mi madre me pidió que le sacara de la guantera un cojincito cilíndrico de espuma. Le limpió el polvo dándole palmadas y después lo olió, cerciorándose de que no estuviera demasiado sucio, y finalmente lo estiró con ambas manos antes de acomodarlo entre su nuca y el espaldar. Antes de que yo le preguntara o le dijera algo, se rió un poco y me dijo que se estaba poniendo “ochentona”, a la vez que no desaprovechó el momento para volver a renegar del camino que habíamos escogido. “¿Y él también está ochentón?”, le pregunté alegremente refiriéndome a mi padre, como dándole cuerda a un gimoteo que ella misma no se creía mucho. “Desde que tiene uso de razón”, dijo, no sin antes quedarse mirando su espejo lateral, quizá buscándolo entre los otros carros, pues según me había contado hacía ya unos meses, solían encontrarse cada tanto rumbo a la casa entre el mar de luces rojas, mi padre muy serio al volante, como siempre, aún cuando no dejaba de sacarle la lengua desde el espejo retrovisor cuando lograba pasarla en un tímido arranque. “Ya debe estar en la casa, -dijo mi madre, señalándome con su mirada el teléfono- ¿por qué no lo llamas?” Por un momento pensé en marcar el número, pero después volví a sentir ese miedo: tenerlo tan cerca y oírlo desde el teléfono me haría sentir una suerte de mediocridad. “No, no. Mejor espero y lo veo”, le dije, y ella en el fondo pareció entender mis razones aunque su cara se pusiera rígida, tal vez, pensé, porque según avanzábamos algo de todo ese silencio mío parecía convencerla de que yo dejaba el principio de alguna historia truncada del otro lado del mar, hecho que a juzgar por la rigidez de ese cosmos suyo, le resultaba infinitamente doloroso, no porque mi vida estuviera dirigiéndose hacia puntos de los cuales ella no hacía parte, sino porque yo, definitivamente, no tenía el valor de comunicárselo. Mi silencio, ese silencio de preguntas con respuestas incluidas, juzgué cada vez se le hacía más torpe e insostenible, razón por la cual adoptó finalmente, después de ese diálogo de nada, la más aterradora de las posturas: por un momento creí verla tratando de hacer como si yo no estuviera en el carro. Quería ignorarme a manera de castigo. “¿Estás bien, madre?”, le pregunté, a lo cual ella respondió sin responder, con un movimiento de cabeza, que más bien era una respuesta afirmativa a la pregunta interna que seguramente se hacía sobre la posible distancia que crecía entre los dos. “¿Más bien dime en dónde estás?”, dijo después de un rato, con lo cual supe que mis intuiciones no eran del todo erróneas. Era la primera frase que escuchaba de sus labios desde mi llegada. Entonces

comenzábamos a hablar.

“S í conocí a alguien, madre. Se llamaba Lourdes”, dije tratando de fingir como axiomático ese aplomo, a pesar de los dicentes quiebres que se produjeron en mi voz al pronunciar ese nombre: Lourdes. Al ver que mi madre luchaba en su interior por guardar la calma y no reír, le hice saber que era una buena muchacha, con cierta extraña disposición hacia el mundo, me dije en voz baja. Entonces tiró su cojín de nuca a la banca de atrás sin concernirle dónde cayera, sacó un cigarrillo de su bolso y lo prendió, todo mientras abría su ventana sin detenerse en el frío o en el ruido que tanto le incomodara de la calle segundos atrás. Después me miró y tosió, por lo que volvió a pasar saliva, y finalmente, todo cristalizado en un tiempo sin manecillas, desprendió carnosos y después esbeltos aros de tabaco blondo a partir de consabidos recursos maxilofaciales, recursos, ciencias aplicadas, sabidurías que, ciertamente, habrían de llevarme otra vez al momento en que Lourdes me despidiera en el aeropuerto horas atrás. “¿Por qué dices que se llamaba, murió?”, dijo antes de echar a rodar su risa contenida a lo largo de toda la Séptima, sosteniendo por unos segundos más el dulcísimo sabor de su conquista. “Se llama, se llama”, me corregí, sin saber muy bien por dónde empezar la descripción, la exigua enumeración de eventos, sin saber siquiera si lo haría.

En menos de un segundo pasé por la playa, por el tren, pasé por el bar y por la casa de Clara, y entonces vi en mi reloj la cara de un Félix deformado debido a la náusea que le ocasionaba verme solo y victorioso, más solo que nunca, y acariciando la idea de saquearle a él fragmentos inéditos de su privado adiós, de su ambicionada tristeza. Su podio de soledades volvía a ser asediado por mí, así como cuando Lourdes me despojara del gancho justo antes de entrar por primera vez a la casa de Clara, pero esta vez con el componente de la distancia, la holgura que entonces despuntaba entre los límenes del mar. Colgando del segundero, mi buen Félix no pudo más que enmudecer. Su silencio volvía a otorgar, pensé entonces, mientras mi madre aguardaba por más información.

Era la primera vez que le hablaba a mi madre sobre averiguaciones mías en el terreno de lo femenino, así ella acabara siempre sabiéndolo todo, y eso me hacía sentir como una suerte de desconocido frente a ella, pero no como uno que puede desaguar sus pesares o sus felicidades sin obstáculos, a sabiendas de que a su interlocutor poco le motiva poner en circulación la confidencia. Yo no dejaba de hablarle a ella, por lo que cuidaba mis pensamientos, así como cuando les explicamos a nuestros padres algo no muy grave pero dañino que nos hizo algún amigo, siempre tratando de resguardar la lealtad de éstos, aún sabiendo que no nos han sido correctos, porque sabemos que nuestros padres se mostrarían incapaces de perdonar, y sería imposible labor nuestra restituir el afecto de ellos para con nuestros amigos. Así debía hablarle a mi madre, cuidando al máximo el retazo que constituía mi averiguación sobre Lourdes, porque sabía que si bien cuando un amigo nos trata con perfidia nuestros padres difícilmente llegan a perdonarlo, con una muchacha ese efecto se vería centuplicado, cualquier comentario, cualquier percepción. Lo que le relatará a mi madre sobre Lourdes, cualquier cosa, eso sería el principio de su conocimiento sobre ella, la primera puntada en un nuevo y peligroso retazo, esta vez el de mi madre, que podría deshilar todo lo

que de cualquier forma, pensaba yo, ya estaba perdido en las costas opuestas de un mar al que acaso nunca volvería. Entonces ese rozamiento, mi muslo y el de ella, inaugural momento que entablaría primero el surgir y luego el abandono de una vida desolada de averiguaciones, podría significar una obertura errónea a los ojos de mi madre, una manera impropia, método que, a la postre, de lograr volver a estar con Lourdes, significaría el primer obstáculo. “La conocí hace quince días”, le dije, con lo cual quedó desconcertada, quizá porque veía tanta duda en mí como nunca antes, duda que tan sólo cumplía quince días de ser incubada y que ya era una gran vacilación, tan grande como los cuartos de hora de Félix, quince días, quince minutos, cuartos de hora en la infinidad de una charla que entonces recorría el mar de ida y vuelta, tan sólo pudiendo ser interceptada por mi madre. “¿Te gusta?”, preguntó conociendo de antemano la respuesta, quizá dándose tiempo -como yo hiciera con Félix la mañana en que llegó con los gladiolos a mi casa-, y después de una pausa volvió a intervenir, pero esta vez para citar a su suegra, mi abuela Magola: “El hueso que ha de ser de uno, ningún perro se lo quita”.

Una vez más sin palabras, acariciando fondos de sedimento en la escasez, descubrí cuán agradable resultaba al menos en una ocasión no tener qué decir o qué responder, porque queremos tener fe, fe en alguien, y es ahí cuando menos debemos perturbar lo que tienen para confiarnos, porque es luz en un arcano, música que llena el silencio, sobrehumana Reina de la Noche para nuestros oídos, quien nos da a probar un bocado de esa verdad que tanto queremos escuchar.

De la noche lluviosa bogotana sólo quedaban rastros de humedad en el pavimento y uno que otro limpiaparabrisas solitario negando a pesar de la sequedad. Después de acatar los dictámenes de mi madre, mucho antes proferidos por mi abuela, su suegra, la ciudad pareció acicalarse de repente ante mis ojos: la limpieza que deja la lluvia en el aire me honró con su presencia, pude respirar ese frío medicinal y graduado a precisión que nos cura posibles neumonías de antemano, a la vez que alcancé a ver cómo una pareja de pequeñas hermanas se tomaban de la mano finalmente para cruzar la calle obedeciendo a su madre, después de que la mayor argumentara asco para librarse de agarrar a la pequeña, siendo ella toda una mujer de siete años recién cumplidos, quien aún se viera en la penosa obligación de lidiar con gente menor e inexperta, con gente de cinco.

Bogotá parecía finalmente estarme dando la bienvenida a través de esas últimas palabras de mi madre. Estaba despierto, muy despierto, tanto como aquel quien sueña en la vigilia. Vi a un borracho en la calle próximo a descoserse, y en vez de desplomarme por él y con él desde el carro, quizá recordándome en situaciones similares, algo me hizo pensar que era el mejor día de su vida, la culminación de años y décadas de indulgencia, y que ese pequeño escape, su gran borrachera, todo eso, incluidas las dos niñas de antes, el entramado completo de una ciudad donde podían unirse sin gracia el asco y la belleza, hacía parte de la biosfera que yo requería para volver a franquear la calle donde tiempo ha pedaleara junto a Rosa.

“Entonces se llama Lourdes, como la esposa de Leonel”, dijo mi madre, refiriéndose a Góngora, el pintor, quien antes de casarse vivió algún tiempo en la casa de separado de mi padre, cuando apenas volvía a acomodarse a la ciudad después de años de ausencia. “Como

ella, sí”, le respondí a mi madre, sin tener muy claro a qué se refería con ese comentario, si quería decir que estaba bien o mal, sin saber si de eso, que para mí no era más que una asociación sin importancia, se desprendería un primer aspecto a favor o en contra. Tratando de indagar un poco en mi temprana memoria, recordé haber visto a esa otra Lourdes algunas veces, cuando mi padre vivía solo, es decir, sin mi madre, en el transcurso de la década que decidieron apartarse el uno del otro, y no vino a mi mente nada que me diera luces sobre el comentario de mi madre, salvo algunos de los primeros bocetos que Leonel le hiciera a la que entonces apenas era una de sus modelos, Lourdes, quien también era pintora, en donde ésta aparecía totalmente desnuda, como la mayoría de los cuadros de Góngora, pero siempre acechando a un hombre que no aparecía de frente en los encuadres. Aún cuando no había visto a aquella otra Lourdes hacía muchos años, recordé su dicción genéticamente refinada, envuelta en una voz tersa aunque grave, tonalidad que en ese momento se me antojó contradictoria, debido a que era una mujer pueril, aniñada por sus gestos, y ciertamente por el afro blanco que escasamente dejaba espacio para encontrar sus muy redondos ojos y la piel láctea que revelaba ese cuerpo bien moldeado, cuerpo que por esa época acaso bordeara los treinta años. Leonel, en cambio, debía tener por esos días algo cercano a los cincuenta, una gran barriga y piernas flacas, pelo blanco, también en afro, y su pronunciación valluna había sido reemplazada por una extraña entonación chicana. El personaje de espaldas que aparecía en aquellos bosquejos, pensé entonces, podía ser cualquier otro hombre, otro pintor, posiblemente mi propio padre, e incluso yo mismo, quien por esos días iniciara la inagotable carrera de investigar tanto el embeleso que proporciona la belleza femenina como la posesión subsiguiente; ese personaje podía ser la recreación de cualquiera de nosotros, o el conjunto de todos los hombres, debido a que Leonel era un hombre de celos, Otelo obsesionado por la supuesta traición de su Desdémona, y ciego, por supuesto, de cualquier Iago a sus espaldas, quien, por lo demás, nunca creí que existiera, aparte del Iago que también era Leonel.

Ese conocimiento oculto de mi madre, su paralelo entre las dos Lourdes, me llevó a reconocer en el fondo de mi infancia un primer despertar. Ciertamente, lo que antes había dictaminado yo como una asociación sin importancia por parte de mi madre, empezaba a reevaluarse como una de las razones que me habían empujado a hablar con Lourdes en el bar: después de retroceder en el tiempo al antiguo apartamento de mi padre, supe que residía allí una cuestión trascendente, debido a que ese mismo camino, el de la pintura, había sido el que me llevara a establecer la primera conversación con Lourdes. Cuando Clara me presentó a su amiga diciéndome su nombre esa noche en el bar, algo mío reservó un silencio de décadas, algún vestigio del conocimiento oculto de mi madre, así como un espesor proveniente de la falta de memoria, hecho que, después de la comparación, me pareció razonable, pues en el fondo sabía que a mi Lourdes ya la había visto antes en el tren y aún así no había logrado recordarla, de la misma forma en que había existido otra Lourdes en mi infancia, y entonces frente a la nueva, en el bar, tampoco había reconocido el despertar de mi investigación en torno a lo femenino.

Una larga confusión se apoderó de todo lo mío, mientras mi madre seguramente trataba de hacerse una imagen de la que en ese entonces representaba lo más cercano a una nuera y, por supuesto, la más cercana posibilidad de ser abuela. “¿Tienes fotos de ella?”, preguntó después de que mi confusión se propagara por los poros de mi espalda, que más que cualquier otra cosa, era la manifestación de un estado de vergüenza vital, un descubrimiento



tardío de los primeros albos de un deseo años más tarde consumado. Con su pregunta retorné a mi Lourdes, y ciertamente volví a saber que olvidaría su rostro prontamente, por lo que respondí sin ganas, a la vez que hacía un esfuerzo por limpiar lo que ya eran goterones en mi dorso, advirtiéndole que el proverbio de mi abuela empezaba a esfumarse y que las niñas y el borracho habían sido un buen paliativo, mas no la cura de mi nueva ausencia. “No –le dije-, tenía una en la que aparecíamos juntos, pero se la quedó ella”.

“No se demoren”, oí, cuando ya no podía sentir su presencia, y enseguida Clara pulsó un interruptor que había en la pared, con lo cual un caminito de lámparas de techo empezaron a avivarse lentamente. Al encenderse por completo, vi un corredor angosto aunque largo que conducía a las tres puertas que antes pude adivinar en la penumbra. Clara no me había soltado desde que me jalara del brazo para levantarme del sofá, por lo que estábamos muy juntos, quizá demasiado, hecho que me permitía oler la humedad de su camisa desabotonada y, por oleadas, su aliento de amateur dipsomaniaca. Aunque yo había bebido más de cinco o diez cervezas, junto a Clara parecía estar completamente sobrio, e incluso tuve que guiarla cuando sufrió un leve desfallecimiento al tratar de abrir la primera puerta, porque el impulso que llevaba se frenó contra la madera al no encontrar el pomo. No estaba tan mal como para caer y vomitar, sus ojos aún trabajaban en equipo, pero era evidente que otras partes de su cuerpo obedecían sólo a medias. En principio no quería siquiera que me tocara, pero una vez a cargo de su cuerpo, no me quedó más remedio que cuidarla para evitar que se hiciera daño. Cuando abrió la primera puerta me soltó y entró sin mayor dificultad y me llamó desde el fondo de una nueva penumbra, argumentando ya casi llegar al interruptor de una lámpara. “Ven. Sigue”, dijo separadamente. Di dos pasos hacia adentro cuando se prendió una lamparita que iluminó una cama y dos asientos contiguos a un escritorio que servía de base a una gran estantería. Clara estaba tumbada de costado y su mano aún sujetaba el interruptor. Al verla extendida a todo lo ancho del edredón, supe por vez primera de sus delicadezas: tenía una falda de tartán engarzada por un par de nodrizas que no cubría sus piernas mucho más abajo del medio de sus muslos, y su camisa, que también estaba húmeda en la espalda, al permitir cierta desnudez de cintura según sus movimientos, parecía invitarme a hospedarme en sus locales vacíos, locales que para ese entonces empezaban, a pesar del repudio que horas antes me suscitaban, a exhibírseme como algo, lugares más que agradables. “Acá duermo”, dijo, mientras se acomodaba nuevamente, recomponiendo su cuerpo para acabar sentada y con las manos sobre la falda.

No me moví ni musité palabra, tan sólo pude fijar mis ojos en sus manos, que parecían aplanar algunas arrugas de su falda, por lo que ella se paró y sin pensarlo miró hacia varias partes del recinto como buscando algo que le diera luz sobre lo que haría conmigo, allí dentro. “Estoy borracha”, dijo, mientras fijaba su búsqueda en lo más alto de la estantería. “Ya sé. Vamos a dejar pruebas de esta noche”, me informó, con lo cual empezó a quitar ropa de una de las sillas con miras a subírsele para alcanzar algo. “¿Qué buscas?, yo lo bajo”, le dije, nuevamente en mi actitud de acudiente, pero fue tarde porque ya estaba parada en la silla. Una vez allí me dijo que la sostuviera. “La silla no, a mí”, dijo, con lo cual no supe si salir corriendo para evitar fosilizarme ante la imposibilidad de tocar algo sublime, mezcla de espanto y belleza, o si lo correcto, lo que me correspondía, era aceptar calladamente que ese era mi gran día, mi gran noche de lunes, o más bien albos ya de un martes, día que había estado esperando por más de cuatro años, día, noche, en el cual finalmente el mundo, la vida,

habían decidido consignarme todo lo que me correspondía con un solo y generoso cheque a ser cobrado de inmediato. Mundo, vida, no sé qué, todo ello ridículo, había decidido darme todo de una sola vez. Delante mío: Clara, su falda, su camisa. A veinte pasos: Lourdes, su infinitud, el dulce que me diera, su pleno trasluz, y ciertamente ese último: “no se demoren”. Sentí no poder despegar mis manos del espaldar de la silla, mientras Clara, al no poder alcanzar lo que pretendía, se empinó lentamente y sus pantorrillas se tensaron marcando suavemente unos músculos bien trabajados, no en exceso, y más arriba su trasero también se irguió al punto de soltarse las nodrizas, y su camisa, al tener levantados los brazos, rodó por una piel deslizante y vaporosa, piel que en ese momento creí pensar era tal vez lo más terso que mis ojos llegarían a ver, salvo probablemente, y ahí una vez más, mundo, vida, no sé qué, ridículos todos, la piel de Lourdes. “¿Quieres verme caer?”, dijo con algo de violencia. Tuve que soltar la silla y plantar mis manos, mitad sobre la falda, mitad sobre su piel. Cascadas de sudor bajaron por mi espalda, a la vez que mi entrepierna celebraba el final de una abstinencia obligada y el principio del cobro por ventanilla. “Así está mejor, ya casi llego”, dijo, con lo cual maldije y agradecí en silencio al mundo, a la vida, mientras mi lado monacal me obligaba a pensar en centros geriátricos, niños desvalidos, campos de concentración, y una larga lista de posibles inhibidores. Finalmente sacó del fondo de un arrume de papeles una cámara polaroid y me la entregó, no sin antes revisar el buen trabajo de mis manos en su cintura. “Ya puedes soltar –dijo-, ayúdame a bajar, me siento mareada”. Dio un paso hacia el piso y me enlazó el cuello con ambos brazos, mientras yo sujetaba sus costados, y cuando finalmente estuvo en el suelo no separó sus manos de mi cuello antes de mirarme fijamente. “¿Te gusta?”, preguntó alargando las palabras nuevamente. “¿Qué?”, le respondí, sin saber si se refería al abrazo, a la cámara, a la falda, a la humedad de la camisa, a su dormitorio, o tal vez a los inmarchitables músculos de sus pantorrillas. Se separó de mí en un instante, no sin dejar deslizar una de sus manos por mi hombro y por mi pecho, y con la otra agarró la cámara. Cuando alcanzó el pomo, se volteó y me dijo: “Lourdes, ¿te gusta Lourdes?”, y se quedó esperando la respuesta, como si de ello dependiera el abrir o el cerrar de la puerta. Viéndola ahí, parada junto al marco, sosteniendo la polaroid de una correa de arabescos, supe por la distancia que entonces nos separaba, por la cercanía que habíamos logrado, que Clara era una de esas mujeres que preguntan con palabras y responden con el cuerpo. “Me gusta”, le dije, tratando de sostener mi huidiza mirada, tratando de responder desde lo más hondo a quien no tenía por qué darle explicaciones, y fue entonces cuando ella produjo con sus labios una tenue sonrisa, que era la sonrisa de esas mujeres que nos perforan inequívocamente con tan sólo tres minutos de estudio. Salió del cuarto y quedé unos segundos parado, fosilizado, mientras pensaba estar respirando el vapor de uno de los locales cerrados de la que ahora pensaba, a razón de mi deseo, era una opulenta Clara.

Antes de salir del cuarto le di una última mirada a la cama y vi en la colcha la sombra de su cuerpo. Pensé en apagar la lamparita pero debía dejar su rastro intacto, intacto de mí al menos, para evitar mezclar aún más lo que ya arremolinaba mi pensamiento. Yo, nuevo rico, acreedor de una noche entre miles y miles negadas, aún así no tendría los medios para afrontar las bondades que se me ofrecieran. Desde ese punto logré oír algunas risas provenientes de la sala, y quise estar muy lejos, en mi casa, solo como siempre, o al menos rodeado de amigos y no entre desconocidos que lo único que querrían sería resaltar mi verdadera desnudez. Antes de empezar a caminar hacia las risas miré la silla y advertí en el espaldar cómo las manchas de sudor de mis manos se disipaban lentamente, como ofreciéndome una migaja de sabiduría:

todo lo que tocara esa noche o madrugada, todo lo que se me ofreciera acabaría por disiparse lentamente, primero en los extremos y después el núcleo.

Al llegar a la sala vi a Lourdes y a Clara sentadas muy juntas en el sofá, Clara en mi puesto mientras los dos jóvenes servían más tragos. Cogí mi vaso sin mirar a Lourdes y lo bebí de un solo envión para poder acercarme a ellos. Me presenté nuevamente para que me repitieran sus nombres. Guillermo era quien había estado antes con Clara, y David quien riera de ellos en el trayecto hacia la casa. Discutían cómo frenar la hemorragia de una pequeña cortada que se había hecho David en la mano con el vidrio roto de un vaso. Les sugerí café, recordando a mi madre, pero Guillermo dijo que eso infectaría la herida. Después de enumerar varios productos de cocina, David decidió rociar su mano de vodka, para después emitir un lamento quebradizo, como de perro enjaulado que olfatea perritas vecinas en celo, y al ver cómo brincaba en un solo pie por tan poco, casi sentí estar rodeado de viejos amigos, haciendo de lo más insignificante un momento glorioso. Poco sabía de ellos, pero un par de gestos me hicieron sentir protegido de lo que Clara estaría diciéndole a Lourdes sobre mí. Probablemente eran viejos amigos y tal vez sus madres habían decidido embarazarse al mismo tiempo para ir juntas al médico, comprar la ropa de sus críos y asistir a los cursos prenatales. Brindé con ellos cuando David se repuso del intenso dolor que le asistía, y en ningún momento osaron preguntarme qué hacía ni hasta cuándo. Por poco olvidé mis dificultades, cuando Clara me llamó para hacerme una foto junto a Lourdes. Antes de caminar hacia ellas Guillermo me agarró del brazo y se puso frente a mí, revisó según sus palabras que estuviera “guapo” para la foto, y al final, cuando casi todo mi cuerpo había sido escrutado por su milimétrico estudio, como un buen hermano mayor burlón y cariñoso, pasó por entre sus dedos un mechón de mi frente y lo alisó, tal cual lo haría el diseñador de modas que le da el último retoque a su modelo antes de irrumpir en pasarela. “Ahora puedes ir”.

Al ver que me acercaba, Clara se paró del sofá y cogió la cámara que estaba en la mesa junto a una colección completa de animales de vidrio de Murano, haciéndolos caer uno tras otro por los coletazos de la correa de arabescos. Quise recomponer el pequeño zoológico de vidrio, a la jirafa, a la mosca, al dromedario de translúcida joroba, pero no pude porque ahí estaba Lourdes, mirándome, esperándome, muy segura de la foto, de ese instante que quedaría por siempre y tal vez para nada. Me ofreció su mano, invitándome a compartir escenario, por lo que recordé tantas fotos de familia en donde mi padre estirara su brazo de la misma forma para sentarme sobre sus piernas. Es sólo una foto, pensé, a la vez que un gran vacío se posó en todo lo alto de mi pensamiento, vacío que me posicionaba en un paraje dentro de un cerco, todo montado para la gran sátira de la noche de las noches de mi vida. Se burlaban de mí tan abiertamente, sin disimulos, y yo cooperaba según lo proyectado como el enclenque corderito que bala alegremente a tan sólo unos pasos de su matadero. Me senté junto a ella y volví a sentirla, su respiración cadenciosa, esa forma de mover los ojos a placer, y tras todo un mecanismo de variaciones de posición por parte de ella, que sin lugar a dudas me cortaban el aliento por sus respectivos encadenamientos con mi cuerpo, decidió abrazarme y empujarme hacia sí, haciendo descansar su cabeza sobre mi hombro. “Ya estamos”, le dijo a Clara, y enseguida esa luz blanca y cegadora dejó mis ojos descompuestos, todo en blanco, corazón en punto, piernas temblorosas, y al fondo, al otro lado del salón, los dos muchachos reían tiernamente al ver como uno de los suyos, yo, permanecía segundos después de la foto en la misma posición, todavía con gesto de instantánea, sin saber qué hacer, sin saber siquiera si

habría un después.

“Se la quedó ella, madre”, me repetí en voz alta por error, mientras hacía un intento por recordar cómo nos veíamos juntos, Lourdes sobre mi hombro y yo con los músculos endurecidos, efigie incapaz de reconstruir un caído zoológico, reino de vidrio nuevamente transformado en burda arena. Tenía guardada en mi billetera la fotografía de mi abuela Serapia, lo que me llevó a poner en duda si la posibilidad de cristalizar momentos en el tiempo tan sólo puede perpetrarse en la mente de aquellos que viven lo ocurrido en el momento del disparo de cámara, acaso en la mente de aquellos quienes conocieron a la persona que aparece retratada, o si, por el contrario, las fotografías son objetos ajenos al conocimiento humano, cápsulas de tiempo en posibilidad de recrear mundos ajenos. Pensé en cuántas imágenes regadas por el mundo apareceríamos, imágenes archivadas en álbumes de gentes desconocidas, donde a lo sumo seríamos telón de fondo de otras personas, aquel quien pasó por error justo en el momento del disparo. Recordé una foto de un viaje en la que yo aparecía a la entrada de una iglesia, saludando a mi padre detrás de la lente, foto en la que también aparecía una bonita muchacha con vestido azul de tirantes, sentada de perfil en la escalinata y con un libro entre las piernas, por quien todas las personas preguntaban antes de pasar la página. Era uno de los álbumes de mi padre, todos llenos de personas desconocidas, muchísimos telones de fondo, entre los que resaltaba esa muchacha, quien después de los años a mí tampoco había dejado de intrigarme. Entonces vino Rosa a mi mente, quien por largo tiempo se dedicara a fotografiar cementerios de diferentes partes del mundo. Según me contara después del viaje que hizo al flotante camposanto de Venecia, había observado que en todas las tumbas, tanto en gigantescos mausoleos como en lápidas de fosas rasas, por lo general había fotografías de los muertos ampliadas sobre mármoles ovales. Recordé la tarde exacta en su casa, recién llegada de ese viaje, cuando me contara historias de familias, rostros de muertos retratados en vida, juzgando rictus macilentos como síntomas de enfermedad, o guiños entre sonrisas como señas de picardía. Vinieron retazos de su narración, algo sobre aquella quien fuera bailarina y por eso aparecía vestida con tul y zapatillas sosteniendo una de sus piernas en el aire con la mano; aquel otro que murió sin cumplir la mayoría de edad, por lo que su rostro delataba el pasmo del accidente, y en donde había una sentida consigna de sus padres; otras tantas de críos de meses de nacidos, fotos que según Rosa, hablaban por sí mismas, impactándole sobre manera la de un niño que había muerto exactamente el día en que cumpliera su primer año de vida.

Otro largo silencio se apoderó de mi madre y de mí, mientras yo pensaba en esa, nuestra única foto. Apenas si pude tenerla en mis manos cuando Clara dejó de sacudirla, tras su inmediato revelado. La estudié por un par de segundos y después Lourdes la guardó, lo que agradecí en su momento al pensar que significaría la impronta de nuestra relación de quince días, que aunque fuera una relación de fijador endeble, polaroid que se sabe precedera, también abrigaría la belleza de la inmediatez, de la ligereza, de lo efímero, que ilumina el cielo por un instante y después se borra. Me figuré qué habría sido de la suerte de esa fotografía, nuestra única, si estaría bien guardada, quizá pegada en una pared de su cuarto, o si, después de mi viaje, habría ido a parar a la basura, como muy seguramente habría hecho yo de ser ella, en caso de encarnar a quien se queda esperando un retorno incierto. De haber sido una cámara normal, no una polaroid, yerro de Clara, todo habría perdurado, quise pensar para encontrar un culpable, aún cuando muy en mis adentros sabía que no había tal, y que el cristal

estaba consumado en el tiempo, invaluable, como un auténtico cristal que se mece con los años. “Describemela”, dijo mi madre tranquila, como queriendo hacer del tema un trampolín poco elevado del que yo tarde o temprano tendría que saltar. Qué crueles resultan a veces las madres, pensé, mientras buscaba rasgos de Lourdes que condujeran a la idea que hubiera querido entregarle. “No sé, madre, no se me ocurre qué decirte: es menor que yo, es flaca y bonita y tiene el pelo liso”, expliqué lo más rápido que pude, y mientras muchas más cosas se quedaban en el taño de mi lengua, entendí lo sincero que acababa de serle, lo que al parecer fue suficiente para ella. Me ofreció un cigarrillo y fumamos, ella con sus volutas y yo con mis dificultades, hasta que vino a mí cierta claridad, que más que cualquier otro dato sobre Lourdes, dependía del lugar de la ciudad al que nos acercábamos. Después de una curva, frente a mí se alzó el edificio donde viviera los primeros diez años desde que nací, un edificio blanco de doce pisos que exhibía entonces y siempre en su azotea una pantalla de neón azul publicitaria con la figura del Ave Fénix. “Nuestra vieja casa, madre”, dije señalando al otro lado de la Séptima. “Así es, caballero”, respondió sonriendo e imitando a su padre, mi abuelo Enrique, quien ya no se movía de la cama en el tiempo en que yo iba a visitarlo, ya para ese entonces cansado de la literatura y fanático de enciclopedias y diccionarios, ya con su cuerpo agotado aunque su mente no dejara el filo de otros tiempos. Siempre que me veía entrar decía contento “llegó el caballero”, y después me señalaba la pared donde había una medida en centímetros con las marcas de mi crecimiento. Entonces debía pararme recto y esperar a que llegara Serapia con la regla y el lápiz, no prestando importancia al hecho de que acaso hubiéramos dibujado una raya el día anterior.

La noche estaba cerrada y el neón del Ave Fénix brillaba más que nunca a pesar de algunos tubos fundidos. Se prendía y apagaba por partes, primero las patas y luego las alas, mientras mi madre, ya aburrída de los pedales, hacía acrobacias desde el volante para estirar sus piernas. Nunca se vuelve a la misma ciudad, supuse a medida que pasábamos calles y nos acercábamos a nuestro antiguo edificio, tramo en donde pude sentir cómo las llantas del carro empezaban a patinar sobre sus ejes a razón de la plétora de aceite que producía mi sombra en la calzada. Innumerables eran las veces que había cruzado la Séptima en ese punto para esperar el bus del colegio, innumerables las veces que había deseado no hacerlo, y ciertamente asfixiante ante mis ojos el abanicar de la mano de mi madre, desde nuestro antiguo décimo piso, cuando asomaba la mitad de su cuerpo por la ventana para darme el adiós de cada madrugada. Tuve la certeza entonces, ya no una simple sospecha, de que nunca volvería a la misma ciudad, al mismo paradero de buses, ni mucho menos al mismo ventanal de ese edificio, aún cuando otra parte de mí conmemoraba el estar irrumpiendo en suelos terriblemente visitados, grietas en las fachadas, como esas que quedaran dibujadas por siempre en la notaría de la calle 57, después del estallido donde muriera mi abuelo paterno, Don Paco, momentos después de que mi madre me despidiera desde su ventana una de esas mañanas y yo me subiera al bus del colegio creyendo erróneamente que sería un día como cualquier otro.

Lugares, huellas, pequeñeces, en apariencia sin importancia, más allá de parques, planetarios o monumentos, constituían las cristalizaciones donde ocurren y finalizan las vidas de las personas, pensé, al ver las grietas de aquella notaría: esas manchas negras que a los ojos de cualquier otra persona no serían más que imperfecciones o simples tiznes, ante mis ojos resultaban odiosas y arbitrarias, y dolorosamente también prueba de la más grande obra de

arte, eso sublime que se queda en las ciudades después de los ataques y que sólo unos pocos podemos reconocer: ruinas conmemorativas, pequeñas grietas, aristas de escombros que revelan nuestro pasado; episodios del ayer, que al igual que las fotografías, resultan invaluable y nos remiten a gentes queridas, Don Paco, mi abuelo, aún cuando las representaciones no sean más que constelaciones de agujeros en paredes que no dicen nada pero que a nosotros nos dicen todo. Algo permanecía igual, pensé, porque ese lugar donde muriera el viejo Paco seguía siendo una tumba sagrada de la cual no se hablaba, apenas un vistazo de soslayo y nada más. Mi madre lo sabía y yo también, y por eso ambos decidimos mantener las costumbres y callar, mientras pedíamos en silencio porque permaneciera en el entorno de nuestro diálogo la descripción de “mi Lourdes” y no la guerra, su pelo liso, el movimiento de sus ojos a placer, y así olvidar por un momento las cosas que sí eran o habían sido verdaderamente reales y de a puño, muy reales, todo lo vívido y vivido de nuestro recorrido por el mundo, que no era más que unas cuantas calles, nuestros muertos, nuestros duelos, todo eso que inevitablemente penetrábamos según la aguja del acelerador daba tranquilos, cuando mis untuosas sombras nos permitían avanzar.

**M**osca, dromedario y jirafa de Murano volvieron a estar en pie gracias a mi nerviosa urbanidad, Lourdes a menos de un palmo mío, y Guillermo y David bajo los efectos del local de Clara. Un nuevo orden del mundo se erguía tras los siguientes disparos de la cámara. Bebí un sorbo del vaso de vodka, dándole una tregua a Lourdes, quien seguía mis labios en un discurso del cual poco podría reproducir, y después de asimilar sin dificultad el alcohol, que para ese entonces ya pasaba casi como agua por mi garganta, puse el vaso en la mesa y miré por una ventana, un poco buscando el hilo de mi propia conversación, tratando de saber en qué parte de la ciudad estaba. El edificio de enfrente, eso que pude ver a través de la ventana, no me ayudó a recordar, por lo que tuve que afrontar mi estado y mirar a Lourdes. Nada vino a mi mente, nada. Y un segundo antes de pedirle excusas, como último recurso para activar la charla, sentí mis labios anegarse entre los suyos. Fue su manera de hacerme saber lo poco que importaba eso que yo le estuviera diciendo, y a la vez de cuán enterada estaba de mi estado en general. Había sabido callarme en el momento justo, antes de que nuestro buen andamio de antes develara sus primeras imperfecciones. Entonces algo le ocurría a mi vida.

Como casi todos los primeros, fue un beso torpe, con choque de dientes y manos sin apoyo. Mientras sentía el movimiento de su boca, no pude más que pensar en lo rápido que había sido todo -el sutil balanceo de cuerpo que ella hiciera para llegar a mí- con lo cual me sorprendió una suerte de tristeza proveniente de partes de mi cuerpo que se habían esmerado en preparaciones a lo largo de la noche para dar el paso definitivo, partes de mi cuerpo que entonces eran sustituidas por Lourdes sin siquiera haber vislumbrado el gran momento en la lejanía. Aún cuando antes de besarnos lo único que hubiera querido fuera eso, después sólo quise devolver el tiempo para disfrutar un poco más de los encantos de la inacción, de las meras intenciones, eso que parecía hacer parte de un antaño donde lo más pequeño súbitamente mutaba en lo más grande, donde una simple frase parecía ser la respuesta de cientos y miles de plegarias, donde un caminar de gancho, sin duda, era la más alta expresión de compromiso.

Una vez separada de mí fue cuando más complejo juzgué acometer un acercamiento. Aún cuando habíamos estado tan cerca hacía sólo unos segundos, en ese momento se me antojó inconveniente tocarla, y se me manifestó todo su cuerpo como un imposible, acaso porque la orientación de mi pensamiento había perdido todo otro objetivo en el mundo que no fuera ella. Todo eso que alcancé a extrañar durante el beso, las pequeñeces, el dulce que me diera frente al edificio, todo eso que por momentos pensé se escaparía tras el primer contacto físico real y no ilusorio, como los anteriores, se potenció cuando recobró su posición en el sofá, porque incluso dentro de mi nueva y espumosa obsesión, creí verla un poco más lejos que antes, lo que me remitió a algunos otros primeros besos de mi vida, cuando por lo general yo había sido quien tomara la iniciativa, porque cuando se es quien da el primer paso también suele concedérsele seguidamente a la otra persona un espacio, donde se espera una aprobación o una censura. Pude verme en tantas otras ocasiones separándome de muchachas después de besarlas, y sólo esa noche junto a Lourdes comprendí lo penoso que resultaba ser asaltado y

después abandonado en la incertidumbre del momento siguiente.

Cuando quise decirle algo, Lourdes se acercó nuevamente a mí como queriendo repetir lo de antes, pero en vez de besarme tapó mi boca con su mano. “Tu también me gustas”, murmuró muy a mi oído, con lo cual muchas ocurrencias y sensaciones me recorrieron, entre las cuales nuevas dudas también quedaron sembradas en mi mente.

Dudas de dos lugares, de dos personas: Clara por lo más obvio y Félix por haberme contagiado para siempre de su agónica manera de concebir el mundo. Lo que hubiera podido decirle Clara a Lourdes ciertamente no se alejaba de mi realidad, a juzgar por ese último susurro, aún cuando sus intenciones hubiesen sido probablemente otras, tal vez rastreras, una burla quizá, cosa que no cesaba de procurarme al menos un estado delicado de duda, ubicado en ese impenetrable mundo de las amistades entre mujeres; sin embargo, ese conocimiento turbio sobre el mundo, ese intuir que detrás de todo tesoro siempre hay un robo o una pérdida, un momento de ruptura, eso sí que generaba en mí bastante inquietud. Y eso, evidentemente, había sido parte del agónico legado de Félix, detrás de infinitas tardes y noches donde a lo más nítido que solíamos acercarnos era a concluir que lo mejor que conseguiríamos hacer con nuestras vidas era siempre mantenerlas maceradas en aguardiente, para evitar que la muerte en todas sus formas nos encontrara desarmados frente a un nueva realidad que, por lo demás, seguramente tampoco traería nada bueno o al menos cómodo. “Más vale un toma que dos te daré”, diría Félix cada vez se le diera el momento, en cierto sentido burlándose de sí mismo, arando sobre terrenos pedregosos, muscarina corriendo por sus venas, “más vale un toma que dos te daré”, frase tan lejana al buen Félix, pero que nos resultaba tan graciosa cuando de aguardiente se trataba.

Había sido besado con labios y palabras en menos de un minuto y aún así cuestionaba el siguiente, como si de ese y no del presente nuevamente volviera a pender el grueso de mi felicidad, incapaz de arrellanarme en la celebración, en ese presente que me estaba dando un regalo como pocos había recibido en ese tiempo. Ahí estaba Félix en mí: ese que me hacía pensar en la posibilidad de perderlo todo en menos de lo que lo había ganado, precisamente porque ni yo mismo me sentía merecedor de tal despliegue de instrucción femenina.

Con ese último “tu también me gustas”, vislumbré a mi alcance los primeros umbrales de una Lourdes que empezaba a modificarse súbitamente en una especie de beldad, a quien más que pretender adorar, tuve el impulso de empezar a temer, por supuesto desde el influjo de mi amigo, a quien casi podía escuchar en recuerdos haciéndome ver, poniendo ejemplos propios, claro, cuan inabarcable y poco llevadero resultaba navegar las arenas de lo femenino, más aún cuando se sabía de antemano que nada de lo que hiciéramos, nada de lo que planeáramos, podría cambiar el curso de los acontecimientos. Esa primera impresión que tuve del aeropuerto, recién bajado del avión, ya junto a mi madre y dentro del carro, en donde lo único que aparecía era la infinita lista de veces en que tuviera que ir Félix a dejar a su querida, era apenas la prueba arquitectónica de un reguero de tristezas, con el cual yo tuve que lidiar en un sentido alcohólico, por supuesto, pero en un sentido más amplio, reguero del cual yo también quedé impregnado al tratar de ayudar a Félix. En ese tiempo, un muy distinto yo se alzaba frente a aquellas arenas, un yo incauto y persistente, presto a ser devorado para después ser escupido sin que nada de ello pudiera alterar mi condición de luchador. Tal vez por eso



podía permitirme asistir a Félix: le alquilaba mi hígado tranquilamente, a sabiendas de que algo mejor, un nuevo triunfo quizá, acompañaría mis momentos siguientes, sin prestar atención a las forzosas derrotas que emergerían en los intersticios. Pero ese yo quedaría enterrado en el mismo momento de mi partida, al subirme en ese avión de ida. Los restos de mi amigo, incluso en la noche en que estuviera con Lourdes por primera vez, habrían de manifestarse como parte de mi contagiada herencia, un regalo de múltiples filos que Félix me hiciera, muy probablemente deshaciéndose él mismo de su agonía, y a su vez contagiado también de mí, contagiado de eso que en su momento pareció ser un pozo inagotable de arranque, del cual entonces, frente a Lourdes, apenas si quedaba un barrizal.

Cuando intenté besarla por mis propios medios, Lourdes se reclinó levemente, no esquivándome sino proponiéndome un juego y su sonrisa. De haberlo pensado más, seguramente no habría sido capaz de buscar su boca para seguir el juego, pero mi cuerpo ya no respondía del todo a mis mandatos. No pude detenerme, y gracias a ese impulso desmedido logré alcanzar su boca, con más torpeza que nunca, pero eso ya no importaba, o al menos eso pensé mientras la veía reír en medio de mi asalto, siempre con los ojos muy abiertos y detallando mi frente. No le prestaba mayor importancia a lo que pudieran estar viendo o diciendo Guillermo, David y Clara desde el otro lado de la sala, quienes, a mi parecer, por lo poco que alcanzaba a oír, estarían jubilosos experimentando con los remanentes de algunas viejas botellas. Estuvimos así una media hora más, dos cuartos de hora, cuando Lourdes miró su reloj y me dijo que debía irse. Pensé en decirle que la acompañaría, pero algo me indicó que a sus ojos tal propuesta sería algo aventurada, indicio absolutamente falso, que más bien se originaba en querer saber cuánto más resistiría mi cuerpo al ritmo que Clara y ellos proponían, y por supuesto, qué tanto más harían en esa casa, a esas horas, con tanta necesidad de beber y con tanta libido por detentar, en la ausencia de alguien como yo, quien haría las veces de árbitro, aquel quien prende y apaga las luces a su antojo. Rey en un reino de altruismo, fiel seguidor de las migajas de mi buen Félix, y por tanto transmutado en un adalid que empuña honroso su cimitarra sarracena, dejé ir a Lourdes a su suerte, seguramente por el temor que había nacido en mí a raíz de su beldad, esa perfección que, paradójicamente, nos hace creer que no existen universos así de elevados, mucho menos diseñados para nosotros, perfección que nos hace pensar en su antípoda. Acaso por haber recibido tanto de Lourdes, todo lo que mi imaginación ansiaba desde hacía ya años, dejé que se fuera sola, tal cual lo hace el ludópata de casino con el dinero después de rebasar cifras insospechadas apostándole siempre al rojo en la ruleta, por la simple razón de que no alcanza a sentir como suyo eso que ha acumulado en fichas; la dejé ir, tal cual lo hubiera hecho Félix, y por consiguiente yo mismo en mi posición de heredero de su gripa y de su reino, desde una adusta melancolía, oscilación entre lo caliente y lo frío, pero siempre desde una severa sequedad, tristeza sin causa de quienes no ofrecen respuesta cuando se les pregunta a qué le temen o por qué se duelen, y que dejan salir de sus manos lo que han ganado porque piensan que no es del todo merecido, porque nunca dejan de plantearse su existencia en forma de deleznable vasos de tierra o de barro, que se rompen con el menor hálito. Lourdes se paró del sofá, se terció el bolso y se despidió de los otros, mientras yo miraba mis manos vacías, odres desocupadas destinadas a apagar la sed de quienes permanecerían. Con cierta dificultad me levanté para despedirla en la puerta, y antes de darme la espalda para empezar a bajar la escalera me inspeccionó de arriba abajo, como para no olvidarme, seguida de una suave caricia con su mano en mi mejilla. Cuando cerré la puerta aún se escuchaba el eco de sus

pasos. “Gracias Félix, tal vez ya estés radiante y aclimatado a los humores de las mieles de mi antiguo yo flemático y sanguíneo”, me lamenté desde la distancia del tiempo y el espacio, imaginando a un robusto y desenvuelto Félix corretear a mis antiguas novias, mientras recordaba a Bartolomé el Inglés, quien expusiera el triste caso de Nabucodonosor, rey de Babilonia, quien dedujo haber mutado en buey por siete años, cuando lo único que padecía era la enfermedad que Félix me transmitiera, adusta melancolía, filtro de imposibilidades que al cerrar la puerta, tan sólo me dejó luz para una única certeza: entre otros aderezos menores, había dejado ir a Lourdes por tan sólo unos cuantos vasos más, ya entonces ni siquiera de vodka.

**E**stuvimos detenidos frente a nuestra vieja casa por cerca de veinte minutos. Entonces tuve tiempo de hacerme una idea pausada de lo que ocurría allí, en ese cruce de memorias marchitas, donde tantísimas veces había iniciado o concluido recorridos, ya el cotidiano de las diligencias, como el ilusionado arranque que nos llevó al menos en una ocasión a visitar a una muchacha que no esperaba nuestro sorpresivo saludo desde el citófono de su portería. Aunque muchas veces había repelido comentarios de gentes que volvían a Bogotá, alusivos a lo “bella” o “arborizada” que estaba la ciudad, en ese momento, a pesar de antojárseme aquellas memorias marchitas como pruebas de mi estatismo e involución, al mirar las calzadas, entendí algo más: los arbolitos que había dejado pendiendo de cuerdas y palos de madera hacía casi cinco años, simples chamizos, ya eran troncos maduros, capaces de sobrellevar choques de borrachos, como ese que fuera yo en su momento. Habían crecido entre los chorros de monóxido de carbono, en medio de esa obligada inercia, en la que entonces mi madre decidió apagar el motor, abrió su puerta e inmediatamente sacó una pierna y la apoyó sobre el estribo del carro, gesto muy suyo, sin duda. La vi muy joven, casi como en los tiempos en que debía cargar conmigo rumbo a su universidad, recorridos en que siempre se veía obligada a orillar justo antes de culminar las curvas de la Avenida Circunvalar para que yo pudiera descender del carro y vomitar el desayuno. Mi madre bajaba y me abría la puerta, con lo cual yo salía despedido rumbo a algún arbusto. Allí me quedaba un tiempo reponiéndome, proceso que ya estaba incluido en el itinerario, mientras ella me vigilaba desde su puesto de piloto, con la pierna apoyada en el estribo del carro, es decir, lista a socorrerme cuando así se hiciera necesario, mientras aprovechaba para darse unos vistazos en el espejo retrovisor, siempre dejando sus huellas sobre el vidrio, cerciorándose de su innegable belleza natural, siempre ausente de maquillajes y cosméticos, y aunque el espejo no pudiera decírselo, le indicaba el reflejo de su obligado aroma, todo esto debido a que cuando era un niño, yo arruinara su colección de perfumes, mezclándolos todos en vasos y botellas desocupadas para lograr gradaciones de color, o simplemente por matar el tiempo. “Te traje un perfume, madre”, le dije, esperando entablar charla sobre aquellos tiempos, un poco tanteando la distancia que separaba las dos líneas paralelas que constituían nuestras vidas. “Que delicia”, respondió después de que yo añadiera que era un extracto de azahares, su preferido, aún cuando muy seguramente no recordara ese olor del que tanto me había hablado. “¿Te acuerdas de tus perfumes?”, le pregunté directamente, en vista de que nuestros paralelos parecían también haberse distanciado en torno a esos asuntos. “¿Qué perfumes?”, inquirió, con lo cual supe después de casi veinte años cuán poco le había afectado que yo hubiera estropeado la que, evidentemente, había sido su única colección. Le recordé el incidente, incluyendo nuevos incisos para ensanchar la historia, y uniendo una cosa con otra, también le hablé sobre mis vómitos diarios, con lo cual se rió por un rato y después me preguntó si por eso era que yo odiaba tanto el centro de la ciudad y la Circunvalar. “Esa hipótesis es viable, madre”, le dije, con lo cual siguió riendo complacida, y después me preguntó si por eso le había traído un perfume de regalo. “Evidentemente”, le dije, respuesta que le llamó mucho la atención y la mantuvo suspendida en silencio por algunos segundos. “¿Y es que te regañé mucho cuando lo de los perfumes?”, inquirió haciendo uso de la más tierna de las voces que una madre puede emplear para con un hijo, buscando ablandar de antemano la respuesta venidera.

“Muchísimo”, dije, mientras perpetraba en la comodidad de la sala en la que se había transformado el carro, un movimiento de negación e intenso dolor con la cabeza, equipado con un afligido cerrar de ojos, mano derecha directo al corazón, y por último, un sostenido de pecho en calidad de suspiro. Entonces desde la negrura de mis ojos cerrados, actor que hace la venia y esconde su cara bajo el pecho, nuevamente escuché la risa de mi madre, que ya era una carcajada, remate de una risa encadenada en tres tiempos, fiel adaptación de una comedia de situación, risa que va en *crescendo* y que al final estalla, con lo cual se desencadenó en mi interior la más sincera gratitud hacia el mundo que me había sido dado, por haberme procurado la fortuna de tener al menos a una persona dentro del público a quien le hicieran reír mis bromas flojas y sin gracia.

“¿Quieres dar una vuelta de reconocimiento por el Parque de Lourdes?”, sugirió mi madre, según empezaban a rodar nuevamente los carros, ya casi llegando a la calle 63. “No, pero gracias por el ofrecimiento”, respondí desconcertado, con lo cual mi madre pudo estimar qué tanto me afectaba escuchar ese nombre. Quise desviar mi pensamiento para dejar en paz a Lourdes por un momento, pero entonces fue inevitable pensar en ese sitio, tantas veces visitado cuando la ruta del bus del colegio se retrasaba y me dejaba allí, teniendo que cruzar su astrosa plaza llena de vendedores ambulantes, gentes varias y ladrones agazapados al acecho. No había pasado mucho más de una hora desde mi llegada, y de repente me encontraba con que esos eran los puntos de unión que me trazaba la ciudad: el Parque de Lourdes, que en realidad no es un parque sino una plaza con una iglesia, digamos gótica, ubicada en un costado y de la cual proviene el nombre, tal vez era uno de los lugares que menos me agradaban de la ciudad, en parte por la confusión que había sembrado en mí a lo largo de los años, no porque fuera peligroso todo aquello, objeto que algunas veces tiene su encanto, sino porque me hacía recordar mis primeros encuentros con la indigencia, cosa que al principio me procuraba una suerte de encanto porque no podía distinguir si lo que veía eran personas disfrazadas o auténticas bestias, naturales de otros mundos. Debía tener seis años, quizá menos, cuando mi abuela solía recogerme para llevarme a una peluquería que tenía sillas con diseños de carros de carreras, donde además daban colombinas a quienes se quedaran quietos mientras les cortaban el pelo. Yo era de esos. Pero antes de llegar, en el camino, debíamos cruzar el parque, por lo que ella me apretaba muy fuerte de la mano y aceleraba el paso, arrastrándome a la fuerza mientras yo me rezagaba casi colgando de su brazo en la búsqueda de aquellos personajes que confundía con ogros de dibujos animados, enemigos del Cuartel de la Justicia, rarezas de otros planetas que entonces podía ver en vivo, con sus pasmosos movimientos, incluso olerlos, todos ellos acercándose lentamente y emitiendo baladros indescifrables desde sus caparzones de hollín. “No los mires”, me decía mi abuela, no porque ella les temiera, a la larga supe que cada tanto solía llevarles ropa, sino porque a mi edad no tenía cómo explicarme qué pasaba con ellos. “No los mires más”, me repetía autoritariamente mientras avanzábamos a largos trancos, evitando posibles diálogos o lances que pudieran impresionarme, de una forma muy similar a como tiempo después me obligara a pasar las páginas de la Enciclopedia Animal de Salvat cuando aparecían serpientes y otros reptiles. Tiempo después, yo mismo la acompañaría varias veces para llevarles ropa, ya habiendo dejado muy atrás mis confusiones televisivas y comprendiendo bastante más sobre ese mundo, mundo que, no obstante, nunca dejaría de causarme disgusto, acaso por el grado de confinamiento al que entonces supe siempre arribaban sus gentes, porque hablaban desde la soledad de su propio ruido y lograban ser tan intimidantes como el alcohólico amigo

que después de unos pocos tragos se toma el poder de la palabra y cree que puede insultar a cualquiera quien pase por su vista, y a quien, por eso mismo, disfrutamos ver caer cuando no puede coordinar su cuerpo y por poco rompe su cráneo contra una pared rugosa. Así, deformes y sibilinos, vi después de un tiempo a los indigentes del Parque de Lourdes, quienes desde su despotismo trataban muy bien a mi abuela, mientras me veían a mí como a un simple usurpador de afecto.

Discurrir sobre ese parque, por tanto, me hizo recrear tantos diálogos cerrados, tantas conversaciones donde debimos renunciar a nuestras maneras, a lo que creímos era nuestro espíritu, diálogos donde fuimos sacos de boxeo de personas que creyeron desquitarse del mundo en un instante, posicionándose en verdades absolutas de las cuales nunca hicimos parte. Ese lugar, que en un principio fue tan sólo un escenario más de mi vida de infante televidente, más adelante se trocaría en una de tantas taras que nos acompañan por siempre, y que, por desdicha, tal vez por obra y gracia de la ridiculez del mundo, llevaría el mismo nombre de mi inasible Lourdes.

Cuando finalmente cruzamos el semáforo que nos había tenido en ascuas por veinte minutos, mi madre empezó a adelantar carros serpenteando, tal cual lo hiciera en la avenida 26, pero con mucho menos espacio de acción y con una pizca de rabia, frenando excesivamente cerca de los carros de enfrente, pretendiendo traspasarlos a su arbitrio. Lo hizo por un par de cuadras, hasta que un imponente bus, con todo tipo de colores de pinturas de otros carros patentes en sus latas, nos cortó el paso con una cabriola y después frenó en seco haciendo esquina con el separador. De una ventana salió la mitad del cuerpo del conductor, quien buscaba afanosamente a mi madre para decirle algunas cosas. “No lo mires”, le dije pensando en las serpientes de mi abuela, pero ya era demasiado tarde. Entonces exquisitas frases prorrumpieron desde el inflamado pectoral del hombre, una a una, frases incorporadas a una vida de reciedumbre, la de aquel gran orador de carretera, con objeto de poner en cintura a todas aquellas “viejas brutas” del camino, entre las cuales de repente se hallaba mi madre. Son años de oficio, pensé mientras ella acababa de subir su ventana, tiempo suficiente para acabar dictaminando como armoniosos aquellos goznes de insultos depurados por el tiempo.

Cierto era que mi madre y yo éramos buenos amigos, amigos de los que disfrutaban de estar a puerta cerrada, como entonces estábamos en el carro, para poder decirse mucho de lo que piensan, a veces todo, amigos de los que no sienten pasar las horas cuando hay un tema que lo amerita, y cuando no también, y además, cosa muy nuestra, éramos amigos, y entonces tal vez hermanos, aunque de la fraternidad poco podría opinar, al concebir a mi padre como un patriarca común a los dos, “el papá”, en términos de ella, a quien no se le replicaría en sus asaltos de mal genio. Y así como esos amigos que se distancian sintiendo y pensando cada cual que posee la verdad después de argüir, mi madre y yo nos evitábamos por algunas horas tras sostener algún altercado, para más adelante, cuando nos pesaba más el ayer que las diferencias, empezar a enfriar el tema con frases de capitulación referidas al mismo asunto pero dichas de otra forma, con otra entonación, a veces entre risas, con lo cual era empujado eso que nos había distanciado en las horas pasadas hacia el fondo de un congelador del que nunca más saldría. “Cretino”, se dijo en voz alta, mientras yo pensaba cuán curioso resultaba ese instante: después de los insultos del conductor de bus, había vuelto a ver en mi madre esa actitud suya de no querer aceptar bajo ninguna circunstancia los peligros del mundo, actitud

con la que yo siempre chocara debido a mis miedos, y por lo que en muchas ocasiones habíamos terminado peleando. “No lo mires” era una frase que a sus oídos sonaba más a: “tu tuviste la culpa, baja la cabeza”, cosa que ella por ningún motivo haría, gracias a ese espíritu luchador que adquiriera en su vida pasada, cuando hacía documentales, a fuerza de tener que lidiar con todo tipo de personas, en todo tipo de situaciones. Acabábamos peleando porque a mí me avergonzaba saber que ella luchaba en contra del sentido común, en contra de un grosero conductor de bus, para un tiempo después, cuando todo empezara a enfriarse, terminar capitulando a base de pequeñas bromas, concernientes en ese caso a la ausencia de cuello de aquel quien la insultara. “¿No lo viste?”, diría tímida y sin esperar respuestas, congestionada en una risa poco creíble, su escudo, del cual prontamente se desharía.

Presenciar a mi madre en esos estados de ofuscación y burla me hacía sentir en pleno su presencia ya que me aseguraba estar auscultando partes de su vida que aún sin mí estarían ocurriendo. Por un momento sentí estarla visitando sin que ella lo advirtiera, inmiscuyéndome y espiándola desde un resquicio, hecho que me hacía advertir lo viva que estaba, y en un sentido quizá más amplio aunque no necesariamente grato, me reafirmaba cómo dos líneas paralelas, representación de nuestras vidas, podían alejarse una de la otra en un sentido, a la vez que en otro podían permanecer atadas para siempre.

Al ver a mi derecha la gasolinera de la calle 70, donde aún permanecían las comidas rápidas y la máquina de lavado automático para carros, vinieron a mi mente unos cuantos episodios fragmentados, mediante los cuales me encontré uniendo sin motivo dos viejas y acostumbradas actividades del lugar: de un lado, el exterminio de grandísimos perros calientes a partir de mandíbulas alcohólicamente distendidas, y de otro, el aterrador paso de verdes y rosados rodillos de lavado por las diferentes partes del primer carro que manejé en la vida, un Renault 9 negro, algún tiempo después utilizado por mi tío en sus visitas comentadas sobre el paso del Cometa Halley. Ya en el terreno, mi tío volvía a explicar lo que había dictado rigurosamente en charlas preliminares en el garaje de la casa de Serapia, su madre, recinto que adaptó en aula académica, haciendo uso de afiches del universo y la vía láctea, fotografías recientes del Cometa, y algunos modelos de telescopios, entre los que estaba su gran tambora, como él mismo lo llamaba, un poderoso telescopio al cual sólo sus diestras manos podían acceder. Además de lo propiamente astronómico, cometas de dos colas, aquellas rarezas que no bien podía explicar, también instaló sillas de escuela, una que otra pizarra y un proyector de diapositivas en las vigas del techo. Mitad en broma, mitad en pose doctoral, solía remontarse a siglos y épocas pasadas cuando el cometa hiciera apariciones en la Tierra, con lo cual ponía en antecedentes a sus discípulos, entre los cuales casi siempre coincidían bellas muchachas a quienes más tarde, después de las visitas comentadas, acababa por seducir rasgándoles la guitarra o perfumando el ambiente con sus olorosas picaduras, buscando sumar nuevos casos astronómicos a la larga lista de muchachas nacidas en la misma fecha de febrero, todas ellas el 25, quienes pasarían por su mansarda.

Pude verme en la silla trasera de ese Renault 9 negro años atrás, después testigo de las gestas de mi tío, pero entonces junto a mi madre y a mi abuela, todos muy quietos esperando que la máquina de lavado hiciera su trabajo. Aunque yo era muy pequeño y tal vez ellas sólo lo hacían por darme gusto, parecían disfrutar del momento de aislamiento total al igual que yo lo hacía. Pude vernos ensoñando dentro del carro con lo que haríamos con el premio de la

lotería que mi abuela acabara de comprar antes de entrar a la máquina. “A vos te doy unos cuantos milloncitos para que te comprés la casita junto al mar”, le decía a mi madre, mientras que a mí no sabía exactamente qué ofrecerme ni en qué tono, por lo que acababa diciéndome: “y a ti, mi niño del alma, todo lo demás para que nos cuides cuando grande”. Duraba unos diez minutos todo el proceso, tiempo en el cual mi madre y mi abuela alcanzaban a ensoñar, recorrer el mundo, evocando gentes del pasado y llorando por ellos, o también llorando por la risa que les produjera aquel legendario malentendido que mi abuela tuviera en casa de sus primas distinguidas, como ella las llamara, al confundir a un amigo de éstas con un mesero, en su afán de lograr un poco más de aquel delicioso licor, el Bailey’s, recién descubierto por ella y del que había tomado unas copas de más, no porque le gustara la bebida, de hecho la aborrecía, sino por ese dulzor que muy seguramente le invocaba el sabor de sus propias creaciones de repostería, aquellas versiones miniatura del saint honoré, su postre de las tres leches, o, por supuesto, y cómo no nombrarlo, mis anheladas islas flotantes.

Mientras mi madre y yo seguíamos avanzando y ya casi quedaba atrás la gasolinera, pude vernos dentro de ese viejo carro por última vez, sintiendo la gravitación de nuestras tres generaciones, eso pesado que se hereda lentamente, con lo cual deduje que el llanto de mi abuela, ese fácil llanto, apenas derivado del más leve recuerdo, era algo que mi madre había ido aprendiendo con los años y que muy seguramente yo acabaría por adoptar más temprano que tarde. Sentí ganas de llorar tranquilamente, como lo hiciera Serapia, ganas de drenar partes de mi cuerpo buscando frescos, dándole paso a eso que llamamos franqueza al estar nuevamente con mi madre, compartiendo el dilecto espacio que concede un carro.

“¿Tu sabes hacer las islas flotantes?”, le pregunté a mi madre sin pensarlo, mientras se inundaba mi boca de ese sabor acaramelado entre su textura esponjosa, tantas veces deleitado lenta y recelosamente en la casa de mi abuela. “No, pero tu tía tiene todas las recetas de Serapia”, respondió sin mirarme, y de inmediato se le encharcaron los ojos, razón por la cual sentí la torpeza del mundo cabalgando sobre mis hombros, yo, coleccionista de comentarios inoportunos, hombre que enmudece la mayoría de las veces, y justo cuando su mejor opción es el silencio decide rebuznar. Pensé en mi abuelo Enrique, a quien le hacían tanta gracia aquellas personas quienes según él tenían más rápida la lengua que la cabeza, por lo que casi siempre acababan traicionando sus propios secretos, cosa de la que sólo llegaban a enterarse horas después, o tal vez nunca. Casi llegábamos al que yo pensaba era el verdadero centro de la ciudad, la Avenida Chile, cuando, gracias a mi rápida lengua, de los ojos de mi madre se escapaba una lágrima y bajaba por su mejilla, recorriendo la que entonces era una piel irritada por la congestión, escalibada por mi falta de tacto.

Tuve que desviar la mirada para evitar ver a mi madre llorar, y fue incómodo no tener nada que decirle, algunas palabras que pudieran encauzar su recuerdo, tal vez hablarle precisamente de los tragos de Bailey’s, o de algo dulce en cualquier caso, cuando deduje por su silencio que quería dedicarle un momento de luto a mi abuela, un minuto de tristeza. Entonces supe callar, con lo cual pensé le estaría proporcionando a mi madre la posibilidad de una comunión trascendental con ese mundo inexistente, el mundo, la ciudad, donde vivió mi abuela. Dado que mi madre no era una mujer de llantos fuertes o quejumbrosos, aún cuando no la estuviera viendo más que de soslayo, una vez más presencié su manera silenciosa de acceder al recuerdo, siempre limpiando afanosamente las lágrimas que empezaban a bajar por

sus mejillas, algunas incluso sin haber salido de sus ojos. Y éstos se le ponían tan verdes cuando lloraba, en alguna medida igual a como estaba Bogotá entonces tras la lluvia, verdes y limpios, después de acceder a mundos pasados donde todo parecía haber sido perfecto por un instante, y no más que por un instante, porque desde donde se entablaba esa comunicación ya había talanqueras insalvables, la vida, mi presencia para mi madre, eso real que nos vuelve a poner los pies sobre terreno firme y que no nos deja estallar completamente, a todo lo largo y a todo lo ancho, con o sin respuestas, pero siempre sabiendo que alguien o algo definitivamente se perdió.

Intenté hacer una lista de las veces en que yo mismo había accedido a llantos importantes, por lo que recordé aquella vez, años después de enterrar a mi abuelo paterno, cuando al desayunar junto a mi madre, me vino sin razón aparente un recuerdo tardío de él, un guardado, en palabras de Serapia, razón por la cual me desencajé del todo por cerca de una hora, y mi madre, al no saber qué pasaba por mi mente, arrancó a decirme que estudiar ciertamente era horrible pero que había que hacerlo, e incluso volvió a contarme que ella había pasado por ocho colegios. Cuando finalmente pude hablarle, quedó muda y miró hacia otro lugar, tal cual lo haría yo años después junto a ella en el carro, dándole espacio a ese tipo de lamentos que en el fondo nos llenan de una alegría inconmensurable, pero que en su momento nos niegan la posibilidad del habla. También recordé aquella otra vez en que quedara yo plantado en Bogotá viendo cómo me dejaba la primera muchacha a la que había querido, no porque ella lo decidiera, sino guiada por sus padres, quienes siempre pensé se habían asustado de mis constantes regalos, por lo que después de ir al Dorado a despedirla, tuve que solicitarle a mi padre uno de aquellos abrazos suyos para aliviar mis estertores. Aunque después de esa vez algunas otras muchachas también me dejaron plantado en Bogotá luego de habernos hecho ciertas promesas, con la disculpa de ir a encontrar tales o cuales aventuras que sólo podían ser “fuera de allí”, cosa que después entendí quería decir “fuera de mí”, no recuerdo haber tenido que acudir nuevamente al abrazo de mi padre, no porque me hubiera dejado de importar, sino porque hacía uso de una pretendida dureza fundada en que lo que estaba viviendo eran burdas recreaciones de la primera vez. Al llegar a ese punto no pude seguir con mi lista, encontrándome de frente con que era la primera vez en que se invertían los papeles, siendo yo el que se había ido y Lourdes la que se había quedado. Comprendí entonces cuán sesgada siempre había sido mi percepción en torno a aquellas personas que me habían dejado y, ciertamente también en torno a mis propios padres, quienes, en algunas oportunidades habían hecho maletas y se habían ido muy lejos a buscar su suerte en otros países. Comprendí la posición del que se va, del que tiene la decisión en sus manos. Entonces quise pensar en el silencio de Lourdes como una posible forma de tristeza para darme inciertas esperanzas, ubicarla en ese viejo y distante mundo en que las personas necesitan verse a diario, a ella, una entre muchas mujeres, sujeta a mi presencia, pero algo de sus maneras me hizo saber que pensaba diferente, desde una suerte de indiferencia, según mi aquejada forma de ver la realidad, pero cuya frialdad revelaba la verdadera esperanza, no como la mía, débil, aparatosa, sino una esperanza que partía de la seguridad, sentimiento lejanísimo a mí, únicamente encontrado en aquellos quienes genuinamente creen en las otras personas.

Volví a verla el viernes, tres días después, cuando fue a recoger a su hermana a la escuela de pintura. Cuatro de la tarde pasadas, y todo en ella parecía estar indemne, así como



cuando salimos de viaje un fin de semana y al regreso encontramos incólume la ventana que se nos quedó abierta, o también la toalla que dejamos encima de la cama. Lourdes parecía haber salido directamente de la casa de Clara esa madrugada de martes, sin obstáculos ni tiempos por rellenar, hacia mi escuela de viernes. Se asomó desde la puerta del taller, un galpón de techos altos y paredes manchadas de salpicaduras, como no queriendo perturbar el orden preestablecido, lo que no evitó que yo viera cómo partes rebeldes de su pelo siguieron el cause de su movimiento y después volvieron hacia atrás, como un columpio recién desocupado. Mi primera reacción fue esconder la cara tras el lienzo, cobardía que no duró más de dos segundos porque inmediatamente sentí pánico con la sola idea de que se fuera a dar una vuelta mientras acababa la clase y tal vez conociera a alguien. Después de todo, para mí Lourdes no había vivido esos días intermedios, y tal vez en esos minutos de espera, que ya entrarían a hacer parte de su vida, podrían ocurrirle muchas más cosas que en el resto de su historia pasada. Martes, miércoles y jueves fui a la escuela, aunque mis días de clase sólo fueran los miércoles y los viernes, con la disculpa de que ya casi sería mi viaje, por lo que tenía que dejar todo en orden, disculpa que por lo demás nunca tuve que exponerle a Augusto, el profesor. Pasados esos dos segundos volví a asomar mi cabeza y ella seguía ahí, ya habiendo encontrado entre las soledades de los adultos del salón la roja cabellera de su hermanita. Algo le hizo saber mediante un gesto con la mano, probablemente que la esperaría afuera, y después, cuando su hermana se volteó y siguió haciendo lo suyo, Lourdes dio un rápido vistazo al resto de los alumnos, entre los cuales por supuesto estaba yo, para ese momento totalmente desmarcado de caballetes y lienzos, por lo que detuvo su recorrido y se quedó mirándome, no sería, no alegre, simplemente mirándome, como si yo fuera un desconocido que hubiera llamado su atención. Alcé mi mano, en la que sostenía una espátula, y le hice un cauto saludo sin soltar el utensilio, saludo que ella en principio respondió de la misma forma, o al menos eso pensé en el momento, porque inmediatamente salió del taller, con lo cual eso que yo había entendido como una reciprocidad, se transpuso en un comprimido entre saludo y despedida, algo que en definitiva se escapaba de mi entendimiento, talentos femeninos a los que estaba algo desacostumbrado -desplantes, huidas, persecuciones-, a los que, ciertamente, quería volver a acceder costase lo que costase, aún cuando en ese instante se me antojara cercano a lo imposible.

Vi en la punta de la espátula unas manchas de pintura que parecían representar a mis ojos la cara de una cría de buey, tierna edad de aquel Rey de Babilonia, que acabaría por soportar el arado después de que su cuello fuera oprimido por el curvo yugo. Nada explícita era la figura, por supuesto, en tan reducido espacio, apenas unos trazos desiguales, pero lo que yo había visto era una más de tantas figuraciones que solemos abstraer a nuestro antojo, manchas inexactas que por lo mismo nos remiten a perfecciones pictóricas, escenas primitivas de cacería a partir de crípticas líneas perpendiculares, o alegorías encadenadas de hecatombes esparcidas por muros de cavernas. Aunque la espátula nunca permitiría la precisión del pelo de marta, ésta sin duda se había convertido en mi fiel compañera ya que su limpieza tan sólo consistía en pasarla firmemente por el trapo. Lavar los pinceles, en cambio, así como muchas otras ocupaciones de la vida, era el oficio del después, eso desmesurado que hacemos por dejar las cosas dispuestas para el día siguiente, y así poder empezar de cero los nuevos ensayos, dejar adrede alguna prenda en casa de la mujer que aún no poseemos para poder volver sin poner en riesgo nuestro orgullo. Y en esa, mi fiel espátula, ese día y a esa hora, por gracia de todos los maestros del arte primitivo, aparecía insolente aquel marcado buey de

sangre azul para informarme del tiempo que se iba, mientras Lourdes probablemente ya estaría empujando los troncos hacia la hoguera, en una conversación entre desconocidos, tal como la que yo tuviera con ella en el bar aquella noche pasada. Al ver que la hermana de Lourdes empezaba a limpiar sus enceres, no pude más que mirar fijamente al buey, de tú a tú, y con un logrado movimiento pasé la punta de metal por entre el trazo, dejando al animal entre otras muchas manchas, entre cientos de mensajes cifrados, y una vez colocados ambos implementos en el soporte del caballete, empecé a caminar, dueño de una seguridad que no me competía, casi dispuesto a acabar con vidas de extraños si así fuese necesario, todo por el naciente amor. Primero me dirigí hacia la pequeña Ana, como después supe se llamaba su hermanita, y me cercioré de que tardara al menos diez minutos más en su tarea de limpieza, haciéndole saber que tenía un reguero de pintura sobre su maletita de hilo, tras examinar todas sus cosas. Después me dirigí hacia Augusto, y antes de pedirle que me dejara salir ese día sin limpiar y ordenar mis cosas, éste, un hombre demasiado espigado para mi antojo, desde sus cumbres me dio un golpe en el hombro y me dijo que no lo molestara, que hiciera lo que tuviera que hacer. Buey y Augusto quedaron atrás, traidores, mientras volvía a pasar junto a la pequeña Ana, quien se quedó mirándome como si yo hubiese sido el responsable de su descuido, y ya estando fuera del taller, solo entre dos largos corredores cuyas bocas ambas conducían a cafeterías, tuve que elegir mi siempre problemático lado izquierdo. Haciendo flotar por el aire mi bata de enfermero, untada hasta los botones de códigos de épocas y siglos prehistóricos, caminé más rápido de lo que nunca soñé hacerlo, correr jamás, y al final del pasillo, tras empujar una puerta de vidrio biselado, vi a Lourdes haciendo fila para pagar una botella de agua. Aunque tuve nuevas dudas, seguí mi recorrido sin parar hasta llegar a su espalda, y estando ahí, más cerca de lo conveniente, me tomé un respiro para corresponderle al mundo izquierdo, a todos y cada uno de los escritorios, guitarras y rifles pensados para zurdos, y después de mi corta acción de gracias, la llamé por su nombre, “Lourdes”, con lo cual ella se volteó de inmediato y también pronunció mi nombre, adoptando ese mismo tono grandilocuente que yo había empleado. “¿Quieres algo?”, me dijo después, a lo cual respondí con un silencio de miedo y pensando que quería todo, cosa que ella entendió a la perfección, uno más de mis malentendidos, por lo que puso su botella de agua a la altura de mis ojos diciendo: “¿Algo de tomar?”, y añadiendo a la frase nuevamente mi nombre, pero entonces alargándolo como un acordeón, alargándolo hasta romper ese rígido raptó de valentía que me había custodiado minutos atrás. “Si, si”, dije, y cuando empecé a buscar en las neveras mi botella, dirigió con una mano mi cabeza hacia la suya y volvió a besarme, igual a como lo hiciera donde Clara, para después decirme: “No busques más, yo te doy de la mía”.

**L**e dije a Lourdes que me acompañara al salón para guardar mis materiales, después de que ella bebiera casi toda su botella de agua, mientras pensaba y trataba de revivir en mis adentros una de esas antiguas gestas de arrojado macho en Bogotá, como aquella en que saliendo de la universidad junto a Félix viera yo a esas dos muchachas sentadas en las escaleras de la entrada, una muy blonda y animosa, otra delgada y algo penitente, y entonces escuchara a Félix proferir una de tantas frases suyas sin siquiera haberse percatado de ellas: “Es como si estuviera en una sala de espera sin revistas, o sólo con esos folletos baratos sobre cosas completamente insignificantes como estudios universitarios o divulgación institucional...” Mientras lo escuchaba, ya muy situado en mi arrojado y algo cansado de sus penas, veía a esas dos verdades, la blonda y la penitente, sentadas y hablando, polos opuestos que contienen la eternidad del triunfo y el fracaso, cosa que me hizo pensar en mi amigo y en mí, ellas dos, a la espera de algunos como nosotros, quizá nosotros, por lo que tuve que pedirle a Félix que se adelantara y me esperara un momento donde vendían los cigarrillos para poder dirigirme a ellas. Y sí, ciertamente me acerqué, me les presenté, yo soy tal y cual, les dije que ya las había visto alguna vez en esas mismas escaleras, cosa que las divirtió de entrada porque tanto ellas como yo sabíamos que era falso, pero entonces se rieron y me dijeron sus nombres, por lo que pensé que tal vez les gustaba tenerme en frente, yo, parado ahí, viéndolas desde mis cumbres, desde mis podios, y ellas algo encandiladas con el sol de mañana que se les presentaba en forma de seductor barato, fácilmente asequible, yo, parado ahí, muy con las riendas de una vida que era mía, no de Félix, haciendo reír a dos bellas muchachas. Les di mi dirección y mi teléfono para que me visitaran esa misma noche, donde les dije habría una fiesta, sabiendo de antemano que mis padres no estarían durante el fin de semana. Era viernes y yo aún estudiaba en la universidad, era uno de tantos viernes de conquistas y fracasos almibarados, muy inmerso en esas épocas en que proyectábamos cinco o diez botellas de aguardiente, diez o quince posibilidades al día, de las cuales si se daba una era todo un triunfo, quizá besar a una muchacha no tan fea y a lo mejor ir a la cama, o que una que sí lo fuera nos palpara por debajo de la mesa frente a nuestros amigos, una paja asistida en el recorrido de vuelta a la casa por parte de una compañera gorda y tosca, quizá una felación completa en el húmedo baño de un bar ubicado en los bajos de un taller de mecánica, al que de cualquier forma pocas veces volveríamos. Le entregué el papelito de mi puño y letra a la animosa blonda, quien parecía diferenciarse de las anteriores grotescas posibilidades, no en lo esencial pero al menos en lo concerniente a la belleza física, haciéndole saber además que en mi casa conseguiría libras y kilos de eso que tantas ganas tenía de fumar en la pipa que le tomara prestada a su padre esa mañana antes de salir a clase, una pipa blanca que supuse era de marfil, objeto que había sido el gancho perfecto para que yo pudiera hablarles algo más que lo primario. Ambas rieron y Félix sonrió desde el puesto de cigarrillos cuando me volteé a darle el parte de victoria con mi entroncado pulgar, todos pequeños cómplices en un mundo de arrojados, del que entonces, frente a Lourdes, no parecía haberme despojado del todo. Al haberle pedido que me acompañara al salón para ordenar mis cosas, supuse que resultaría más que obvia la propuesta de hacer algo después, pero entonces, frente a mi Lourdes, aún cuando creía no haberme despojado del todo de ese mundo de arrojado, tampoco fui capaz de ser directo con ella. Aún así, ya me veía Augusto entrar muy dueño de mi vida, muy señor de mis acciones, sin importar que ni siquiera yo

podiera creer del todo en mi casi renovado estado de arrojo. “Vamos”, me dijo, y se paró ofreciéndome la botella con el último trago, haciéndome saber que su hermana ya debía estar lista, a la vez que le hizo un gesto de despedida con la mano al apuesto muchacho que le había vendido el agua, quien respondió con un dañino “adiós, linda”. Pasé el trago amargo con el cuncho de agua y empezamos a deshacer mis pasos de valentía uno a uno, a dejar atrás en el recuerdo a la penitente y a la blonda, quienes sí fueron a mi casa esa noche y fumaron hasta agotar mis existencias, con lo cual volví a sentirme débil, sin cosas que decirle a Lourdes, y entonces pensando qué estrategia utilizaría para congraciarme con la pequeña Ana. Caminamos todo el pasillo sin hablar, escuchando nuestros pasos, los de ella fuertes y los míos carrasposos, rastreros, pies que no terminan de separarse del suelo cuando ya están nuevamente impulsándose. “¿Y ahora van para la casa?”, le pregunté justo antes de entrar al salón, un poco por no dejar en blanco de diálogo nuestro recorrido por el pasillo, a lo cual ella respondió afirmativamente con la cabeza, estando ya dentro del salón. “Muéstrame lo que haces”, dijo después, al ver que su hermana aún limpiaba su maletita, cosa que de plano me inquietó debido a sus posibles reacciones, pensando que de ello pendería el que me propusiera ir con ellas o no, razón por la cual en el camino hacia mi caballete hice una comprimida declaración de autocrítica en términos de “no es nada, son sólo manchones”, y justo cuando iba a decirle que la pintura para mí no eran más que ejercicios de relajación para llegar al blanco absoluto, lo que me parecía estúpido, pero que ante la ausencia de otras palabras iba a terminar por salir de mis labios, como tantas otras cosas que nunca debieron salir tampoco y que por fortuna no alcancé a decir, cortó mi frase con un cansado “ya” que me dejó perplejo y mucho más inquieto, como si hubiera escuchado mi pensamiento, para después sumarle a su expresión un risueño “sólo quiero ver, ¿puedo?”, anexo que volvió a traerme a la vida, hilo de un globo de helio que se nos desliza entre los dedos y que justo cuando lo damos por perdido alguien agarra antes de que vuele. Cuando estuvimos frente a mi lienzo, ella mirando fijamente y yo desviando mis ojos hacia cualquier parte que no fuera el cuadro, noté que algunos de esos compañeros míos, con los que nunca había hablado más allá del saludo, comentaban cosas entre risillas roedoras, como esperando el veredicto final de un viejo pintor de todos los mares quien todo lo sabe y quien nunca se cansará de decir exactamente lo que piensa, por doloroso que suene, de un viejo pintor que no era más que mi Lourdes, acaso rozando los veintitrés años, estudiante de humanidades, como me dijera horas después. “¿Y siempre pintas hidrocefalos?”, examinó Lourdes, quien después sabría yo era hija de médicos, aunque en su momento me dejara desconcertado, después de casi un minuto de análisis, cosa que nadie de los que escuchaba entendió salvo yo, no porque supiera exactamente sobre ese tipo de malformación, sino porque era bastante obvia la exageración del cráneo de mi figura como para no saber que a eso se refería. “Casi siempre, sí”, le respondí, haciendo uso del pequeño cobijo formado por nuestros hombros, después de que pasara su brazo por mi espalda, mientras empezaba a disiparse el insolente cuchicheo de mis intrusos compañeros, entre los cuales quise que también hubieran estado Félix y por supuesto el espigado Augusto.

Media hora después estaríamos Ana, Lourdes y yo frente a la empleada de una heladería, Ana y yo escogiendo un helado para ella, mientras Lourdes guardaba algo de distancia, quizá verificando desde su intuición que todo resultara amigable entre nosotros. Le tomó mucho tiempo la elección a Ana, una vez que yo desistí de mi empresa de ayudarle, primero pidiendo pruebas pequeñas de casi todos los sabores, y después se encontró enmudecida, realmente haciendo un esfuerzo por decidirse, ya no pudiendo hacer rendir el

tiempo frente a una heladería, ritual que concluí podría repetir las veces que fuera necesario. Lourdes en cambio esquivaba la mirada de los pots de helado, como haciéndose creer que no le importaban, aunque le importaban tanto o más que a Ana. Entonces por vez primera supe que Lourdes era una muchacha con miedos, o con uno al menos: le temía al helado tanto como yo a ella, es decir, con el deseo entremezclado, queriendo probar pero esquivando el gusto. “Caramelo con dulce de leche”, le dijo finalmente Ana a la joven que atendía, sintiendo el peso de haber dejado por fuera de su cono el chocolate belga, decisión ante la cual pude ver en Lourdes un principio de envidia debido a que probablemente eran sabores que ella misma le había revelado a su hermana a lo largo de una vida llena de paseos familiares y helados de tarde.

Pagué rápidamente, antes que Lourdes, con lo cual me dijo que más tarde ella me invitaría a algo, dándome un ligero indicio de que ocurriría un más tarde sin su hermana, lo que Ana entendió a la perfección, seguramente acostumbrada a ser despachada por su hermana mayor cada vez que a ésta se le antojara, reiterándole la innegable diferencia de edades, diez años tal vez, como único argumento del cual no se podría librar. Dicho eso, nos dirigimos hacia un parque que estaba al otro lado de la calle, donde había perros de diferentes razas corriendo en manada tras los señuelos que sus dueños tácitamente se turnaran en lanzar, entre los que había un diminuto Yorkshire terrier, el cual siempre se rezagaba del grupo de dálmatas, labradores y algunos otros a los que no pude atribuir razas concretas, Yorkshire del cual apenas si se volvía a tener noticia cuando se esclarecía la polvareda de las reiteradas estampidas. Seducida por el juego, Ana le exigió a Lourdes que nos sentáramos donde pudiéramos dominar a la perfección las diferentes estaciones de lanzamiento de señuelos, banca que estaba justo en el medio de ese improvisado diamante de béisbol, al que seguramente arribaría la jauría en más de un lance. Aunque los dálmatas corrían más que el resto y llegaban al objetivo con algunos metros de distancia, siempre perdían el señuelo en el último segundo al seguir de largo por el exceso de velocidad, dejando libre el podio de los ganadores a los odiosos labradores, siempre muy dados al trabajo en equipo, con lo cual después de la carrera daban lo que sería una vuelta de reconocimiento a la pista llevando entre todos el palo hacia el amo más cercano, encontrándose en el camino con el despelucado Yorkshire, el cual daba saltitos cortos para colgarse del señuelo sin que los demás perros llegaran a enterarse. Al igual que a Ana, el cuadro completo divertía a Lourdes: las ínfulas de mastín del insignificante terrier, su inagotable alevosía, esos ladridos pretendidamente tetricos que emitía cada vez que se reincorporaba después de ser pisoteado por los otros como si nada le hubiera pasado, como si él mismo hubiera tropezado y su carrera hubiera terminado parcialmente por una falla ajena a sus capacidades. Reían juntas entonces, acortando por momentos su diferencia de edades, a tan sólo un paso de empezar a compartir el helado de Ana, mientras yo me lamentaba por el estado del perrito, increpando en silencio el descuido de su dueño, sintiendo como propios esos azotes que acabarían por fracturar sus costillas, las cuales no debían ser mucho más firmes que el hueso de la risa de un pollo.

Estuvimos sentados en la banca hasta un tiempo después de que los perros cesaran de jugar en manada, algunos llamados al orden por sus dueños, y otros, los dálmata, dispersos en correteos solitarios, atormentados dentro de su torpe locura. Ana, quien estaba sentada en medio de nosotros, terminaba su cono, leyendo a la vez las sentencias del horóscopo que encontró en las últimas páginas de una revista que alguien dejara en el suelo y que ella misma

había recogido demasiado tarde para lanzársela a los perros. “Alguien del pasado...”, leía, sabiendo de antemano el signo de su hermana y dándome la espalda, mientras yo hacía un esfuerzo por no creer lo que escuchaba, pero creyéndolo todo palabra por palabra, “alguien del pasado”, su amigo de toda la vida, ese con quien creció a dos cuadras de distancia, con quien se dio los primeros besos. “Alguien del pasado”, pasado sin mí, su risa por las caídas del pequeño Yorkie, su abuelo, todo peligroso, tejido del cual yo no hacía parte, y del que saldría catapultado en pocos días tanto si se me daba el filón como si no, de cualquier forma, debido a mi pronto viaje.

Aún cuando yo me figuraba que había saldado buena parte de mi etérea deuda para con Ana a través del helado, no por haberlo pagado, claro está, sino por haberme ofrecido a ayudarle a escogerlo, actitud que seguramente empeoró todo debido a que era una niña, y a las niñas no se les ayuda a hacer algo tan deleitable como escoger sabores, sobre todo si son de helados, torpe de mí, supe que a la pequeña hermana de Lourdes le molestaba mi presencia en exceso, no sólo por ser uno más de esos adultos a los que tenía que soportar en la clase, sino por algo que iba más allá de su accidente de pinturas, más allá de estar perturbando su momento junto a Lourdes, cuando ésta cerró la revista sin preguntarme mi signo, después de leer el de Lourdes y el suyo, para después lanzarla al mismo sitio donde la había encontrado. Hablaron sobre lo que harían esa noche, eso que Lourdes le había prometido hacía unos días, ir a cine, promesa que empezaba a diluirse debido a mi intrusa presencia por medio de algunas justificaciones de Lourdes, argumentando que antes ya había quedado de salir conmigo, cosa que en principio pensé era falsa, pero que después supe era real, no que hubiera hablado conmigo, como de hecho no había sucedido, sino que hubiera quedado consigo misma de estar conmigo, ella, beldad que escoge a su adorador de turno. Les dije que por mí no había problema, que podían hacer lo que habían acordado, cuando Ana, ya bastante contrariada se paró de la banca y le preguntó a su hermana si yo era su nuevo novio.

Sudé apaciblemente, hundido en el silencio que se produjo entre los tres, ya no nervioso, como siempre, ya no agobiado, ya no haciendo esfuerzos por hacer entrega de una frase que salvara el momento, sudé apaciblemente ahí sentado y sin moverme, viendo cómo Lourdes trataba de guardar la calma mientras su hermana se resarcía escuchando mil veces el eco de su pregunta; destilé, y los goterones bajaron sin encontrar obstáculos por mi espalda hasta llegar a mi cintura, como si no tuviera camisa, gotas enteras e incorruptas que tan sólo dejan el rastro necesario para seguir de largo ante la ausencia de rozamiento, todo muy húmedo aunque articulado, así como la piedra que descansa impertérrita junto a la cascada por décadas y no se moja, hilos de sudor que siguen un orden dentro del caos, lágrimas que esperan su turno en el talud de los lagrimales. Vi a la pequeña Ana tambaleándose por intentar contener su risa frente a nosotros, risa que por momentos sospeché se debía a mi sudor, lo que no llegó a importarme dentro de esa nueva e insospechada apacibilidad, tapándose la boca con la mano en que tenía el helado, actitud que me produjo algo de repugnancia al ver cómo untaba su nariz y después empujaba el residuo a su boca con su larga y puntiaguda lengua, sosteniéndose sólo con un pie y después con el otro, pero a la vez esperando una respuesta, lo que le producía un atisbo de nerviosismo mezclado de rubor, todas maromas de niña que llegarían a su fin en el momento en que su hermana le pusiera término a su pregunta con un imprevisto “sí, es mi novio, ¿te gusta?”, a lo cual no pudo responder, no sólo por haberse atragantado con la galleta del cucurucho, sino porque tal vez, en efecto, gustaba de mí tanto

como gustaba de los sabores que su hermana le incubara.

Entonces fueron cascadas, mares, ríos, embalses abiertos, todo eso que bajara por mi espalda ante la ocurrencia de Lourdes, humedad que, aunque fuera un caso diametralmente opuesto, me remitió al día en que Rosa me presentara como novio suyo frente a una de sus primas, cuando hacíamos fila para entrar a una película. Sin previo aviso, sería uno de tantos raptos suyos, quizá proveniente de ese terreno femenino del cual yo creía erróneamente la había sustraído, a razón de nuestras primeras jornadas de bicicleta, en donde éramos amigos que se insultan, que se hacen zancadillas con los radios de las llantas, y también, más adelante, en nuestras tardes de disparo con escopetas de aire, cuando ella misma fuera quien asestara descargas dolorosas de balines sobre mis blandos glúteos. Aunque era frecuente que ella exagerara historias, partiendo de la realidad rumbo a viajes insondables de los que ciertamente a mí me resultaba difícil dar fe, Rosa no se intimidaba por ningún motivo ante cierto público, más bien se acrecentaba, proceder que la mayoría de los adultos, entre los que se incluían mis padres, sabían celebrarle en esos días en que era poco lo que teníamos para contarle al mundo, no como más adelante, cuando el tiempo nos orlara de episodios, nos gustaran o no. Sin embargo ese día todo ocurriría diferente, y aunque antes, en muchas ocasiones yo mismo también fuera de los que celebraran sus ocurrencias, quise no volver a saber de ella por algunos días, porque su imaginación, eso que tanto me había hecho carcajear en otras ocasiones, en ese caso había partido del vacío, al menos por parte mía, y como después supe, también por parte de ella. Y es que ese viaje corto en el que yo había resultado ser su novio, esa inesperada ocurrencia, su imaginario, de repente se tornó en contra mío, debido a que era la primera vez que veía a su prima, y tal vez también la primera en que creí ser víctima de lo que después yo mismo llamaría ridículamente amor a primera vista. Su prima, quien era tres o cuatro años mayor que nosotros, fue una de esas primeras muchachas con las que crucé miradas diferentes a las habituales, casi siempre de repudio, debido a que en el colegio la mayoría de las muchachas fueran atterradoramente contrahechas, cosa que me mantuvo alejado de todo aquello por algunos años. Aunque en su momento no supe clasificarlas, sin duda las miradas de la prima de Rosa responderían a un nuevo orden, a otros impulsos, y entonces, frente a Ana y junto a Lourdes, todo aquello que en su momento pareció ser tan sólo un bocado dentro de un banquete de desordenes, de ultrajes, casi podía verlo como una ajustada sinfonía donde las primeras apariciones de los violines, el que yo fuera novio de Rosa, irían después acoplándose al resto de la orquesta. Paradójicamente, el viaje corto de Rosa había hecho que su prima se fijara más en mí que si no lo hubiera emprendido, efecto que ese día no supe valorar, pero que mucho tiempo después, supe era una más dentro de la infinidad de tácticas que las mujeres nos aplican, una más dentro de la sinrazón que nos termina dando frutos. Rosa sería el vehículo más no la fuente de energía, y sus frases sueltas, sus discursos insondables, aún cuando no hubieran sido pensados para mi beneficio, sin duda me lo habían proporcionado. Por segunda vez sorpresivamente sería novio de una mujer sin previo aviso, todo para meter en cintura a terceros, a la pequeña e irreverente Ana, o a aquella pecosa y bella prima, con quien, por lo demás, a la postre no resultara nada mucho más allá de las miradas, miradas que en su momento lo fueron todo. No por eso pensé que Lourdes querría más de mí, pero algo, ese no sé qué de mi madre, me daba una suerte de esperanza, en medio de los charcos y mares, en medio de las represas abiertas. Nos paramos de la banca sin razonarlo, acto reflejo, y empezamos a caminar rumbo a la casa de ellas. Muy lejos, entre los árboles, seguía dando saltitos de jactancia aquel resistente Yorkshire terrier,

por lo que pensé regalarle uno a mi madre tan pronto llegara a Bogotá, o en algún otro momento de la vida, para que fuera su guardián moscovita, centinela de sus huertos, para que le durara mucho, ojalá toda la vida.

Ana empujó la puerta del edificio sin despedirse de mí, lo que no me sorprendió, y antes de dar el portazo reglamentario para subir a la casa, se volteó y me dedicó una última mirada al tiempo que acariciaba y pasaba por su boca uno de sus rojos mechones, como haciéndome saber que algún día crecería lo suficiente. Aunque traté de evitarlo, no pude más que pensar en sus siguientes años, en los escombros que yacerían a lado y lado de su edad media, en las salpicaduras de carmín que marcarían por siempre los rostros y pechos de muchachos incautos y enamoradizos, quienes, sin duda, pasarían por su rejón y bajarían la cabeza, pensé en la tiniebla de ese cuerpo que sin remedio crecería en formas, curvaturas, en risas engañosas, guiños, en maneras. Pero entonces Lourdes: solos finalmente junto a la entrada de su edificio, sentados sobre un muro viendo pasar a la gente, posiblemente a sus padres, o a tantas otras personas que ella seguramente reconocía y a quienes no se molestaba en saludar. Me ofreció un cigarrillo y fumamos, y entonces vi por primera vez cómo construía esos aros, sus aros, cómo conseguía hacerlos pasar uno dentro de otro, sin esfuerzos, uno dentro de otro, como su vida dentro de la mía, como mi próximo viaje dentro de eso íntimo que apenas si estaba presente, nuestros cuerpos chocando, pataditas de zapatos y cordones enredados. Tan cerca estaba de mí, ella muy plácida, quise pensar, y muy callada, no con pensamientos encontrados sino simplemente en reposo, tan cerca como aquella tarde en el tren de vuelta de la playa, pero entonces tan a mi lado y sin obstáculos, su cuello frente a mis ojos, ese remolino de pelusa que se engendraba bajo su oreja, todo aquello diseñado para mis ojos, y sólo para mí, su respiración lenta, territorio de un silencio jamás visitado, jamás pensado siquiera. Le dije que ya era tarde en cuanto acercó mi brazo hacia su cara para mirar mi reloj, tratando de adelantarme a lo que vendría después, lo que pensé sería una disculpa, quizá seguida de una caricia o de un beso en el mejor de los casos, y así abonar el terreno para dejarme solo en la puerta de todo lo suyo, pasmado y sin fuerzas; y es que ahí estaba yo otra vez, ese que se adelanta torpemente cuando no es preciso, ese que yerra y suda para después intuir, cuando ya no es tiempo, que existen posibilidades, una luz, y hasta el inicio de una vida. “¿Tarde para qué?”, respondió, con lo cual quedé descolocado, y entonces supe que mi tiempo de hacer una propuesta había llegado, eso que ella debía estar esperando desde que su hermana entrara a la casa, y que yo había asumido como mera placidez, casi ahogándome en las revueltas aguas de mis mares de ignorancia. “¿Qué quieres hacer?”, le pregunté después de unos segundos ante mi propia ausencia de iniciativa, no sin dejar de sentirme más mediocre que nunca, amo y señor de latifundios de insuficiencia, razón por la cual volteó su cara y me miró con cierta lástima, o más bien con la piedad de la beldad que era, miró muy adentro entre mis ojos y, como sus aros de humo, atravesó córneas, pupilas, iris y retinas, todo aquello con sus ojos, a manera de preámbulo perfecto para lo que dijo luego: “Quiero conocer tu casa, ¿podemos ir ahora?”

Días después, ya habiendo acariciado las orillas de los miles de kilómetros de ausencia que me separaban de Lourdes, casi llegábamos a la Avenida Chile junto a mi madre, y eso, el tiempo, tener tiempo para alguien, echar un vistazo atrás desde los sesenta o más años, desde donde acaso se comprende la gran sinfonía ordenada que primero irrumpe con violines y después con otras cuerdas y vientos, resultaba tan lejano e ilusorio, debido a que yo no era



más que el inexperto de siempre a quien le resultaba irritante aceptar que cuando estamos de viaje y la meta o el origen empiezan a alejarse, es cuando nos damos cuenta de que la meta, el origen y el trayecto son todos uno solo, y el mismo viaje. Todo eso turbio empezaba a filtrarse en mis ideas de la mano de un incipiente dolor de cabeza, motivo por el cual, y ya cansado por las muchas horas de vuelo y por el recorrido hacia la casa, le dije a mi madre que iba a cerrar los ojos un minuto no para dormir sino para descansar de tantas luces. “Duérmete hasta la casa”, dijo recreando en palabras toda mi infancia, y después se estiró hacia mi lado para mostrarme cómo podía reclinar la silla, palanca que aunque yo conocía a la perfección dejé que ella misma fuera quien la accionara. Entonces sentí su brazo sobre mis piernas, envuelto en el suéter verde que tenía ese día, suéter que nunca me gustó y que antes fuera mío pero que ella insistiera en seguir usando. “Es increíble que todavía te lo pongas”, aseveré mientras estiraba un hilo suelto de la manga, a la vez que le daba un último vistazo a su cara antes de cerrar los ojos. No dijo nada, supuse que para dejarme dormir, con lo cual bajé los párpados y estiré las piernas, y aunque las luces de los carros de adelante teñían mi visión de formas y manchones poco interpretables, por mero azar recordé la promesa que me hiciera yo mismo de regalarle un perrito de aquellos que había visto en el parque donde la pequeña Ana comiera su helado esa tarde. Por efecto de los frenos de adelante, ya imbuido en la idea del regalo, casi pude ver los brincos del diminuto Yorkshire terrier entre los otros perros, apareciendo y desapareciendo, según el tránsito, pero entonces se me presentó como un pequeño diablo peludo y omnipresente, irascible y jactancioso como antes en el parque, el cual volví a pensar sería el perfecto acompañante de mi madre, su protector, su aliado en altercados automovilísticos. “Te voy a regalar un perro que parece una rata peluda, madre”, le dije desde mi sanguíneo paisaje, ofrecimiento que ella muy pronto me hizo saber cuán poco la seducía: “Si son de los que pienso que son: no gracias”.

Obvié su respuesta, usuario de los albores de mi descanso, sabiendo que le regalaría el perro lo quisiera o no, mientras jugaba con el hilo de su suéter verde, el cual sin darme cuenta había terminado por arrancar. Desvié mi mirada al techo para limpiarme de los destellos, y allí encontré a Rosa y a Félix, en medio de ese inacabado negror, punteados de las réplicas que se suspenden en la vista justo después de que percibimos algo luminoso. Vi cómo Rosa le entregaba a Félix un testimonio de carrera de postas tras haber corrido más de dos pistas atléticas, y cómo Félix lo recibía y se quedaba sentado detallándolo, supuse que porque nunca había tenido uno en sus manos. Evocándolos no muy complacidos uno con otro, recordé las veces en que fuéramos Rosa y yo a su café favorito, lugar donde yo pidiera cervezas para ambos y acabara tomándome la mitad de su segundo vaso. Casi pude reproducir charlas nuestras en que ella me contara minucias sobre tal muchacho, descripciones físicas pormenorizadas y también asuntos relacionados al trabajo que éste hiciera, dejando de lado, punto con el que nunca estuve de acuerdo, el importante hecho de que Rosa por regla no tendría tiempo en su agenda para ellos, a pesar de que algunos le gustaran. Yo le aconsejaba que se quedara con tal o cual, o con más de uno, que le convendría tener a alguien, idea con la que ella no solía estar de acuerdo, siempre bajo la argucia de que eso quitaría tiempo a su oficio. Después del rato pactado, subiríamos a su carro con un buen sabor de amistad, siempre contando todos los años que nos unían, uno a uno, desde la era de la bicicleta, ella satisfecha de sus conclusiones y yo sediento de más cerveza, razón por la cual me dejaría caer en brazos de Félix, quien por lo general estaría esperándome en la puerta de la licorera, ya algo intranquilo, inmerso en la duda de si comprar media botella de aguardiente o una entera, duda

que siempre encontraba su resolución en la primera alternativa.

Rosa también por regla se bajaba del carro y saludaba a Félix con un cálido abrazo correspondido haciendo sonar su llavero, y entre risas daban por sentada la transacción. “Hasta acá llego yo”, diría Rosa, frase a la que Félix debía responder con un apenado “yo hace rato que no llego”. Imperecedero como Rosa y eterno como Félix: estados de ánimo y de vida por los que transitaba yo cuando se entregaban el testimonio de mano en mano, ese día junto a mi madre en el carro, todo bajo la caricia de la remembranza, pero también cuando ocurría realmente. La agitación y el descanso mutaban en mí en un instante, la mayoría de las veces preguntándome si esa manera de tamizar un estado para llegar a otro, sólo por el hecho de estar con dos personas antagónicas, era una prueba fehaciente de mi falta de carácter, o si, de otro lado, respondía más a un anhelo porque el mundo, las amistades, fluyeran con la tranquilidad adecuada, casi sin obstáculos, estado que se filtraba por un cedazo, dando por resultado en el piso un arrume depurado, disposición de vivir fuera del tiempo, en la eternidad, y no en lo imperecedero, longevo como el tiempo, sí, pero enmarcado dentro del mismo. La seguridad de Rosa y la flaqueza de Félix eran la prueba máxima de mi medianía, de mis linderos mal tapiados, donde establecer márgenes, arrastrar límites de margen situados en las reglas, resultaba más como un azar que como un proyecto, más como una obligación inherente, supervivencia si se quiere, que como una decisión, o en definitiva algo que el carácter hubiese dictado. Caía en brazos del buen Félix, quien solía no estar de acuerdo con la idea de beber desde su sobriedad, pero quien cedería al momento, dándose explicaciones a sí mismo, como aquella en que argüiría no querer morir en la calle sin antes haber bebido. “Mucho dolor morir a palo seco”, se diría en voz baja. Y entonces Rosa arrancaba, no sin dar uno o dos pitidos desde la cuadra siguiente, sacando una mano para despedirse y mirando la hora en la otra, ya algunos minutos tarde para su siguiente compromiso. “Se fue otra vez”, diríamos en coro, “se fue a hacer todo eso que hace”, ambos sabiendo que de haber cuerdas salvadoras de parte de Rosa, amarradas a su gran fama, a su gran vida, serían para mí y nada más que para mí, idea que reafirmaba la eternidad de Félix, su displicencia hacia el porvenir.

Una de aquellas noches Félix y yo habíamos sido invitados a cualquier evento que significaba beber algo más, y juntos dentro de su carro detenido, a una cuadra del lugar, hacíamos de las tapas de las botellas copitas de aguardiente, fumábamos cigarrillos de valentía, excepcionalmente autorizados en su carro porque era un momento complejo, en palabras suyas. “¿Habría algo?”, flotaba en pensamientos, mientras le hacíamos el ritual correspondiente de silencio a esos únicos cigarrillos consumidos dentro de su carro delicado y propenso a las quemaduras. “No creo que haya nada”, respondía Félix a los pensamientos de ambos, con lo cual yo corroboraba eso bello, su pesimismo, su poca confianza por el devenir, eso en lo que yo también me sumergía como el residuo del cedazo que era, buscando una frase aún más desoladora: “Y si hay, no es para nosotros”, decir que en realidad no compartía, de hecho pensaba que en cualquier sitio estaría esperándome un nuevo amor, pero decir que sin duda, interés muy mío, haría fluir nuestra empatía, de la misma forma mediana en que la enumeración de todos los años junto a Rosa haría fluir nuestra amistad.

Terminados los cigarrillos bajamos del carro, Félix con paso lento y subiendo sus brazos para oxigenarse, quizá examinando aún poder alzar su desmesurado abrigo azul de marinero. Félix respiraba muy hondo entre escuetas arcadas mientras yo lo azuzaba para que

reagrupara fuerzas, explicándole que la cosa se pondría aún más compleja. “Lo peor que puede pasarnos es pasarla bien”, retumbaba en mi cabeza como única razón para seguir caminando, máxima que no quise pronunciar cuidando que Félix no se devolviera al carro, prendiera el motor y se fuera, como sí lo haría horas después junto a mí tras haber entrado a la casa de alguien que nunca supimos quién era, después de haber saludado a uno que otro conocido, algunas charlas, otros tragos, buscar lugares libres dónde poder sentarse, descubrir las reservas de hielo, y todo aquel deambular que constituían las horas de espera y trabajo, cuyo único fin radicaba en encontrar cielos artificiosos habitados por mujeres bellas y comprensivas, mujeres de una sola pieza dispuestas a invitarnos, a devolvernos llamadas, dispuestas a quedarse con las manos vacías luego de apostarle al evento de tenernos junto a ellas. Esa noche buscamos el artificio por más de tres horas, tan sólo desplazándonos del primer rincón que encontramos libre por turnos para rellenar los vasos, esquina desde donde Félix alcanzó a enumerar por lo menos diez muchachas quienes según su teoría se abstendrían de hablarme para evitar verse en la obligación de saludarlo a él. “Otra...”, decía cada vez que una de ellas pasaba por en frente de sus atentos y serenos ojos, cada vez más apagados, claro, pero siempre dispuestos al análisis y a la muda calificación subsiguiente. “Es que lo huelo...”, seguía Félix, haciendo uso de su desarraigo temporal, humedeciéndose las orejas con la parte externa de su trago, develándole al mundo y a mí lo poco que le interesaba estar en ese sitio y a la vez lo poco que le interesaba irse. “Entonces vamos”, decía yo ingenuamente, a lo que él respondía “un ratito más”, no sin dejar de saborear su búsqueda imposible, esa que muy a su pesar terminaría tiempo después por depararle recompensas impensadas aquel día en que encontrara a su querida, quien a la postre se convertiría en la mujer que él quisiera, sí, la de su querer, pero quien para mí nunca dejaría de ser su querida, no en el sentido estricto, pues ella no era una de esas mujeres fáciles, sino en el sentido sensiblero que yo ejerciera sobre mi amigo, ánimo que nos lleva a tildar a las personas de una forma u otra para explicar lo inexplicable de la antipatía que nos profesan, no porque realmente sean personas dañinas o despreciables, sino porque a veces vamos guiados por un espíritu de lealtad que lo impregna todo, terapeuta que se involucra con la vida de su paciente, entonces amigo, todas aquellas, actitudes que en especial Félix poco consintiera, pero que para mí resultaban irreprimibles. “Tal vez ella consiga a alguien mejor”, decía cuando yo trataba de hacerle ver cuán espeluznante resultaba su situación a mis ojos, frase que tan sólo era el principio de un lamento muchísimo más hondo mediante el cual me daba a conocer las improbabilidades del amor como ente, lo difícil que sería sostener algo tan inasible, eximiéndola a ella de cualquier culpa “ella hace lo que tiene que hacer”, mientras aligeraba sobre sus hombros la inmensidad de su lastre: “Yo no nací para esto, y a lo mejor para nada. Aunque algo me dice que tal vez una bella actriz podría aliviarme”. Lo eterno de Félix, la meta más lejana, y su lento conducir de carro, así serían los momentos siguientes y al final de una noche de aquellas.

Cuando abrí los ojos estábamos al lado de la licorera de la calle 76. “¿Quieres algo de tomar, madre?”, pregunté mientras señalaba con un dedo a mi derecha. “¿Tu quieres?”, dijo, a lo cual asentí desde mis lejanos sueños de postas y noches junto a Félix, sabiendo que no vendría bien el alcohol para mí esa noche. Bajé del carro, y con lo que había sobrado de la panadería compré una lata de cerveza. Le di a probar a mi madre, quien tuvo que aceptar cuán refrescante penetraba el líquido en el cuerpo, aún cuando sólo tomaba cerveza con hielo y limón servida en vaso.

Y estando ahí, al lado de la licorera, tuve una concepción aún más clara sobre lo que significaban Rosa y Félix para mi vida: ella un anzuelo con el que yo podía encontrar alimento del ayer más lejano, y él uno más corto y rudimentario con el que agarrar lo del día; vi cómo la amistad podía ser un satélite riguroso que nos acompaña y cómo también podía ser eso que nosotros custodiamos con la misma precisión. Y ahí, frente a todo lo que había ensoñado durante mi ausencia, también pude comprender que ambos cupieran en Bogotá porque encajaban perfectamente en el escenario que yo estaba construyendo mientras miraba la puerta del local y todas las botellas en la vitrina. Vi a Rosa imperecedera y a Félix eterno una vez más, pero entonces como dos posibilidades reales fundidas en un mismo escenario, respirando el mismo aire de esa parte de la ciudad, a veces neblinoso y de calles mojadas que huelen a los frutos caídos de los árboles después de ser triturados por los carros. Y ese olor húmedo y un tanto ácido, para ellos dos era el aderezo de siempre de un día como cualquiera de los que tuvimos allí, en ese lugar, mientras que para mí era la prueba reina de lo imperecedero de la memoria, dentro del tiempo, el olor de esos frutos que podía reconocer, en comunión con lo eterno, lo que no se enmarca en sucesos, el olor en sí mismo, no ese que entonces percibía junto a aquella licorera, sino el olor que representaba la promesa de ese lugar donde ellos dos encajaban así de bien, y donde yo quizá para entonces no, impronta de una duda innecesaria.

“¿Puedo arrancar?”, preguntó mi madre sabiendo que algo me retenía ahí, el mismo impulso que a veces en cambio me había obligado a salir de la casa después de estar juntos toda la noche mis padres y yo, tras haber visto y comentado algunos programas de televisión, ambos ya en pijama esperando a ver quién sería el primero de los tres en ir a dormir. Arrancamos, y nuevamente sobre la Séptima mi madre me preguntó si estaba pensando en volver a ver a Lourdes, “a tu amiga”, siempre muy cautelosa sobre esos terrenos, y ante tamaña pregunta no pude responder nada con palabras pero sí con una mirada de incompreensión absoluta hacia a mi suerte, respuesta que ella entendió desde su paralelo, captando la inocultable amplitud que seguía enmarcando los extremos de nuestras líneas, ella sedentaria, agricultora, y yo al final de otro falso comienzo de mi vida.

A

ntes de entrar a mi casa compramos cerveza y algo de comer. No tenía por qué preguntarme si volvería a verla: la tenía junto a mí, masticando contenta mientras caminábamos a la misma velocidad, mientras sentía cómo partes de mi cuerpo agradecían en silencio ese hallazgo, su lento movimiento de mandíbulas, sus maneras, muy estudiadas, claro, al igual que las mías, pero entonces de Lourdes. Abrí la puerta y ahí estaba mi casa ordenada después de haberla limpiado esa mañana, pretensión de ser quien no se es, tan sólo guiada por la remota posibilidad de presenciar lo imposible, eso que estaba pasando: abrió una de las dos ventanas, por donde se asomó y contestó el saludo de alguien que vio en un balcón cercano, evento que me hizo pensar en las muchas veces que yo me había encontrado con vecinos al asomarme por esa misma ventana, y cómo nunca me había cruzado un gesto con ninguno, mucho menos un saludo. Tal vez la única vez que tuve comunicación con alguien a través de esas ventanas fue con dos de los obreros contratados para limpiar la fachada del edificio, y eso porque me pidieron un cuchillo para cortar una botella de plástico. Algo obvio hablamos acerca del peligro de los andamios, ellos muy elocuentes, todas sus herramientas intachablemente ubicadas en sus cinturones: “gracias” y “adiós”. Se quedó un tiempo recostada ahí, y aunque no siguió hablando con su nuevo amigo parecía estar tranquila con su silencio. Era la hora en que la gente empezaba a llegar a sus casas, muchas luces prendidas, cuando sabemos qué cocina el vecino, y por ende en qué ánimo está. Le entregué su botella de cerveza mientras yo le daba un sorbo a la mía, gesto que la hizo reír mientras buscaba un vaso, para después decirme que brindaríamos con la siguiente, que con esa yo ya me había adelantado. Normalmente habría corrido a limpiar un vaso, dos vasos, también para mí, pero entonces sólo pude permanecer junto al marco de la ventana viéndola inspeccionar las cosas de mi casa. Discernía entre las gavetas con cierta precisión aunque sus movimientos fueran desmayados, como no queriendo encontrar lo que buscaba, tal vez para equivocarse y saber más, quise pensar, cuando al primer intento encontró un vaso. Tuve mucha confusión a la hora de escoger música, tanta que decidí no hacerlo después de unos minutos frente a los discos. Todos eran residuo de otros tiempos que ni siquiera a lo sumo lograban entristecerme. “No sé qué poner”, le dije, y ella entendió, acaso porque también le acudiera una duda semejante a la desidia, escoger música, por lo que se acercó y sin mirar sacó un disco. “Pon este”, dijo, pero automáticamente lo dejó a un lado y sacó otro. “Tal vez este sí”, corrigió con cara de no saber qué era, poniendo en mis manos tal vez el único disco que tenía repetido, Aquellas lindas melodías, porque ambos padres míos me lo habían regalado. Si estuve o no de acuerdo con esa su elección fue irrelevante: supuse que había que permitirle a ese incierto azar, único gobierno de mi naciente unión con Lourdes, seguir obrando. “Aquellas lindas melodías”, leyó ella con cierto tono lento y vocalizado en exceso, quizá recordando su cercana adolescencia, cuando destinara tonos maliciosos a remedos de nombres de almacenes, a barrios enteros, o a frases de sus padres en reuniones de adultos. Estábamos acurrucados junto al equipo de sonido mientras empezaba a sonar la música, haciendo uso tal vez del único momento de silencio honrado, ella abriendo mucho sus ojos como si así fuera a escuchar mejor, y yo turbado por el azar, su azar, pendiente de su reacción. “Parece bien -dijo después de levantarse- me recuerda algo...”, y en seguida, después de cerrar la gaveta de donde había sacado el vaso, me preguntó si podía ver el resto de la casa. “Veámosla”, respondí mientras

me le acercaba, lo cual no conseguí hacer antes de que ella emprendiera su recorrido hacia mi cuarto, dándole un somero vistazo al baño por el camino. Al entrar la encontré mirando hacia todas las direcciones, deteniendo sus ojos sobre cosas que no pude distinguir, a la vez que arrugaba con una mano la que unos minutos después supe era una camisa de gasa y algodón, camisa que no resistí dejar de tocar en ese minuto, queriéndola tocar a ella y no permitiéndomelo. Le pregunté de qué estaba hecha la camisa buscando esquivar lo decible, a lo cual respondió segura, para después añadir: “y este es de lino”, arrugando también su pantalón. Así con dificultad una costura, luego de que se me resbalara de los dedos un par de veces la tela, sintiendo, o tal vez creyendo palpar por un instante una mínima parte de su cuerpo. Atrás sonaba la gangosa voz del cantante, contrapunto de los bajos, atrás, afuera, desde donde la música siempre se me antojara deliciosa, quizá porque así las voces no habrían de mezclarse con la melodía, las explicaciones de Lourdes con la añoranza de Portabales, y mis propios pensamientos con la tersura de su piel celada. Siempre había demeritado la textura del lino y también de la gasa, material de enfermería, hasta que estuve desabotonando el pantalón de Lourdes, situados en la cama a placer suyo. Entonces comprendí la forma en que descollaba el lino sobre su abdomen, no superponiéndose, no siquiera tocándose, piel y lino, y entre los dos una franja negra, todo cuanto podía maravillarme. Liberado el último botón de su ojal ella dijo que haría el resto. Algo parecía indicar que cosas nuevas ocurrían en aquella mi vida desde que entráramos a mi cuarto: renovados quince minutos en los que ella tardaría en desvestirnos, significarían el comienzo de un proceso si bien licencioso también portador de un evidente desconocimiento. Mientras nos dábamos besos, vi a un lado de la cama su ropa y la mía, dos nichos compactos y desiguales tocando la puerta del armario, lo que me hizo pensar mientras también nos tocábamos, cuán vergonzoso y necesario resultaba desnudarse. Para obligarnos a no mirar eso que palpábamos con deslizamientos de manos, nos dábamos besos, ya en ese punto en que éstos se nos antojan en cierto modo aburridos pero también prometedores. Entonces empezó a hablarme, a preguntarme cómo me gustaba hacer todo aquello sin esperar respuestas, llevándolo a cabo sin más, y yo acostado extendiéndole en silencio mi más humilde gratitud al azar, a Lourdes, ella en su diálogo continuo, susurros que apenas detenía para volver a mi boca entrecortadamente y con los que no dejaba caer su ritmo, ese que entonces por oleadas cortas también fuera el mío, algo en esencia tan desconocido a mi saber como lo fuera el movimiento de sus mandíbulas antes de entrar a mi casa. Después de un tiempo todo se hizo precipitado, las distancias entre los abordajes más marcadas, ella encima y su pelo por momentos rozándome, su voz sólo un tanto más fuerte, ya no en susurros paliativos, sino dándole paso a esos gemidos que nunca podremos saber si son fruto de la impostación o de la permisividad del placer, gemidos que en Lourdes quise pensar serían prueba de la segunda posibilidad, aún después de dudarlo, después de empezar a calificarla, y de temer que ella también lo hubiera estado haciendo conmigo. De cualquier forma, cuán poco importaba lo que pudiera estar pensando yo, todo eso supuestamente racional, si en ese preciso instante su permisividad me recorría en descargas, ya no con gemidos en su forma audible sino también concernientes al tacto, algo acompasado, el movimiento de cuerdas que es la inexperiencia vista desde los sesenta años, primero un violín, luego otros, las violas, hasta que en un solo segundo suena toda la orquesta. Casi acabamos al tiempo, dando por hecho que entonces el mundo se había encargado de entregarme una actuación si no menesterosa por lo menos fuera de duda, acaso aceptable, de entrada repeliendo la posibilidad de que ella en verdad no hubiera tenido un orgasmo, tanto así que lo único que me remordió una vez Lourdes se levantó para ir al baño, fue que no hubiera durado al menos un poco más.

**T**anto y tan poco sabía yo sobre ese querer, tan escasas alternativas se me presentaban entonces en la marcha ante la pregunta de mi madre, más allá de la fácil respuesta de hombros que le hiciera segundos atrás, más allá de su manera de hacerme saber que entendía.

La idea de volver a ver a Lourdes era estática, no pasaba de ser una simple idea sin carne, eso que vemos lejos en el horizonte y que sin duda nos atrae, pero que no nos da tiempo o espacio para pensar en hacer el camino, o siquiera para entender que hay un trecho irreductible entre nuestra localización y el horizonte. Estaba en Bogotá, simple idea sin carne del día anterior, y entonces todo parecía tan pasmosamente familiar, horizonte al que finalmente se llega después de desandar todos los pasos a conciencia.

Atrás la licorera, esas calles perpendiculares, que en apariencia estarían mucho más áridas que el resto del recorrido hecho junto a mi madre, empezaron a presentármese como zanjas atiborradas de recuerdos, unos encima de otros, aunque de vez en cuando uno muy viejo se mantuviera erguido como una columna de piedra preservada a través de los tiempos, erguido a pesar de estar algunos metros hundido por debajo del resto de una futura ciudad, partiendo de la zanja, hacia lo que fuera un nuevo estado de expectación: volver a esa ciudad que tanto había extrañado e idealizado, ciudad que entonces se presentaba más como una imposición que como una respuesta.

Pude advertir que la pregunta sólo había sido el señuelo de un nuevo intento de mi madre por ahondar en eso que nos apartaba, en ese relleno de días que ambos habíamos acumulado desde que nos despidiéramos tiempo atrás, y no la muestra de un interés real por mi “amiga Lourdes”, acaso tan sólo un nombre para mi madre, evidentemente sin carne, cuando sacó de la guantera una bayetilla y me la puso en las piernas para que yo limpiara el vidrio de atrás que estaba empezando a empañarse. Me deshice del cinturón de seguridad y me pasé a la silla trasera después de encontrar un buen lugar para aprisionar mi lata de cerveza, y arrodillado desde ese punto me encontré partido por el reflejo del vidrio, una cara agotada y otra sonriente, aspecto que me apaciguó por unos segundos mientras hacía sutiles variaciones con el reflejo, hasta que mi madre me tocó la espalda. Pasé el trapo varias veces por el vidrio y encontré que las luces rojas habían transmutado en crueles farolas de luz brusca y amarilla, algo muy molesto que me hizo pensar en todas las veces que habíamos ido de paseo los fines de semana a fincas de amigos de mis padres, y cómo siempre yo me hincaba en esa misma posición al regreso, domingo por la noche, intentando dañar mis ojos con las luces para argumentar no poder hacer los deberes del lunes, mientras en verdad creía estar comprobando cómo se dividían los millones de fotones que emitían las farolas en partículas redondas y perfectas, algo incontrovertible para mí en esos tiempos, tan evidente como lo fue no volver a subir al caballo que me tumbó al suelo aquella dolorosa vez, en los primeros segundos de cabalgata.

Di media vuelta y me senté junto a las hortalizas, desde donde vi a mi madre a través del espejo retrovisor, quien me dio las gracias y estiró la mano para que le devolviera la

bayetilla, a la vez que no cesaba de supervisar el momento en que yo volviera a mi puesto, cosa que no hice. En vez de eso me acomodé mejor estirando las piernas después de rescatar mi lata de cerveza, por lo que taxista y pasajero tuvimos nuestro segundo y decisivo momento de comunión a partir de una pretendida mirada inquisitorial, también a través del espejo, cuyo despunte quedó sellado con una serie de palmadas en mis espinillas. Le entregué el trapo y bebí de la lata mientras las palmadas acababan por convertirse en viejas caricias, y ya muy cómodo entendí que también tenía a mano los dos bolsillos traseros de los puestos de adelante, por lo que no pude evitar pensar cuántas cosas olvidadas habría en ese par de retazos de tela y caucho, pensamiento que no alimenté ni siquiera un segundo, cuando involuntariamente ya escarbaba con mi mano libre: fósforos sin cabeza, tabaco pulverizado, envoltorios de dulces, todo eso encontré mientras mis uñas se llenaban de mugre vieja, un lápiz sin punta y con el borrador negro, tres o cuatro monedas oxidadas, varios papelitos, uno con el teléfono y la dirección de alguien sin nombre, basura, mucha basura muerta que me hizo pensar en urnas para escombros humanos, en la muerte de seres queridos, en Serapia, mi última muerte, y mientras seguía escarbando por mero reflejo, ya convencido de que no habría nada importante en esas urnas, o tal vez todo lo importante que podría entregarme esa vieja y nueva ciudad, se me reveló de repente que lo más doloroso de la muerte de alguien amado es la odiosa certeza de dejar de existir para aquel quien se ha ido, justamente lo contrario de lo que antes siempre había dado por hecho, por lo que le respondí a mi madre uniendo a destajo una cosa con otra, que Lourdes poco a poco se extinguía de mi memoria, al menos su figura, mientras le mostraba el puñado de basura que había alcanzado a recolectar de los bolsillos. “Eso ni tú te lo crees”, dijo, y como el carro estaba quieto en ese momento, se quedó mirando el contenido de mi mano con cierto asco y detenimiento, de la cual pellizcó de una punta el papelito que tenía escrito el teléfono y la dirección sin lograr ubicar su dueño, y enseguida estiró la bolsa que tenía amarrada a la barra de cambios, me sugirió que sacara las monedas y botara el resto, después de que ella hiciera lo propio con el papelito: “mañana mandamos a lavar el carro”.

Mañana, -ahí estaba otra vez irrumpiendo eso intangible a través de los labios de mi madre- el mañana: rancio contrincante. Bebí lo que restaba de cerveza y me dispuse a estrangular la lata por la mitad, no con rabia, no con tristeza, dándole tiempo a cada sonido mientras se esculpían los pliegues de metal entre mis dedos. Aún sostenía ella la bolsa abierta y esperaba que yo introdujera la lata, “rápido que tengo que arrancar”, un tanto exasperada por el sonido de mi perezosa constricción, impaciencia que empecé a disfrutar según sacudía el plástico de un lado a otro como si fuera un cascabel o una maraca, ella, mi madre, quien había hecho grandes avances en el terreno de la paciencia, pero no los suficientes para soportar los que entonces yo mismo entendí eran enervantes careos sin sentido. Soltó la bolsa sobre mis piernas y aceleró queriendo hacer sonar las llantas contra el pavimento sin lograrlo, maniobra que no obstante sí consiguió hacer que parte de la mugre se esparciera sobre mis piernas. “Eso ni tú te lo crees”, dije en voz muy baja pero a sabiendas de que me escucharía, atrevimiento por el cual soltó el pedal del acelerador causando una nueva riada de basura, entre la cual un cadáver de manzana rodando por el suelo del carro fue lo más significativo, a la vez que se volteó para hacer entrega de una de aquellas miradas de ira profunda, boca entreabierta, dientes ligeramente separados, para después preguntarme si lo que quería era pelea. “Contigo nunca”, le respondí al mismo tiempo que recogía el hueso de manzana usando de guante una servilleta casi limpia que también había salido de la bolsa, a lo cual respondió



de inmediato “no me torees”, haciendo uso de un tono seco que la llevó a hundir de nuevo el acelerador mirando hacia delante, ya no abruptamente como antes sino con esa calma que en ocasiones denota más irritación que un auténtico estallido, acaso ignorando que tan sólo asistía a la réplica de algunas de nuestras tradicionales riñas monosilábicas, réplica que yo podía esbozar a la perfección después de los años, debido a que eso, la insignificancia de las riñas con mi madre, era uno de tantos trastos que yo había reasentado en la otra orilla del mar, la cristalización de mi vida pasada, una de aquellas columnas de piedra que permanecían erguidas en mi disposición de ciudad, trasto intacto que desencajaba por completo a mi madre, mientras que a mí me hacía reír a la vez que rastreaba los surcos de la dentadura que había dado muerte a la manzana.

Me encontré alegre celebrando lo que en verdad era un fracaso más en mi historial de bromas a destiempo. Mi madre tenía razón: no olvidaría a Lourdes, “mi amiga”, como pretendí demostrárselo esquivando sin cuidado el grueso de aquel extenso enunciado, al manifestarle que poco a poco ella se extinguía de mi memoria. No me hacía un muerto el haber viajado, por lo que tampoco olvidaría nada de Lourdes, mucho menos antes de veinticuatro horas, más del tiempo que llevaba sin verla, en contraposición a Serapia, quien al morir sí había enterrado sus recuerdos, y a mí entre ellos. Visto así, toda esa alegría mutó repentinamente y estuve tan desencajado o más que mi madre, pendiendo de un oxidado y maloliente hueso de manzana, olor que sólo en ese momento noté, sintiendo además el peso de mis asociaciones incongruentes, por las que sólo yo reía, ahogado en mi tardo humor, haciendo de lado el plomo que significaba la respuesta de mi madre. Era evidente que no me creía semejante ocurrencia, que poco a poco Lourdes se fuera extinguiendo de mi memoria, así como en esencia tampoco me divertía poner de mal humor a mi madre. Hasta ese momento había estado abasteciéndome de unas ínfulas dudosas, en cualquier caso innecesarias, practicándole a mi madre desplantes de final de tanda en el preciso punto en que se debe dejar quieto al toro para no ahogarlo. Y esos que no eran más que adornos, acercarse de rodillas al pitón del animal, incluso besarlo, respondían a los resabios propios de quien no tiene resuelta la faena, y que por lo mismo se ve obligado a salir por la tangente, hacer bromas sin gracia, exponerse sin medida ante los ojos del público a sabiendas de que su contrincante no lo ve por la excesiva cercanía y el desgaste de las puyas, todas conjeturas, artilugios que nadie se cree, y mucho menos mi madre. Ciertamente estaba rodeado de muerte en ese instante, muerte en muchas de sus formas, el cementerio abierto de mi patria, nuestro duelo por la muerte de Serapia, entre otras, y aún así no concordaba el hacerme víctima o tratar de unir, como lo hice a destajo, la odiosa certeza que se me revelara mientras escarbaba con las uñas en los bolsillos del carro, con mi estado de ausencia concerniente a Lourdes. Tenía razón: la gran burbuja no se desprendería de mí por más que lo quisiera, porque era tal vez lo único narrable que había traído de aquel otro lugar. Una serie de muertes encadenadas tendrían lugar en los últimos días, era cierto, pero entonces crueles y precederas, no eternas, pequeñas muertes de las que hablan los franceses.

Tenía que decirle que me iba, todo cuanto pasaba por mi mente mientras esperaba su regreso del baño. Vi de nuevo los nichos de ropa junto al armario, uno incompleto, el de Lourdes, del que había cogido calzones y brasier antes de perderse al cruzar la puerta de mi cuarto. Era una obligación para conmigo informarle del viaje, hacerla partícipe de esa pequeña tragedia que empezaba a fraguarse después de nuestra primera pequeña muerte, justo

después de que alcanzáramos el pleno de cuerdas, vientos y percusión, eso que siempre esperamos sea el punto alto de nuestra existencia y que, después de acometido, resulta siendo tan sólo un movimiento más, o la conjunción de muchos movimientos donde, sin embargo, se anuda el tema central de la obra, punto de conocimiento mutuo al que nunca volverá a accederse. Lourdes seguía en el baño, desde donde sus pensamientos alcanzarían quizá los enclaves más lejanos a mi razón, aún estando rodeada por completo de mis cosas, las toallas, mis cuidadas batas, aquel inagotable tarro de copitos para los oídos que mi madre empacara años atrás, unos pocos metros de distancia que corroboraban a un compás cuán feliz me hacía saber que había alguien con quien todo lo diurno finalmente encontraba asidero en mí, a la vez que me hacía saber de la difícil empresa que sería comunicarle de repente sobre lo que se asentaba en mi magín como una gran verdad, mi única verdad, aquello que debía decirle acaso por delicadeza.

En tiempo real no tardó mucho, acaso cinco minutos o menos, intervalo suficiente para que yo me sostuviera en el recuerdo de los dobleces de sus piernas, los hoyuelos que se le formaban junto a las rodillas al doblarlas, y que después de cinco minutos se convertirían en borrosos residuos, eso que vemos una sola vez y nos cautiva, una sola vez que no es suficiente para el regocijo, y que sólo al ser examinados de nuevo nos llenan de confianza porque creemos reconocer un punto de felicidad y placer entremezclados, el regreso a un mundo antes visitado, a una ciudad por la que antes habíamos pasado fugazmente. Por eso, cuando salió del baño, con tan sólo verla entrar a mi cuarto, pude recrear su figura, entonces portando las prendas que había tomado de su nicho, prendas que al cubrir su sexo irritaron hasta límites jamás sospechados mi deseo, encontrándome mucho más desnudo que antes, por lo que tuve que desviar la mirada hacia mi nicho, suplicando que algún pedazo de tela levitara hasta cubrirme. “Tienes tina”, dijo, ante lo cual consideré absurdo sacar a relucir mi gran verdad, no precisamente porque su frase hubiera estado teñida de talento femenino, sino porque su entonación me hizo sentir de golpe el presente, ese principio de noche, desde la misma naturalidad con que minutos atrás me había dicho que ‘haría el resto’, cuando yo empleaba el grueso de mi industria en desvestirla, ojal por ojal.

Dio un par de vueltas palpando cosas de las repisas hasta que le llamó la atención y se adaptó de monóculo una enorme canica azul esmerilada que yo había conseguido en Bogotá, la más grande que jamás había visto en su género, y así, mientras cerraba el otro ojo con fuerza, me preguntó si quería algo de la cocina, lo que me hizo pensar que para ella yo estaba arrinconado en mi propia cama, imposibilitado de contacto con el mundo, un yo azuloso y curvilíneo dentro de un pequeño planeta. “Yo voy por agua, ¿tenemos hielo?”, insistió tras cambiar de ojo su instrumento, produciendo un agradable aleteo en mi cabeza que no me dejó responder de inmediato, por lo que continuó: “mañana tengo examen y debí haber leído”, ya no apretando la bola contra sus ojos sino acercándola al bombillo desnudo que colgaba del techo, dándole vueltas mientras miraba fascinada los otros planetas que habitaban allí adentro. Salió del cuarto después de dejar caer su nuevo juguete sobre la cama y junto a mi pies, preguntando por el camino una vez más si quería algo. “Sólo agua”, respondí truncando mi pensamiento al salir en palabras, pensando en nuestras cervezas extraviadas, un “sí” por un “no”, “quiero” cuando “detesto”, mientras ese último “tenemos hielo”, ese “tenemos” de Lourdes se encargaba de seguir asistiéndome con su agradable aleteo. Cuando volvió con los dos vasos seguimos hablando de su universidad, de lo amplio que resultaba estudiar

humanidades según ella, y así también acabé por contarle que yo había trabajado en algo similar, la sección Vida de un periódico, nada menos puntual, salvo, claro, lo que ella estudiaba. “¿Vida de qué?”, preguntó sonriente. “Cualquier cosa: la de una familia de apicultores, precios de paquetes turísticos, moda, salud, educación, religión, masajes, todo, cualquier cosa”, le dije y siguió divertida. “Entonces eres pintor y periodista”, indicó con un inequívoco tono sarcástico, a lo cual respondí de inmediato que sólo había durado tres meses en el periódico. “Ex periodista: mejor aún”, dictaminó después de un largo sorbo de agua y con un hielo entre la boca que trituró mientras buscaba algo más para decirme, algo que la siguiera divirtiéndome. “Exactamente”, reconocí, poniéndole fin a la conversación sin pretenderlo del todo, por lo que me encontré aterradoramente convencido de que no era ni lo uno ni lo otro, ni pintor ni periodista, y por supuesto, no banderillero.

Lourdes se acostó junto a mí y volvió a jugar con la canica arrastrándola con sus pies por entre los míos, mientras con una mano tocaba mi estómago primero con un dedo y luego con otros, hasta que su mano estuvo apoyada por completo en mi piel, deslizándose de arriba abajo con seguridad, y después también la canica, haciendo de mi bajo vientre un temible rodadero. Después me insinuó que echara a rodar la bola por sobre su cuerpo, estirándose por completo luego de haber hecho a un lado la almohada, cerrando sus ojos para esperar de improviso el contacto del vidrio, uno de esos fastidios deliciosos que, entonces supe, la divertían en exceso. Antes, mientras esperaba su salida del baño, no se me habría ocurrido que volveríamos a lo físico esa noche y quizá nunca, menos tan rápido, y aún así, después de echar a rodar la bola, habiéndome divertido yo también con sus estremecimientos y piel de gallina, me encontré destrabando el broche de su brasier, ella diligente, apenas arqueando su cuerpo para secundarme a destrabar también su sexo de atavíos.

“...al menos un poco más”, me remordería sin sentido la primera vez, tras ver alejarse a Lourdes en dirección al baño, súplica que se hizo realidad sin yo poder reconocer en qué sesgo había reemplazado el juego por avidez, por irrupción, mi cuerpo a su servicio, todo lo mío, ya no evaluando, ya no poniendo en duda, anuencia a la que se arriba sólo con la práctica, ensayo y error, después de la primera vez, que ya estimaba lejanísima, y que, no obstante, me hizo comprender lo poco que sabía de Lourdes, paradójicamente la persona de quien más noticias tuviera en ese hilván del ralo tejido que apuntalaba mi presente, aquel “tienes tina”, su presente, incitándome también a descifrar qué querría decirme el mundo a través de ella, a través de su beldad, respuesta a mis plegarias, qué final de partida, antes del viaje, me esperaría después de acariciar por momentos la perfección de ese principio de noche que casi me haría rozar la consabida ataraxia presocrática, sus afilados comentarios, esa manera de alejar tranquilamente mis nudos tan sólo tocando, con el resbalar de mi planeta azul de vidrio, con el paso de sus estremecimientos y su erizada piel de gallina.

Dos inmortales pequeñas muertes en una misma noche y no tenía nadie a quién contarle: acaso ese sería el epítome de mi vida en aquel otro lugar, vida y mundo ridículos, pensé en tinieblas, cuando me llegó el turno de ir al baño. Estaba sentado en la taza y había preferido no prender la luz para evitar acalorarme aún más, mientras sentía el paso arrollador de mi último cuarto de hora en tierras extranjeras, quince días que ya no eran mucho más que diez, quince días que según pensaba en Lourdes se apuraban a lanzarse por la boca del tobogán, no como antes de conocerla, cuando se mostraban incluso temerosos ante la idea de

comprar la entrada de la feria de atracciones. Quince días, 360 horas que ya no tenía, frente a miles de minutos que había desperdiciado en mi vida de paso, cuatro años y medio en los que ni siquiera había comprado un colchón cómodo o una lámpara de cama, mucho menos un televisor o unos cristales decentes dónde poder rebosar al menos dos verdaderos vasos de cerveza con espuma.

Sentado a oscuras dentro del baño recordé a mi padre, sus dictámenes, frases cerradas de las cuales me vino a la cabeza una muy lejana: “serás un hombre cuando cumplas siete años”, me informó unos meses antes de mi séptimo onomástico, meses que aguardando por su promesa se trocarían en años, lustros, en lentos evos de impaciencia, hasta el día siguiente a la difícil consecución, cuando dejaría de importarme. De igual forma, un año después de apresar mi hombría, me sería prohibido bajar solo a la panadería, única meta de mi existencia, las milhojas, al menos hasta cumplir los nueve, de la misma manera en que codicié llegar a tener dieciséis para poder manejar el carro cuando escasamente rozaba los quince, tiempo en que mi gula ya estaría completamente serenada por hojaldre, chantillí y kumis de tarro, quince años que odié con todas mis fuerzas pensando que era una edad de niñas, por lo que prefería restarme uno y decir que tenía catorce. No veía nada, ni siquiera mis manos, lo que me hizo seguir pensando en mi padre, libre de distracciones, aún sabiendo que Lourdes estaría afuera esperándome, escenario que insólitamente no me distrajo de él, de su tono serio cuando se mostraba preocupado porque yo adquiriera el buen hábito de la lectura, un imposible para el “distráido” que yo era, según profesores y familiares, quien prefería simular la lectura midiendo el tiempo promedio que gastaban los otros en pasar las páginas a la tediosa tarea de seguir las letras. Sólo esperaba la campana de salida a recreo, aunque jugar fútbol no fuera lo mío, y estando empapado de sudor media hora después, cansado de correr para nada detrás de un balón que pocas veces me pasarían puesto que era defensa, lo único que anhelaba era bajar del bus en mi paradero y estar de vuelta en mi casa, donde reposaría solo en medio de mis juegos solitarios, con mis buenas amigas las canicas, y a veces también solo junto a los amigos adultos de mis padres, mundo de adultos en apariencia establecido al cual quería llegar costase lo que costase. Había esperado tanto lo que esa noche me ocurría, Lourdes tumbada sobre mi cama, Lourdes, sólo ella, y aún así no cesaba de estorbar en mi mente la indefectible lista de aplazamientos sembrados desde que mi padre me hiciera aquella promesa. Querer lo que no se tiene y desdeñar lo que se acuña, sin duda describiría mi más frecuente derrotero: haber sido un ‘hombre’ a quien le fuera negado ir solo a la tienda, no solamente en esos años pasados, sino también en aquel otro lugar del que Lourdes representaría acaso el único asueto, constituía la corteza de un pensamiento llamado a desdeñar sus logros, no regido por la ambición, eso nunca, sino instado por la inocua manera en que se le ofrecía el presente. Y aún sabiendo que la tara persistiría en el tiempo, prueba de ello eran mis manos llenas de oro mientras seguía sentado en la taza del baño, no dejaba de pensar en el pasado, en ese origen de plomo, con lo cual discurrieron delante de mi visión cerrada algunos más de esos recuerdos, haber querido entrar a películas para mayores de doce años cuando apenas si podía salir solo de la casa, y después haber codiciado las de adultos cuando las anteriores se me antojaron limitadas, haber tenido edad suficiente para orinar de pie, logro muy importante que curiosamente con los años me devolvería a simular baños oscuros para obligarme a hacerlo sentado, como aquella noche sin que ella viera, dejar de lado fácilmente lo que tanto tiempo nos tomó conseguir, la hombría de meses de espera o algo tan sencillo como cruzar la calle sin estar cogido de la mano.

Preso de la hartura que me había proporcionado mi pronto despido del periódico, libertad pírrica, huiría en busca de un clima, una geografía, en busca de nuevos inicios para vidas estancadas, y así sumaría cuatro años en un saco roto, los primeros dos haciéndome creer a la fuerza poder vivir fuera de mi país, y el tiempo restante, buscando el momento para deshacer el extravío. Hice un racimo corto de amigos, aún cuando a la postre hubiera preferido poder contar que estuve solo y reconcentrado, amigos necesarios, no obstante, quienes según el tamaño de mis quejas, me ayudarían a chocar los vasos llenos. Tres o cuatro noches de sexo silente, precedidas de generosas dosis de aquellos vasos llenos en muchas de sus formas, fue todo cuanto tuve, jamás un desayuno, una noche por año, pensé, mientras mi pupila empezaba a acostumbrarse a la oscuridad y entonces un tenue brillo se reflejaba en la pantalla de la tina, y entre estudios mediocres, trabajos que siempre me dejaron el sabor de una vida demasiado desperdiciada, conversaciones quincenales con mis padres donde casi pude calcar un guión de mis respuestas, hice uno que otro viaje cercano, también por no perder lo que sería mi única oportunidad fuera de casa, viajes que cada vez fueron reduciéndose más y más ante el horroroso abrir de puerta que significaba volver a mi supuesto nuevo hogar, eso intacto que había dejado el pasado inquilino, apenas trastocado por mi vida de atajos cortos, ese viaje, Lourdes, mi pronto retorno. Después de la pantalla también vi partes de mi cepillo de dientes y el borde del aguamanil, con lo cual la idea de informarla sobre mi viaje volvió a hacerse imperiosa. Ya debía salir del baño, ya debía aplazar mi felicidad de cinco horas, hacerla saber de mi falta de presente, su tina, su planeta azul de vidrio, ya debía sumarle a esa noche la inmensidad de mi negación, acaso para probar qué tan real era todo aquello, nuestro pequeño idilio de final de camino.

De vuelta al cuarto la encontré acostada estirando un brazo hacia mi mesa de noche. Revolvía lo que había encima sin detenerse a ver lo que tocaba, algunos papelitos sueltos, publicidad, datos que creemos nos serán útiles y que después de unas semanas pasan a ser gajos secos de nuestro paisaje doméstico, pero terreno que entonces, a pesar de los pesares, parecía estar equipado de un suelo apto, no ácido ni calcáreo, donde germinaba una de aquellas flores que sólo abren en la noche de su único día. Me acurruqué junto a la cama y me entregué a acariciar su pelo, a estirarlo entre mis dedos para sentir el frío que se producía a partir de esa lisura, y estando así, ella agradeciéndome con un gesto de ojos cerrados, no dejando de mover las cosas de la mesa, así, en lo que parecía ser el momento cumbre de mi historial de silencios gratos, le informé de mi partida, de mi pronto viaje, esperando lo peor, acaso algo de rabia o indignación, tristeza en el mejor de los casos, un súbito distanciamiento o hasta una de esas risas de témpano que en el fondo no son más que cualquiera de las sales derivadas del cianuro. Ya está hecho, pensé mientras esperaba su respuesta, lo que en primera instancia no pasó de ser un leve acomodamiento sobre la almohada -parecía no haberse enterado-, hasta que dejó de jugar con los papelitos de la mesa y puso su mano sobre mi pierna, lentamente abriendo los ojos sin dejar de agradecerme, entonces con gestos de ojos brillantes y rasgados, para después decirme que se alegraba de que volviera a ver a mis padres. Alcancé a dudar si me habría escuchado bien, ante todo el detalle de que mi viaje no contemplaba retorno, duda que guardé en lo más profundo de mi confusión aún a sabiendas de que me había escuchado y entendido. Pasados unos segundos, seguía yo acariciando un mechón suyo, sol tapado por dos dedos, tratando de persuadirme de que era yo el que no había escuchado ni entendido sus palabras, vano intento que acabaría por potenciar la verdad,

reconocer a Lourdes en su faceta de beldad fría e insensible, antes vislumbrada en la casa de Clara, faceta que vino a mi mente cuando lacró su respuesta con un ronco y tierno “debes estar feliz”, cuyo apéndice inmediato, el descabello, no dejó espacio alguno en mi mente para asimilar siquiera un ápice de sus maneras de demostrar afecto: “se te ve feliz”, agregó, y volvió a cerrar los ojos, noche suya desde donde me informó cuán confortables se le antojaban mis caricias, con lo cual dejé de estar confundido, dado que eso, la confusión, quizá extrañeza, desde ese momento haría las veces de un nuevo hogar, mi soñado salón de juegos.

**V**olví a ser copiloto junto a mi madre, desde donde esa larga jornada empezó a revelármese en dirección contraria. Vi la copa de mi antiguo edificio, la casa de mis padres, con lo cual eso que antes se me antojara inasible, mi historia pasada en un puñado, de repente tomaba la forma de una construcción demasiado familiar, ventanas por las que me había asomado incontables veces, y encima de esa cresta, en la azotea, vi algo muy diciente de nuestra vida bogotana, un par de antenas parabólicas, esas dos grandes sobre la azotea de mi edificio. Las calles empezaban a desdibujarse, uno que otro recuerdo, la unión de muchos eventos en uno compacto e imponente, todo aquello que sin duda correspondía a una recta final, y que apenas me dejó saber de mí mismo, de mis pensamientos en ese instante.

Mi madre también estaba cansada. Uno que otro bostezo me haría saber lo temprano que despertara esa mañana, cuántos preparativos habría hecho, cuántas llamadas inoportunas habría tenido que responder. Avanzábamos, y era manifiesto cómo se acortaba la distancia entre las antenas y nosotros, campanario y carruaje, cómo se hacía de silencios mi oído, aún inmerso en la continua respiración de los carros, a cada metro, las rayas del pavimento acrecentándose a nuestros ojos. “Llegamos”, dijo mi madre, adelantándose unas cuadras, lo que no pude compartir por estar recorriendo centímetro a centímetro ese último tramo que no era nada menos que las inmediaciones de la casa de mis padres, de mi casa, el pueblo vecino agregado a la ciudad, las bodas de su iglesia, el reloj de su campanario infinitas veces consultado desde mi ventana, abajo la estación del tren, entonces reformada, pero antes, al final de mi tiempo en el colegio, indiscutido cementerio de neuronas. Me sentí estrecho, ya no viendo lo que pasaba por mi ventana o por la de mi madre, estaba adentro, en su “llegamos”, muy estrecho entre una hilera de lugares de los que podía reproducir memorias aún sin verlos. Junto al centro comercial, del otro lado de mi casa, estaría el cementerio donde había entierros de conductores de bus en los que los compañeros del difunto construían una oruga de tres cuadras con sus buses en uno de los carriles de la Séptima hasta llegar, proceso lento y fracturado, debido al semáforo que tenían que cruzar de uno en uno cuando se ponía en verde, estáticos en rojo, plenamente equipados de arreglos florales y cintas negras amarradas sobre el panorámico, proceso lento pero mitigado por el ruido de sus roncas bocinas, accionadas desde las cadenas colgadas de punta y punta a la izquierda del volante, arriba de la ventana, junto a alguna de sus calcomanías, un solo tren de buses con diversos operarios al frente de todos sus vagones, uno detrás de otro, colgando al unísono sus brazos de las bocinas, música en nombre de su difunto amigo. Después de la cremación, pavesas, todo desde mi antigua ventana, y una vez cada tanto el olor de los cueros abrasados.

Mi madre desabrochó su cinturón y empezó a mirar en cortos y seguidos intervalos cómo descargar todo lo que llevábamos en el carro, un avance más en su falsa creencia de haber llegado a la casa, lo que opté por ignorar, para ese entonces firme y bien tenido, preparado para el segundo panzazo del arribo. Entonces ella se llenó de una energía que no pude acompañar pero tampoco hacer de lado, me dio palmaditas en el muslo y me miró de arriba abajo, igual a como lo hiciera antes de consentirme salir del carro años atrás frente a las casas de mis primeros amigos, revisión y cura inmediata de cera en los oídos y uñas negras.

También se escrutó a sí misma en el espejo retrovisor, por lo que tuvo que volver a mí: “¿tengo irritados los ojos?”, inquirió, lo que de inmediato negué sin siquiera mirarla, sabiendo que probablemente sí los tendría mal, pero a la vez pensando cuán largo era nuestro recorrido, qué poco significaba un último atisbo en el espejo cuando el camino y la llegada se unían en un mismo vocablo, en su “llegamos”. Peinó con la mano algunos de sus mechones rebeldes, tal y como lo hiciera Serapia en la foto que arribara a mi billetera momentos atrás. Se parecían, no había duda, años de ausencia me había tomado comprobar que un minuto antes de entrar a una casa extraña o a un restaurante, antes que el obturador fuera accionado, se hacían los múltiples retoques finales de cada día, una o dos correcciones antes de timbrar, y dos más a la espera del abrir de puerta. “No estuvo tan mal la Séptima”, dijo entonces, en apariencia sólo un empujón más para su discurso, afirmación que me hizo pensar en lo lacónica que mi madre se había transformado sin yo percatarme, cómo en sus arranques de afán podía hacer a un lado el pasado, lo que la había entristecido minutos atrás, para adentrarse sin inconveniente en un aliento repentino, actuar que la obligaba a cortar de raíz ciertos momentos, almacenarlos con frases secas. “Estuvo muy bien”, respondí seguro, aún adherido al recorrido, pendiendo del planetario y del balcón de Rosa en las Torres del Parque, con lo cual conseguí atizar mi recuerdo reciente, mas no el de mi madre, para quien mis palabras no pasaban de expresar obvia gratitud hacia lo transitorio.

Entonces creí entender por qué había quitado la canción de Patsy Cline a mi regreso de la panadería. Debía tener reservados sus accesos al recuerdo, de donde iba escogiendo estados de ánimo a destajo, muchas veces a partir de la música, con Patsy, pero también con la sorpresa que le causaba volver a ver un árbol viejo. La canción era un placebo que a su entender ella sería la única en percibir, inmersa por completo en sus solitarias vacaciones, señales blancas de autorización hacia el recuerdo, y allí sonreía o lloraba a la escucha, siendo a su vez vacaciones, años sabáticos, en los que no volvía a pensar una vez reanudado lo que estuviese haciendo. De ahí que me resultara lacónica, en alguna medida como Serapia, quien nunca dejaría de hablar sola y en voz media, soltando frases también secas y por momentos entendibles, arrulladas entre infinitos murmullos, sus concesiones al recuerdo guindados a las guadas, en cuyos filamentos, así como la música para mi madre, mecía su cuerpo en cortos asuetos.

Ya estaría mi padre leyendo tal vez la revista, siempre al uso de alguno de sus preciados sacos esconde-corazón de cachemir, abotonado hasta el comienzo de su profundo costillar, y el televisor sin sonido esperando el noticiero. Debía estar aguardando nuestra llegada, no enterándose en apariencia, pero mirando el reloj a cada cambio de página. Llegábamos. Y mientras mi madre seguía mirándose y dejando sus huellas sobre el espejo, vicio que mi padre siempre le criticara, vinieron a mi mente algunos de los almuerzos junto a él, de los que pude salvar en ese instante su inocultable placidez, esa que ostenta quien sabe de antemano será proveído de magníficas confecciones culinarias. Pude atar espaciados momentos de restaurantes y probar cómo en repetidas ocasiones mi padre conocía al encargado del lugar, a veces a un antiguo mesero, no tanto como para hacer bromas de aquellas suyas, pero sí para recordarles de aquella receta que había resultado admirable en ocasiones pasadas, lo que no dejaba de ser un cumplido, a la vez que planteaba la posibilidad de probar cada vez algo mejor que lo pasado. Airoso y desafiante siempre iba en busca del mejor trozo de carne entre las posibilidades del reino animal, objetivo casi logrado a lo largo



de una vida de cata, al uso de pretendidas humildades de elegancia que abonaban el terreno para lograr lo antes posible sus ruegos finales de satisfacción: “tráeme un café del tamaño de una olla”, diría después de hacer una pila con todos sus útiles de comensal, los cubiertos, algunos platos anexos, tras repasar su barba con la servilleta que coronaría su pila de agradecimiento.

No conseguí tranquilizar a mi madre del todo, aunque sí parcialmente cuando pasé mi mano por entre su recién acicalado pelo, descubriendo su frente, donde encontré mi propio cráneo y el de su padre, mi abuelo Enrique, al ver la vena que nacía del comienzo de su pelo, en la sien, hacia su piel desierta. Se quedó quieta al sentir mi mano, e inclinó después su cabeza hacia mí, con lo cual presumí haber calmado sus ansias, aún cuando dos segundos después ya estuviera pidiéndome que dejara quieto su recién logrado estilismo. ¿Cómo algo que en principio proporcionaba paz, dos segundos más tarde se convertiría en molestia? Ahí estaba mi madre como siempre la había conocido, ella, quien ya sabría todo de mi “amiga”, o al menos todo lo que yo dudaba al respecto, mi madre, quien ya tendría en el horno algunas bandejas de lasaña, no siendo su comida favorita. “¿Qué tal el vuelo?”, primeras palabras suyas de esa tarde, volvieron a mi mente cuando pasó un avión a poca altura y ensordeció nuestro final de paseo bogotano, por lo que otra vez recordé a mis abuelos paternos y a mi tío abuelo sentados en el comedor de su apartamento viendo aterrizar y despegar aviones desde el décimo segundo piso, todas las tardes, hasta que su paisaje fuera asaltado con nuevos y más altos edificios, por lo que acabaron viendo cada tanto, gracias a los lotes vacíos entre las nuevas construcciones, a uno que otro avión, que más parecía a sus ojos un experto de la cuerda floja con su vara de equilibrio, las alas, cruzando de un edificio a otro. “Esta semana vendí 62 kilos. Record”, dijo mi madre mirando las bandejas de acedera, justo antes de voltear hacia la casa, por lo que pude sentir lo triste que se pondría al saber que no le había llevado más semillas de las que antes le enviara, “de las raras”, en palabras suyas. A mi izquierda estaba la gasolinera con su respectiva tienda de comidas rápidas, último paradero mío del colegio, donde una vez fui amenazado con una pistola de agua por un vecino de mi edificio, uno menor que yo, algo desafortunado de aspecto, quizá por lo separados que tenía los ojos, no tanto por su obesidad infantil, pero sí quizá también por la poca frente que concedían las cerdas azabache de sus frontales y anómalos remolinos de pelo, cerdas que por poco se confundían con sus cejas. A la mañana siguiente iría en lágrimas su madre hasta mi puerta para pedirme excusas, dado que la pistola a ojos míos había resultado idéntica a una verdadera y también a ojos de los empleados de la gasolinera, por lo que se vieron en la necesidad de derribarlo entre varios para quitarle el arma, y enseguida hacerme un corredor hasta mi edificio por entre los carros que hacían fila esperando gasolina, todo incluso después de haber llamado a la policía. Corrí por donde entonces rodaba junto a mi madre, una dura subida de una cuadra, sin mirar atrás, claro, temía mucho por mi vida, incluso después de que el portero de mi edificio llamara a informar que el arma sólo era de agua. Desde el carro sí pude ver esa noche la gasolinera como el resto de veces, desde arriba y hacia atrás, lo que seguía de la Séptima, encontrándome de pronto ante la difícil convicción de que seguía temiendo por mi vida, ya no porque un vecino pudiera dispararme, no sólo por eso, sino acaso por los amedrentadores chorros de agua que nunca habían dejado de perseguirme, entonces miedos de alfiler hundidos en la certeza de volver a ver a mi padre, volver a él, y a pesar del tiempo no tener mucho que decirle, quizá nada. Según el carro se aproximaba al garaje, el portero empezaba a abrir la puerta, no muy seguro de quién acompañaba a mi madre, por lo que se

detuvo y clavó su encandilada mirada sobre mi cuerpo sin identificarme, hasta que se acercó a la ventana, desde donde me apuntó con su linterna y se sonrió de inmediato. Era la segunda persona conocida que veía desde que bajara del avión esa tarde, y como aquella otra vez, sin decirlo, me hizo saber que estaba a salvo. Entonces nos hizo pasar.

Dejaba atrás la ciudad, puente entre Lourdes y mis padres, fascinación de asfalto que entretuviera de a poco los conflictos solitarios de un nudo como el que yo era, ciudad y último escaño hacia los brazos familiares, frágil puente que en repetidas ocasiones hemos de cruzar, aún en contra de nuestra voluntad, y en donde a pesar de todo encontramos casi siempre nuestras propias convicciones, o en un sentido más amplio, lo propio, eso que en los diálogos se esconde, en una discusión con el padre, en un lamento con los amigos, ciudad entonces evanescente, tras los primeros metros de rampa hacia los fosos del garaje, amiga íntima y sin respuestas, silente radiografía de donde nace nuestra propia respuesta, puente, amiga, que me dio los primeros mandatos tras el viaje, y que en ese instante se ocultaba entre el concreto de la casa de mis padres.

Una vez estacionados, mi madre se bajó y dijo que iría a buscar los carritos de supermercado de la portería mientras yo iba sacando las cosas. Abrí el baúl, donde encontré las maletas que Lourdes me ayudara a comprar días atrás, maletas que también me ayudaría a empacar la noche anterior. Con su letra estaba escrito mi nombre sobre la etiqueta de plástico reservada para los datos personales, mi nombre apuntado en cursiva y mayúsculas, gesto que en su momento me hiciera pensar cuánto me protegía, pero que en ese instante, mientras reagrupaba fuerzas para jalar de las manijas, me hizo dudar si tal vez lo había escrito así para no revelar su verdadera caligrafía, con lo cual acelerar mi pronto olvido.

A diferencia del resto de días que estuvimos juntos, casi todos desde el día de los helados, esa última noche Lourdes pareció haberse enterado de mi viaje. Lo mencionó varias veces mientras me ayudaba a empacar, e incluso antes, cuando comprábamos las últimas cosas, no con tristeza, al igual que cuando se lo comunicara por vez primera. Por el contrario hablaba de ello con cierta emoción, desprendimiento del que nunca di fe. Parecía haberse enterado, aún cuando seguramente lo tendría más que meditado desde su fría manera de abordar el tema. En esos días intermedios, una semana o más, su caso omiso logró contagiarme mientras estuvimos juntos, al punto de que yo mismo lo olvidara por momentos, y entonces se me escapara algún plan para el futuro inmediato, futuro que estaba urdido de principio a fin, todo concentrado en mi pasaje de vuelta. Aunque llegó a presentarme a sus padres, dos personas en apariencia fáciles al trato, no conseguí sostener una conversación que rebasara el saludo y la despedida, lo que me impidió sacar importantes conclusiones sobre ella a través de sus progenitores, más allá de los gestos heredados, del singular trato horizontal que se impartía en esa casa, gracias al cual, la última noche, no tuvo que inventar excusas para dormir en mi casa, argumentando de paso que el vuelo sería de madrugada, por lo que yo necesitaría ayuda para cargar las maletas. También volveríamos a ver a Clara tres o cuatro días antes, el día de su cumpleaños, para quien todo lo que ocurriera entre Lourdes y yo, aunque supiera poco, no dejaría de ser un simple devaneo de último momento, el trago del estribo de alguien inseguro como yo, punto de vista con el que estuve de acuerdo en principio más no en fondo, dado que algo, mi paga, ese cheque firmado por la ridiculez del mundo, si bien seguía presente, era una idea que con el descontar de las horas junto a Lourdes,

paulatinamente se trocaba en deuda, una deuda imposible de saldar. Esa noche no estuvimos mucho tiempo en la casa de Clara, aunque sí lo suficiente para que yo celara a todos y cada uno de los posibles pretendientes que caerían como aves de presa sobre Lourdes una vez anunciado mi despegue. Quince días habían sido suficientes para que yo llegara a pensar que habría un después, un cambio de página en la historia de Lourdes. Dos o tres salidas a parques serían acaso los momentos de enmarcar, incluido por supuesto el rebotar por los suelos del pequeño Yorkie y la excluyente lectura del horóscopo hecha por su hermana. Eran sus sitios favoritos, donde más llegó a hablarme de sí, no de sus planes -siempre insinuó no tener mayores pretensiones-, pero sí de las cosas que le gustaban o no. La complacía ver partidos de tenis por televisión, el café con leche, ir sola a la playa, jugar ajedrez contrario, donde se obliga al adversario a comer las fichas propias, en el que perdí la única vez que jugamos. En cambio aborrecía lavarse las manos con jabón, el maní y sus sucedáneos, las carreras de carros o caballos, el circo y el teatro, y mucho más las marionetas. Eso, entre una lista gigantesca que alcanzó a esbozarme un día, lista que hubiera querido anotar, para no tener que volver a preguntársela, no porque hubiese sido la prueba máxima de ‘la razón de mi sinrazón’, de mi raptó por ella, sino porque quizá habría ayudado a desacelerar lo inevitable: el nacimiento de un repulsivo desdén ungido por el tiempo, al que pasado nuestro trecho, no podría desafiar.

Jalaba mi madre con una mano los dos carritos, provocando un eco metálico con el crudo cemento del suelo, ruido que quizá no constituía más que un fastidio común para ella, mientras que para mí avivaba aquello ensordecedor del entronque con mi historia pasada, el torpe rodar de las ruedas. Junto a ella venía el portero, quien insistía en agarrar los vehículos, cosa que no logró hacer hasta después que estuvieron quietos junto a mí, cuando ella se dirigió al puesto de adelante para agarrar su bolso y otras cosas que había dejado. “Casi no vuelve, joven”, me dijo el portero, en verdad sintiendo el tiempo transcurrido, desde su inmensa barriga de hombre que se ha pasado la mitad de la vida sentado, a lo que no pude responder con nada menos que un apretón de antebrazos. “Pero viene para quedarse, ¿cierto?”, volvió a hablarme, por lo que entendí cuán importante resultaba tener respuesta para eso, lo que todas las personas acabarían por preguntarme más temprano que tarde, eso que mi madre se había abstenido de aclarar, aún cuando fuera lo único que le interesara. “Yo creo que sí”, respondí, dejándolo desconcertado, pues quizá esperaba una rotunda afirmación, por lo que me hizo a un lado y empezó a acomodar las maletas en los carritos de supermercado. “El doctor entró hace un rato pero no dijo que hoy llegaba el joven -embistió de nuevo, haciendo inmanente su queja de guardián quien debe estar al tanto de todos los movimientos de su atalaya-. Si vienen los amigos del joven los dejo pasar, ¿cierto?”, siguió hablando, respondiéndose a sí mismo, muy dueño y anfitrión de mi arribo, cancerbero, cuando mi madre se acercó comprobando si ya estábamos listos. “¿Las compraste en estos días?”, preguntó señalando las maletas, por lo que afirmé con la cabeza, mientras recordaba argüir a Lourdes con el encargado del almacén sobre cuáles serían las indicadas. Para mí cualquier par hubiera estado bien, o mal, desde el malestar de dejarla, cosa en la que ella no pensaba mientras inquiría sobre materiales, elasticidad y resistencia, mientras hacía abrirlas verificando que las cremalleras funcionaran, que tuvieran los suficientes ojales para fijar candados, incluso analizando colores para que no se confundieran, a la vez cuidando que no fueran llamativas.

Dos días después empacaríamos lo poco que había acumulado en esos años. Le dejé el improvisado monóculo aunque insistiera en rechazarlo, esfera desde donde me mirara tal como siempre me imaginé ser visto, habitante de un ahogado planeta de donde no se sale a voluntad, más sí por descuido. “Sí lo quieres”, respondería yo a su negativa, buscando un vehículo mediante el cual colarme en sus días siguientes, ya sabiendo que su impostura de mujer de mundo era sólo un resquicio más de aquello que nos obligamos a creer que poseemos, y que por ende acabamos obteniendo a fuerza de creencia, pero que se origina de una ausencia, de un vacío, de igual forma a como surge la vergüenza que sentimos hacia nuestros padres cuando aún no intuimos nuestra existencia como propia, independiente de la de ellos. Entonces guardaba un manojo estrecho de horas junto a Lourdes, tiempo que se fue acortando a medida que ella seleccionaba de mi armario la ropa a desechar, de la que se mofaba abiertamente para después hundirla en una caja de sobras. Su conocimiento de mundo, eso que en otro momento interpretara yo como seguridad ante los escenarios, de repente se me presentó más como un defecto de plétora, creer poseer la inmensidad antes de tiempo, a los veinte o veinticuatro años, hacer alarde de ello a partir de burlas sobre mi ropa, o con la maestría del comprador de maletas, de quien pretende saber y por ello yerra, cuando lo esencial se queda por fuera de su visión, dos dedos adelante del horizonte, cuando una justa conversación es evadida, y por ende la totalidad es sustituida por bromas, por sonrisas improvisadas, gruñidos de afecto que nos hacen sentir en el lugar y el tiempo incorrecto. Empacaba las maletas de alguien que quizá no volvería a ver y escogía qué le serviría o no en su mañana, dando por hecho que el mundo resolvería lo que ella no era capaz de afrontar, una conversación, un resultado, eso que, triste o felizmente, quizá ambas, yo tampoco me atrevía a poner sobre la mesa. Y mientras yo mismo añadía comentarios a sus bromas, único conducto fiable por el cual seguir andando, pude ver cuán parecida a mí resultaba esa beldad de imperfecciones, cómo hacía pinturas con su capote para evitar la imposibilidad remanente de nuestra fantasmal charla, pitón y muerte del que hubiera sido el alivio tras cuatro años de incomprendida presencia en una ciudad que nunca dejó de despedirme, incluso esa misma noche tras dejar casi cerradas las maletas, cuando salimos a comer y yo encontrara igual de intratable al dueño y mesero del restaurante donde había comido incontables veces. “¿Qué pasó acá?”, preguntaría éste a Lourdes, ignorando por completo mi plato limpio, a lo que ella respondería tras un subir de cejas: “no tenía mucha hambre”, palabras suficientes para él, quien pasaría de largo sobre mi obra y sobre mí, llevándose el plato lleno de Lourdes, después de golpearme sin ganas con el borde de la espaciosa bandeja.

No comió y luego dijo tener hambre, cuando ya estábamos nuevamente en mi casa. “Pidamos comida china”, le dije, por lo que simuló ese tipo de arcadas que empiezan siendo una broma y luego, tras esforzar el estómago se traducen en real malestar, como también le ocurriría a Félix con el recuerdo del olor de las copitas de aguardiente que después acabaría bebiendo sin pudor. Estaba sentada en el suelo, recostada sobre una pared con sus codos apoyados en las rodillas, y en uno de los bolsillos del pantalón aguantaba guardada la inmensa canica que se pronunciaba como un montículo bajo el tejido, toda mi historia en su bolsillo, libre de impurezas y a la vez vetada para el mundo, instrumento visionario que en el mejor de los casos archivaría en un cajón o en una repisa similar a aquella en la que la había encontrado, con la diferencia de que allí, en su repisa o cajón, pasaría a ser un segado arbusto más dentro del paisaje de su cuarto, un objeto muerto, curiosidad con múltiples significados en potencia, también propenso a ser asaltado por la caída del tiempo, por el arribo del desdén.

Me ofrecí a salir de nuevo para buscarle algo de comer, pensando erróneamente que no accedería. Agradeció mi ofrecimiento y le añadió al pedido unas cervezas, mientras buscaba desde el suelo un lugar más cómodo dónde esperarme. “Tal vez me bañe”, dijo, cuando la puerta ya estaba abierta y medio cuerpo mío salía feliz en busca de cuidados nunca solicitados a lo largo de esos cuatro años, medio cuerpo, mientras la otra mitad se quedaba para verla destrenzar su corta soledad de quince minutos, el chorro de agua sobre su nuca, la no utilización de jabón, el nudo o la ausencia total de la toalla, todo aquello parsimonioso de la vida de pareja que llegaba y se iba en un acto, en una noche, tras la germinación y el marchitamiento de una vida asediada por el exceso de situaciones contrahechas: baño suyo en mi ausencia, arcada en mi presencia. Ausencia, presencia: eslabones proteicos, dependientes y complementarios.

Vi mi plena y cesante casa desde la calle cuando salí. Hacia todas las direcciones había gente, como siempre, sin importar la hora, muchos turistas, eso pensé, desde mi entonces agudizado sentido de no pertenencia: recorrer infinitas veces un mismo tramo y siempre ver oleadas de personas desconocidas, algunos saludos insonoros desde mi simulado casco de policía antimotines, muy lejos, muchas personas por entre las que tuve que atravesar metro a metro para llegar a algo de comida. Aún así esa barrera parecía acercarme más a las personas, veía en cada rostro a alguien capaz de decir algo por Lourdes y por mí, no justificaciones, no lo obvio, sino acaso atisbos concernientes a lo que significaba nuestra situación, en donde dábamos por hecho el final cuando aún no estaba acometido, anulando así la opción de otras vías, no enteramente diferentes, que dan cabida a la cristalización que permite el habla cuando nos dice secretos al oído. Acaso por ser caras inéditas, sentía la posibilidad de que lo neutral decidiera algo por los dos, aún sabiendo de antemano que un tercero sería la muerte de cualquier florecimiento. Pensaba que algo debía ser dicho aún cuando no sabía qué, quizá porque mi vida se había trastocado y ya no podía hacer promesas, consciente de la imposibilidad de llevarlas a cabo, porque además no sabía si eso resultaría dramático y pueril a ojos de Lourdes. “Uno de pernil de pavo y otro sólo de queso”, respondí ante el gesto de la tendera, quien todo el tiempo evitó hablar, incluso al hacerme leer en la máquina registradora el precio final incluidas las cervezas que casi olvido. Cuando llegué a la casa Lourdes había decidido no bañarse. Estaba a medio acostar en el sofá y debajo de una cobija, muy quieta leyendo el librito de un disco que no estaba sonando. Ninguno sonaba. “Me dio pereza”, dijo sin que yo le preguntara. “¿El baño o el disco?”, a lo que no respondió, mientras se deshacía de la cobija para acercarse a recibirme, gesto que sin duda me enamoró un tanto más, madre ave que hunde el pico hasta situar la comida a las puertas de cada molleja de su nido, fundando felicidad tras acallar los llamados, esos agudos, suero casi olvidado que sigue alimentándonos según la graduación de su cuentagotas, negándonos la elección de saborear con detenimiento, pues queremos abarcarlo todo en un bocado, como implumes pollos que estiran sus cuellos desde el inestable empuje de la copa de un árbol.

Complacida por mi elección Lourdes volvió al sofá y se sentó a comer, lo que no tardó mucho, después prendió un cigarrillo y bebió un largo sorbo de cerveza, lo que restaba de su vaso, mientras yo trataba de sacarle más espuma a la mía al vaciar el líquido que quedaba en la lata. Entonces quiso saber cosas de Bogotá, no de mi Bogotá sino aspectos varios, de miscelánea, por lo que hablamos de su clima y altitud, de su exceso de ladrillo y escasez de

pintura, de El Dorado, su capilla, y de cómo lo primero que vería yo al salir del aeropuerto sería una rotonda sembrada de violetas desposeídas de cualquier rigor estacional. Alterado el plano medio tras mi imposibilidad de abstracción, Lourdes optó por preguntarme si se vivía bien en Colombia, cuestión en apariencia sencilla según el tono que empleó, pero que no pude desligar de lo vívido, razón por la cual enmudecí un momento, acaso no por carecer de respuesta, lo primero que vino a mi mente fue un “sí” rotundo, sino tal vez porque esa instintiva afirmación estaba impregnada de escaños y variantes, ella entre otras, Lourdes, variantes que por regla plantean un opuesto, y en cambio por excepción la ausencia de síntesis, tal cual impugnara el príncipe de Dinamarca.

Enmudecí y se comprimió el momento. Lourdes se paró y me pidió que la esperara, sin importar que ella fuera quien estuviera aguardando por una respuesta, y añadió después de dar unos pasos que entonces sí se bañaría. Segundos después me encontré ante una leve apertura en la puerta del baño, franja larga y angosta que enuncia el interior, un leve adelanto de lo que hay del otro lado, el día siguiente, el minuto siguiente, muestra de algo mas no su demostración, franja que por compacta se manifiesta más resplandeciente de lo que puede ser, el día siguiente, lo que sería Bogotá, y así concurrir a una cotidianidad que no nos pertenece, angustia por no haber comprado un regalo para un primo pequeño que poco conocemos porque tiene cinco años, querer revisar rápidamente si el paso del tiempo ha dejado espacios vacíos en la agenda de Rosa, querer navegar entre detalles de un nuevo proyecto de amor en Félix, no entre los apartes de lo que puede hablarse en la distancia, esbozos, sino estar inmerso en la totalidad, conocer los gestos que acompañan las historias, impenetrable franja que entonces me hablaba al oído sobre Lourdes, de su desnudez, ella en mi baño con la puerta a medio abrir o a medio cerrar, desnuda en todo sentido, sin pasador, después de haberme pedido que la esperara, tal cual hice.

Salió del baño ya no con los ojos hambrientos y cansados de antes, cuando la encontrara leyendo el librito del disco, sino con ojos de sedición, lo que me hizo vislumbrar, dada la similitud de ambos brillos, nuevos apartados referentes a la pequeña Ana, por segunda vez lo que ésta haría en el futuro con sus enamorados. La tenía parada en frente mío con el pelo muy mojado, no riendo pero sí con la risa en su aliento. Su presencia parecía preguntarme si me gustaba verla recién bañada, cosa que hubiera querido afirmar y no pude porque cogió mi mano y la puso sobre su estómago. El caer de las gotas de agua sobre mi ropa y después sobre mi cuerpo sería el último de esos descubrimientos sexuales, hallazgo que de haber sido otro el mundo habría perpetuado por siempre junto a Lourdes. Era una prolongación de nuestro juego iniciático con la canica, frío sobre caliente, pero entonces con agujas que no cesaban de quemar mi piel sobre la marcha, gotas que a la vez mitigaban el dolor que me ocasionaba verla feliz, un dolor difícilmente clasificable, mixtura de placer y tristeza. La abracé, acaso para sortear la quema de su gesto feliz, pero entonces el sexo ya absorbía mi pensamiento con su cadencia, latidos comunicantes que por momentos nos empujan a creer que existe algo del otro lado de la puerta, que existe algo a salvo de la razón, el esclarecimiento de la luz tras una puerta a medio abrir, a medio cerrar.

Un rato de charla fue suficiente para que se quedara dormida. No quise moverme para evitar despertarla. No moví ni un dedo, a diferencia de antes, al hablar de cosas sin importancia como la pared descascarada, o el quemón de un cigarrillo sobre la tela de la

lámpara, ni un dedo, a diferencia de antes, cuando apenas si tocaba su pelo abriendo angostas trillas entre sus lacias guedejas. Después de dormida pasó una hora, tiempo en el cual creí estar siendo inyectado por su sosiego a través de tímidos ronquidos, ronquidos que con las horas habrían de proyectarme hacia el más yermo de mis insomnios posibles.

Apagué la luz y me quedé solo, a la escucha de una respiración que no hablaría más mi idioma, resuellos y silbidos entrecortados que me condujeron a intuir cuán rápido estarían deslizándose sus ojos de un lado a otro tras los párpados. Lourdes dormía profundamente, por lo que no pude buscar asilo en ella, un consejo, algo más de charla. A mi derecha estaba la pared, fría y arenosa, y al otro lado ella, causa y efecto de mi imposibilidad, lo que me hizo recordar tiempos en que yo actuara sin delaciones, las veces en que despertara a mi madre, e incluso a cualquiera de mis abuelas, si bien ante el suplicio de un dolor de oído de madrugada, también, como esa noche, por la simple escasez de sueño. Estaba solo ante el final de una cuesta y cargaba la bandera de un país jamás visitado, país que me había ofrecido un seguro de repatriación en caso de muerte, congelación de deudas de hacerse necesario, pero país que nunca asumiría el costo de mis honras fúnebres. Puse la mano sobre la pared y después recosté todo el brazo, ejercicio casi necesario en épocas más calurosas, cuando las almohadas nunca estaban frías, ni al primer contacto, y estuve algún tiempo así, pensando conciliar el sueño tocando algo firme y frío como el yeso, hasta que bajé la mano ante el fracaso de mi intento y detrás cayeron dos cáscaras de pared con sus fastidiosos escombros de arenilla. Ciego ante la oscuridad empecé a agrupar los escombros sobre la sábana sucia que habíamos escogido legarle al siguiente inquilino. Hice tres montículos iguales una vez desintegrados los pedazos más grandes, y extrañamente, con el sentir de mis uñas copadas, vi a Félix sentado en el sofá de su cuarto, juntando montañitas de ceniza de su cigarrillo después de tumbar el cenicero con el pie, montañas antes nevadas que entonces padecían la misma aridez de su esperanza. Habría seis o siete horas de diferencia entre un lugar y otro, y entonces podía figurarme su final de tarde: estaría viendo televisión a muy bajo volumen esperando el llamado de su madre para bajar a comer, pies sobre la mesa, control remoto sobre los muslos, y de vez en cuando atravesaría por sobre su pensamiento un sobreaguado destello tocante a la suerte de su querida, quien estaría bien, lejos de él y conforme en el despliegue de sus alas, atemperada a las que ya no serían muy novedosas latitudes. Barrí con el envés de mi mano los montículos, y aunque no pude verlo, escuché el desgranar del sedimento entre el colchón y el esqueleto de la cama. Entonces recordé el día en que conocí a Félix, primer día de universidad, reunión de cinco personas en una oficina para escuchar cuestiones de horarios y programación de cursos, cita a la que él llegó tarde, razón por la cual se abochornó en exceso, al punto de quedarse quieto y parado junto a una estantería después de tartamudear al presentarse, todo esto sin descargar su maleta vacía y con un lápiz en la boca, su freno, hasta que yo le alcancé una silla, la única libre que quedaba. Tiempo después me agradecería el gesto con un brindis, yo absorto ante mi olvido, y él frío ante el bochorno que le producía estar feliz con su vaso repleto de hielo y whisky. Ya antes mi madre me diría que los verdaderos amigos serían los de la universidad, conjetura que yo me negaba a aceptar en el colegio, por más que abominara todo aquello, pensando que nadie sabría jamás tantas cosas sobre mí como lo hiciera Rosa, a quien, sin importar su sexo, llegué a confesar incluso cuán amarga resultó la vez en que otra niña de nuestra clase me dijera que en el fondo yo tenía algo bello, en el fondo, tras mis lúnulas de grasa, todo cuanto pude acumular entre el final de la niñez y el estreno de la adolescencia. Entonces también pude ver a Rosa en lo que serían las

seis de la tarde de un día como cualquiera, copioso en esencia, quieta y feliz bajo el marco de la puerta, después de haber reorganizado la disposición de los muebles de su cuarto, tras haberlo pintado en días pasados, supliendo su buscada carencia de compañía, víctima de su propia agenda. Una a una me limpié las uñas unas con otras, hasta sentir vacíos los espacios entre mi piel y las placas córneas, una a una, mientras sentía mi presidio y abanderamiento a un tiempo, en medio de Lourdes y la pared, al final de esa cuesta, quedo y solo ante un sonido en ascenso, resuellos y silbidos que con el tiempo más parecían ser el reproche en sueños de un gran Dóberman atormentado por los rasguños de una gata trepada en su espinazo, más parecía eso que la simple obstrucción de su pulmón por la nueva posición que había adoptado: su brazo descansaba a lo largo de mi pecho hasta llegar al comienzo de la clavícula, lánguido brazo que entonces se me antojó pesado como un roble, macizo y necesario, a pesar de la infinita noche, en mi imposible conciliar de sueño.

Menos de una hora dormí profundo, hasta que sonó el despertador, Lourdes se paró y me dijo que ella se bañaría primero, que durmiera hasta que viniera a despertarme. Dormí diez minutos más, los mejores, hasta que llegó y se acostó sobre mí, los mejores también pero entonces de la vigilia. De ahí en adelante todo ocurrió acaso más rápido.

En el taxi cogí su mano a intervalos, así como ella se recostó sobre mi hombro, con verdadera convicción pero a intervalos, yo muy colado en su parecer, concibiendo cuán distinta importancia, quizá indiferencia, le destinaba a despedirse de mí, en ese momento, no porque algo le indicara que volveríamos a vernos, sino más bien porque tenía la convicción, ella sí, de que lo hecho es en cuanto se quiere, y no como yo pensaba, un triunfo corruptible por el tiempo. “¿Qué voy a hacer allá?”, empecé diciendo, seguido de un corto y lastimero monólogo que Lourdes no quiso intervenir, y mucho menos el taxista, monólogo que exponía exactamente, como siempre, algo paralelo a lo que se quiere plantear, lo que sale en las primeras frases de una queja frente a alguien que queremos, algo así como la explicación al margen que toca por momentos un flanco de lo que se quiere decir mas no su médula. Qué importaba lo que fuera o no a hacer en Bogotá, de pie sobre El Dorado, pregunté en voz alta, dándome falsas respuestas, mientras Lourdes aguardaba el momento adecuado, lo que ella bien pensó fue mi final de monólogo, para decirme “ya encontrarás algo”, única cosa que no quería oír, y que me hizo saber como una verdad de a puño que así como lo hecho es a partir del querer, lo no hecho, al contrario y siguiendo la misma norma, no se puede enmendar en últimos minutos mediante un arrojo de bolsillo.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor sentí el olor de mi casa saliendo por debajo de la puerta. El olor que mis amigos sintieran como mío tantas veces a punto de entrar a mi casa, y yo nunca. Sacamos los carritos primero y después salimos nosotros, como tantas veces haciendo ruido en la marcha, hasta que mi madre se adelantó para mover el tapete de la entrada. Sacó las llaves y me preguntó si yo quería abrir, a lo que me negué sin saber por qué, o sí sabiéndolo pero no queriéndolo pensar, porque mi casa ya no era mi casa, de la que había podido entrar y salir cuantas veces se me había antojado.

Desde que nos bajamos del taxi hasta cuando ya no estuvimos juntos sucedió todo tal cual lo había augurado: tuve el tiempo medido, entrega de maletas, café rápido, los dos pendiente de las pantallas de aterrizajes y despegues, en medio de ese orden que no deja



espacio para nada que no sean gestos. “Tengo sueño” fue mi reiterado alegato entre tanto nos movíamos de un lado a otro, decir que fue velado matemáticamente por Lourdes ya en la puerta que habría de separarnos. “Vas a dormir todo el viaje”, dijo convencida, puntilla errada que toca el nervio y levanta al animal de su agonía, haciéndolo creer estar vivo engañosamente, mientras no cesa de tambalearse buscando una querencia. Parados ahí, aún sabiendo lo mal que me sentaría a esas horas de la mañana, decidí prender un cigarrillo, señal que supo interpretar la empleada del aeropuerto encargada del altoparlante. Debía entrar. Fumé un poco, suficiente para marearme, y sin más abracé a Lourdes para despedirme. Ya del otro lado del vidrio la vi hacer perfectos aros blondos con mi cigarrillo, uno dentro de otro, mientras me decía adiós con la mano. Sería cuestión de horas estar frente a la puerta de la casa de mis padres, mi madre buscando entre un saturado manajo la llave correcta, y yo atrás esperando, aferrado del carrito del mercado, mi rienda corta, cuestión de horas desde ese minuto en que viera a Lourdes del otro lado, ya tan sólo atinando a pensar que de habérmelo pedido me hubiera quedado junto a ella, llave correcta que tras girar abrió la puerta hacia mi casa, donde enseguida encontré a mi padre, de perfil frente a una pared enderezando un cuadro, a mi padre después de esos años, quien se acercó a mí con la sonrisa de sus ojos saltones, para entregarme exacto y sin palabras su gran abrazo del oso.

**FIN**

Barcelona, 21 de octubre de 2003